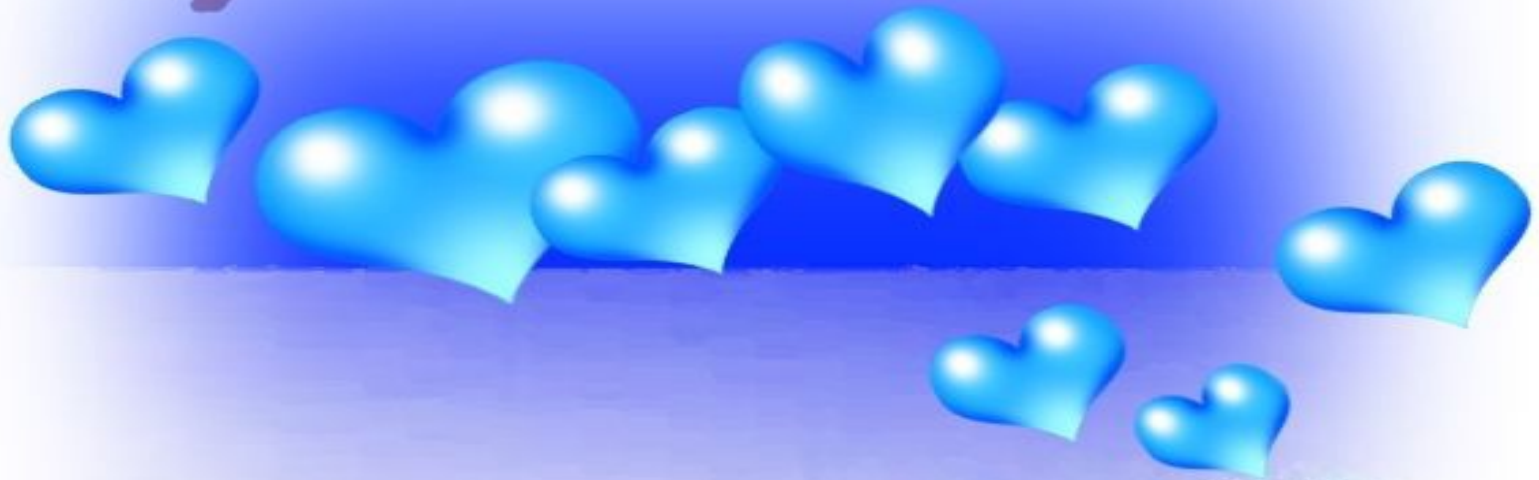


*Sophie Saint Rose*



*Yo lo quiero*

*Todo*

Yo lo quiero todo

Sophie Saint Rose

## Capítulo 1

Claudia se pasó las manos por sus mojados rizos castaños, apartándolos de la cara mientras salía del agua. Se volvió sonriendo a su amiga Ivonne y se acercó a las toallas que estaban sobre la arena.

—Me quedaría aquí para siempre. —Sus ojos verdes brillaron mirando la playa virgen en la que casi no había nadie. El agua verde esmeralda era una maravilla. —De hecho, estoy pensando en mudarme.

—Eso no te lo crees ni tú. Lo dices porque estamos en el primer día de las vacaciones. Dentro de cinco días ya te estarás tirando al ordenador y pasarás de mí. Eso me recuerda que tengo que buscarme un rollete de vacaciones para no aburrirme.

Claudia se echó a reír tumbándose boca arriba sobre la toalla y se ajustó la braguita verde del bikini. —Ya tardabas.

Su amiga de pie ante ella se empezó a cepillar su melena rubio platino

y Claudia chasqueó la lengua al ver el modelito blanco que llevaba, que era como si fuera desnuda. —Ese tanga que llevas...

—Al menos solo te quejas del tanga.

—Es que el sujetador al menos te cubre los pezones. —Se echó a reír.  
—Todavía recuerdo el del año pasado. Formaste un tumulto en la playa y nos llamó la atención la policía.

—¿Quién iba a decir que transparentaba? —preguntó asombrada—. ¡Y ni se me había pasado por la cabeza que en Brasil, me llamarían la atención porque se me vieran los pezones! ¡Pero si en los desfiles del carnaval van medio desnudas!

—¡Es que parecía que ibas desnuda, Ivonne! ¡Al salir del agua, se te veía todo! ¡Y por cierto, la depilación brasileña hizo que casi toda la playa te mirara ahí! Flipé cuando te negaste a ponerte la toalla. ¡Por poco te arrestan!

Se tumbó a su lado boca abajo tirando el peine en su bolsa. —Bueno, este año no te quejarás.

La miró como si estuviera loca. —¡Se te ve el culo!

—Solo las nalgas. —Se echó a reír y sus ojos castaños brillaron de alegría. —Tía, pareces mi madre.

—Pobre mujer. Lo que ha tenido que sufrir contigo.

—Nunca me ha dicho lo que debo ponerme.

—Ahora lo entiendo todo. —Claudia suspiró mirando a su alrededor. Se respiraba tanta paz. —Decidido, cuando llegue a Londres, me pido una excedencia y me mudo aquí.

—No sabes hablar español.

—Aprenderé. Además, aquí todo el mundo habla inglés.

—Aquí en invierno también hace frío, ¿sabes? Mallorca no siempre tiene este sol.

—Por ver ese agua todos los días, me da igual.

—No estaré yo.

Claudia la miró divertida. —Entonces ya está decidido.

—Ja, ja. No sabrías qué hacer sin mí. Estarías perdida, guapa.

—No sé qué decirte...

—En dos días te tirarías de los pelos con tanta tranquilidad. Además, ¿en qué trabajarías? Dudo que por aquí necesiten demasiados ingenieros aeronáuticos.

—Por cierto, los datos que me diste antes de salir están mal.

—Ya empezamos. ¡Estamos de vacaciones!

Gruñó mirando a su alrededor y vio que en ese momento por un extremo de la cala entraban tres tíos caminando entre las rocas. Desde allí

parecían muy guapos, aunque nunca se sabía y menos sin gafas. Se sentó sobre la toalla y siseó —Tres a las tres.

Su amiga giró la cabeza para mirar en la otra dirección antes de volver a girarla de golpe para mirarla a los ojos. —Tía, ponte las gafas.

Se echó a reír a carcajadas. —¿De verdad?

—¡Pueden ser tu padre!

—Uhhh, maduritos. —Se dio la vuelta para coger las gafas de pasta negras y se las puso para mirar a su derecha. Los tres eran de unos cincuenta años, pero en ese momento apareció otro tipo acompañando a una mujer madura y le cogía la mano ayudándola a pasar entre las rocas mientras reían. A Claudia se le secó la boca por la sonrisa de ese hombre. Por la sonrisa y todo lo demás. Llevaba un bañador negro que dejaba ver un cuerpo que dejaría en shock a la más pintada. Era moreno de pelo y piel. Y se notaba que hacía ejercicio. Enderezó la espalda sin darse cuenta cuando su mirada bajó por su pecho musculado, que mostraba que hacía ejercicio, pero cuando siguió por el ligero vello negro que bajaba hasta su ombligo... ¡Y madre mía, qué ombligo! Se le endurecieron los pezones con fuerza sin poder dejar de mirar esos abdominales.

—Decidido, me mudo —susurró viendo cómo se acercaban a los hombres que estaban dejando unas bolsas sobre la arena.

—¿Por los viejales? —Ivonne volvió a mirarlos. —¡Serás cabrita, eso se avisa!

—Y una leche. Es mío. ¡Lo vi primero!

—¡Solo porque yo te dije que te pusieras las gafas, cegata!

En ese momento escucharon unas risas y vieron llegar a dos tipos con un grupo de chicas de su edad. Claudia bufó decepcionada. —Tiene novia.

—¿Eso no lo sabes? ¿Ya te das por vencida?

—¡Son tres para tres, Ivonne! —Al mirar a las chicas, vio que una rubia monísima con un bikini negro de estilo deportivo, se acercaba a su moreno y le tendía una bolsa llena de aletas y gafas de buceo.

—Son españoles —susurró su amiga para evitar que la oyeran.

—Estupendo, ya puedo olvidarme. —Se quitó las gafas y se tumbó apretando los labios.

Su amiga la observó unos segundos. —¿Sabes que es la primera vez que te veo molesta por un tío?

Se cubrió la cara con la mano para mirarla. —Es guapísimo, ¿no crees?

—Tienes tíos como esos detrás de ti en Londres sin la complicación del idioma.

—Menuda mentira.

—Jeff de contabilidad lleva detrás de ti un año y no le haces ni caso.

—¡No se parece a ese ni en el blanco de los ojos! ¿Te dejo las gafas?

—¡Jeff es guapísimo!

Sin poder creérselo se sentó de nuevo mirando asombrada a su amiga, que se sonrojó mirando al frente. —No fastidies. ¿Estás colada por Jeff?

—Qué va. —Cogió algo de arena entre sus dedos y la dejó caer. — Además, está enamorado de tu impresionante cerebro.

—Mira quién fue a hablar de cerebro. La que consiguió la beca Maxwell-Scott.

—Tuve suerte.

—Y una mierda. Ivonne mírame. —Su amiga volvió la cabeza con desgana. —¿Por qué no le has pedido una cita?

—Ya te lo he dicho. Porque le gustas tú.

Se cabreó levantándose. —¡Te juro que te pegaría una patada en el culo! ¡Me lo prometiste!

Su amiga se sonrojó intensamente. —¡Teníamos diez años!

—¡Me importa poco! Nos juramos que nunca nos detendríamos ante lo que deseáramos. ¡No como nuestras madres que renunciaron a todo por un matrimonio y una vida aburrida! ¡Me lo juraste!



Ivonne se mordió su labio inferior. —Precisamente por eso.

A Claudia se le cortó el aliento. —Oh Dios, no quieres casarte por esa promesa, ¿verdad?

—¡No quiero llevar su vida! No quiero tener que quedarme en casa por tener hijos y no quiero ser la típica ama de casa. Me he ganado viajar por todo el mundo cuando me apetece. Me he ganado mi trabajo a pulso y me he ganado hacer lo que me da la gana.

—Pero si le quieres...

—Olvidalo.

Se quedó mirando a su amiga. —Estás enamorada de él.

—Se me pasará. Y solo me gusta.

—¡Lo que te pasa es que estás aterrada!

Ivonne se levantó furiosa. —¡Pues sí! ¡Pero a ti te pasa lo mismo!

—¡Menuda mentira! ¡Hemos conseguido tanto en nuestro trabajo que podemos llevar una vida familiar sin necesidad a renunciar a una vida laboral! ¡No compares nuestra vida con la que tenían nuestras madres! ¡Podemos tener las dos cosas!

—¿Crees que algún hombre soportará tu estilo de vida? ¿Crees que no tendrás que renunciar a mil cosas por tener una relación? ¿A cosas que te encantan, como estas vacaciones cada seis meses?

—¡Puedo tenerlo todo!

—No, Claudia. ¡Con un novio o un marido no! ¡Y menos aún si tienes hijos! Tendrás que renunciar a esas tardes en el spa, donde te relajas, para ir a reuniones de padres. Tendrás que renunciar a quedar a cenar conmigo para conocer el último sitio de moda, porque uno de los niños se habrá puesto enfermo o porque tu marido esté hasta las narices de tus salidas sin él. ¡Cuando se tiene una pareja, todo lo demás cambia! ¡Así es la vida!

—No tiene que ser así.

—Mira mi hermana, una abogada de éxito y en cuanto conoció a Albert todo se fue a la mierda. ¡Se pasa corriendo todo el día de un lado a otro para llegar a todo y ya se ha planteado dejar el trabajo para cuidar ella de los niños porque está al borde de un ataque de nervios!

Claudia apretó los labios. —Se puede tener todo.

—Si quieres llevar esta vida, no puedes tener la otra. ¡Y te aseguro que mi hermana, aunque quiere a sus hijos con locura, se ha tirado mil veces de los pelos pensando que soltera estaba de perlas!

—Pues yo lo quiero todo.

Su amiga bufó. —Sigue soñando. Si te enamoras, tendrás que renunciar a mil cosas para estar con él.

—Eso a mí no me va a pasar.

—Disculpad.

Se volvieron para ver al moreno macizo tras ellas e incomprensiblemente Claudia se sonrojó al darse cuenta de que hablaba inglés. El tipo sonrió cortándole el aliento levantando una bolsa. —Vamos a hacer snorkel y nos sobran dos equipos. ¿Queréis practicar?

—Claro —dijo su amiga acercándose—. Yo soy Ivonne y ella es Claudia.

Él la miró fijamente con sus ojos azules dándole la bolsa a su amiga. —Yo soy Arturo.

Claudia se sonrojó por su mirada, porque parecía querer dejarle claro que se sentía atraído por ella. Alargó la mano forzando una sonrisa. —Encantada.

Él le dio la mano tirando de ella hacia su cuerpo y le dio un beso en la mejilla. —Aquí se dan dos besos —susurró cerca de su oído estremeciéndola antes de darle otro beso en la otra mejilla.

Soltó su mano sin dejar de mirarla a los ojos. —¿Estáis de vacaciones?

Frunció el ceño porque hablaba muy bien inglés, aunque tenía un ligero acento que no sabía identificar. —Sí, llegamos ayer.

Él sonrió. —Estupendo, así que todavía os quedan unos días.

—¿Eres español? —preguntó con desconfianza. Él se echó a reír asintiendo—. Pues hablas inglés muy bien.

—Soy mallorquín. Aquí mucha gente habla inglés.

No pudo evitar sonreír al escuchar su risa. —Gracias por el equipo.

—De nada. —Le guiñó un ojo. —¿Queréis que os muestre lo mejor de la costa?

Claudia miró sobre su hombro. Sus amigos ya se metían en el agua. —  
¿Y ellos?

—Pueden cuidarse solos un rato. Mi prima les guiará.

—Es genial —dijo Ivonne con sus aletas en la mano—. Seguro que conoces sitios estupendos. Nadie como alguien del lugar para mostrarte lo mejor.

—Voy a por mis aletas.

Al volverse las dos miraron su trasero y Claudia creía que hasta le había subido la presión arterial, pues era redondito y se notaba que estaba duro. Solo pensar en tocarlo, hizo que se mordiera el labio inferior.

—Joder, está para comerle —susurró su amiga.

—Shusss, te va a oír.

Ivonne la miró divertida. —Menudas vacaciones que te vas a pasar, ¿eh, pillina? Te come con los ojos.

—Cierra la boca. Además, no sé de qué hablas.

—Ya, claro. ¿Queréis un equipo? —dijo con burla—. Ese va a ligar. Es tan descarado que hasta me das pena. Ya te tiene en el bote.

Él que estaba hablando con los cuatro más mayores, se volvió con las aletas y las gafas en la mano. Las dos sonrieron de oreja a oreja haciéndole sonreír mientras se acercaba. —¿Listas?

—¿Son familia tuya?

—Son amigos que han venido a visitar la isla. Se van esta noche. No os preocupéis por vuestras cosas. Ellos las vigilan.

—Ah... —dijeron las dos siguiéndole hasta la orilla—. ¿Les darás las gracias de nuestra parte? No hablamos español.

—Lo hacen con gusto. —Al pasar a su lado rozó su antebrazo con el suyo y su vello negro la hizo temblar por dentro. Madre mía, en la vida se había sentido así por un hombre. Se metieron en el agua y se pusieron las aletas. —Habéis hecho esto antes, ¿verdad? —preguntó divertido.

—En México y en Cuba —respondió su amiga resuelta antes de ponerse las gafas y sumergirse para comprobar que no le entraba el agua. Respiró con fuerza por el tubo para sacar el agua y volvió a salir sacándose el tubo de la boca. —Preparada. —Se volvió a sumergir impaciente mientras Claudia sujetaba la boca del tubo en la mano.

Arturo la miró. —¿Lista?

Parecía que no preguntaba precisamente si estaba lista para bucear, sino que si estaba lista para algo más. Y solo pensarlo, hizo que su estómago diera un vuelco. Pero estaba segura de que quería algo con ese hombre, aunque solo fuera sexo salvaje de vacaciones. —Lista para todo.

Él sonrió bajándose las gafas. —Pues vamos a ello, preciosa.

Se zambulleron tras él y lo hacía de miedo. Muchísimo mejor que ellas, pero era lógico si lo hacía a menudo. El fondo marino era precioso y Arturo les indicó con la mano que rodearan unas rocas. Salieron a la superficie para respirar y él se quitó el tubo de la boca. Al mirar hacia arriba, se dio cuenta que estaban al lado de un acantilado. —¿Aguantáis bien la respiración?

—Sí.

—Pues vamos a ver la cueva.

—¡Una cueva! —Ivonne estaba emocionada, mientras que Claudia parecía idiota. Nunca se había comportado con un tío de esa manera. ¡Tenía que espabilarse o pensaría que no tenía una neurona en la cabeza!

Él se sumergió de nuevo e Ivonne le siguió rápidamente. Les siguió al instante no queriendo hacerles esperar bajo el agua y se quedó asombrada porque aunque estaban pegados a la costa había mucha profundidad. Se asustó

un poco cuando vio un agujero negro a través de la luz que se filtraba y Arturo le hizo un gesto con la mano. Ella moviendo los brazos de un lado a otro para no ascender se acercó a él, pero no le gustaba un pelo meterse allí. Arturo sonrió alargando la mano mientras su amiga desaparecía dentro del agujero. Dudando alargó la mano y él la cogió con firmeza pegándola a su cuerpo. Fue como si una descarga eléctrica la recorriera de arriba abajo, pero afortunadamente él se movió tirando de ella por la entrada a la cueva. En cuanto entraron se dio cuenta de que había luz al otro lado. Era estrecho y sintió que se raspaba con una roca en el muslo, pero estaba tan concentrada en la mano de Arturo que lo ignoró. Apenas un par de metros después el agujero se ensanchaba y él ascendió a toda prisa tirando de ella.

—¡Esto es genial! —gritó Ivonne mirando hacia arriba.

Arturo soltó su mano cogiéndola por la cintura y consciente de las manos en su cuerpo, se subió las gafas hasta su frente. Sus piernas se rozaban al moverse de un lado a otro. Él subió sus gafas y la miró a los ojos. Fascinada observó sus negras pestañas que estaban húmedas antes de mirarle a los ojos.

—¿Te gusta?

—¿Qué?

Él sonrió antes de mirar hacia arriba. Se quedó mirando su nuez hasta

que Ivonne gritó —¡Hola!

Claudia miró hacia arriba para ver el cielo. —¿Cuándo sube la marea sale el agua por ahí?

—Exacto. —Las manos de Arturo la pegaron a él y tuvo que sujetarse en sus hombros. —Cuidado, Ivonne. No te pongas debajo por si se tira alguien.

—¡Ay, yo quiero tirarme! —Su amiga miró hacia abajo. —Esto es profundo, ¿no? Porque no puedo tocar el suelo aquí.

—Déjate de tonterías, no nos des las vacaciones con un accidente.

—Sí, mamá.

—Puedes pedir un deseo —dijo él en voz baja poniéndola nerviosa.

—¿Un deseo? —Le miró a los ojos. —¿Aquí se piden deseos?

En ese momento cayó una moneda y Arturo se echó a reír. —¿Ves?

—La Fontana di Trevi ha hecho mucho daño. La gente ve agua y hala, a tirar monedas —dijo haciéndole reír. Sus manos subieron por su espalda—. ¿Tú has pedido algo?

—Pasar las vacaciones contigo

A Claudia se le cortó el aliento y más aún cuando sintió como su mano subía por su espalda hasta su nuca. Ella miró sus labios sin darse cuenta. — ¿Estás de vacaciones? —Se pasó la lengua por el labio inferior algo nerviosa



y Arturo no se perdió detalle. —Pensaba que vivías aquí.

—Ahora estoy de vacaciones —dijo con voz ronca—. Voy a besarte.

—No creo que...

Arturo agachó la cabeza para rozar sus labios eróticamente antes de besar su labio inferior acariciándolo con la lengua. Claudia separó sus labios necesitando sentirle, pero de repente él se apartó dándose la vuelta dejándola pasmada antes de preguntarle —¿Así que te gusta la cueva?

Ivonne abrió la mano. —¡Mira! ¡Un dólar de plata!

Atontada Claudia aún no sabía lo que había ocurrido. ¿Por qué no la había besado? ¿Le olería el aliento? ¡No tenía que haber comido esas patatas al ali oli! ¡Tenían ajo! Disimulando se dio la vuelta y se echó el aliento en la mano, pero no notó nada raro.

—Éste tiene que haber pedido un deseo buenísimo —decía su amiga trayéndola al presente—. ¡Si te sumerges verás un montón de monedas!

En ese momento cayó una al lado de Arturo que la cogió al vuelo. —  
Un céntimo.

Todos miraron hacia arriba y Arturo la lanzó hacia el exterior de nuevo. Claudia jadeó. —¿Qué has hecho?

—Devolvérsela.

Entonces una cabeza apareció arriba y se echaron a reír al ver a un

niño que no debía tener más de cinco años. Era un rubiales lleno de rizos que les miró con los ojos como platos.

—¿Qué has pedido? —preguntó Ivonne en inglés.

—¡Un avión!

Se echaron a reír por su acento escocés. —Vale, vuelve a tirarla.

El niño abrió la manita dejándola caer y ellas aplaudieron. La cabeza de una mujer les hizo reír y les saludó con la mano antes de llevarse al niño.

—Un avión. No es tonto ni nada. —Ivonne tiró el dólar de plata al agua y se acercó a ella. —¿Y tú qué has pedido? —preguntó con ironía.

—Cierra el pico —siseó antes de que su amiga se sumergiera para salir.

Arturo nadó hasta ella. —Me cae bien tu amiga. Está algo loca.

—¿Y eso lo sabes por unos minutos? —Se puso las gafas aún molesta por lo del beso.

—Es una impresión.

—Las impresiones a veces están equivocadas. —Se puso el tubo en la boca y se sumergió, pero la cogió por el tobillo haciéndola salir. Del susto le entró agua por el tubo y salió a la superficie tosiendo. —¿Qué haces?

Él entrecerró los ojos. —Darte tu deseo. —La cogió por la nuca pegándola a él y con la otra mano levantó sus gafas. El corazón de Claudia

saltó en su pecho cuando atrapó sus labios entrando en su boca para saborearla de tal manera que su cuerpo respondió totalmente entregándose a él. Ansiosa por sus caricias, se pegó a su pecho acariciando su lengua y él la abrazó con fuerza como si necesitara su contacto. Arturo apartó su boca y con las respiraciones aceleradas se miraron a los ojos antes de que su mano llegara a su pecho y apartara el triángulo que lo cubría, dejando expuesto su pezón que rozó la piel de sus pectorales haciéndola gemir. Arturo la cogió por los glúteos elevándola y se metió el pezón en la boca. Fue como si todo su cuerpo gritara por más y al sentir sus labios subiendo por su cuello dejándola caer, perdió el aliento mirando sus ojos pues sentía su sexo erecto a través de las braguitas de su bikini. —¿Quieres esto?

Acarició su cabello muriéndose por él. —Sí. —Las manos de Arturo llegaron a sus braguitas apartándolas y acariciando sus nalgas por debajo. Claudia arqueó su cuello hacia atrás al sentir su tacto y gimió.

—Preciosa, es una pena que tengamos que dejarlo.

Esas palabras llegaron a su cerebro atravesando la neblina de su deseo y parpadeó apartando la cabeza para mirar sus ojos. —¡No fastidies!

Se echó a reír antes de besarla suavemente en los labios. —Tendremos que dejarlo porque no tengo condones y no creo que hacerlo en el agua nos proteja lo suficiente.

Frustrada se apartó. —¿Y para qué empiezas algo que no puedes acabar?

—Tienes razón. Culpa mía. Solo quería besarte como estabas deseando, pero se me ha ido de las manos. —Se volvió poniéndose las gafas.  
—¿Nos vamos?

Y antes de que se diera cuenta había salido por el puñetero agujero. Mierda. Se arregló la parte superior del bikini y se iba a poner las gafas de buceo cuando tiraron otra moneda. —¡Espero que no hayas pedido un polvo!  
—gritó mirando hacia arriba—. ¡Este pozo de los deseos no asiste peticiones sexuales!

—Vaya... —escuchó desde arriba.

Se sumergió y nadó hacia el exterior siguiendo la luz. Al parecer a su gigoló no le preocupaba si le ocurría algo de camino hacia allí. Eso la mosqueó un poco y nadó más rápido temiendo que ahora estuviera ligando con Yvonne. Al salir a la superficie, miró a su alrededor y escupió el tubo quitándose las gafas para ver que estaba sola. Giró de un lado a otro. —  
¿Ivonne?

Al no verles, decidió volver a la playa y apretó los labios cuando vio las toallas vacías en la arena. —Es increíble.

## Capítulo 2

La prima de Arturo se acercó a ella cuando salía del agua y Claudia forzó una sonrisa quitándose las gafas. —No sé si hablas inglés.

—Sí. —Sonrió de oreja a oreja. —Soy Mónica.

—Encantada, yo soy Claudia.

Mónica miró tras ella y chasqueó la lengua. —¿Te han dejado sola? Típico.

—¿Perdón?

—Nada. Mi primo, que siempre está ligando.

Vaya, qué bien. Un ligón de playa que la rechazaba para ligarse a su amiga después de besarla. Las vacaciones empezaban a no parecer tan atractivas.

—Pues... —Miró hacia atrás. —Si te digo la verdad no tengo ni idea

de lo que ha pasado. Cuando salí ya no estaban.

—¿Saliste? ¿De dónde?

—De una gruta que hay al dar la vuelta a ese recodo.

Mónica reprimió la risa. —Qué típico.

Empezaba a odiar esa palabra. Y a la prima. Y a aquella puñetera isla.

Le tendió las gafas. —Gracias por el préstamo.

—Oh, no ha sido nada. ¿Quieres sangría? Hemos traído una jarra y algo de jamón. Si quieres comer algo...

—No, gracias. Se me ha quitado el hambre.

—Ya veo —dijo mirándola maliciosa con esos ojitos negros y al fijarse en su cabello se dio cuenta de que era rubia de bote—. Arturo es así. No deberías hacerte ilusiones. Además, tú estás de vacaciones, ¿no es cierto? Querrás divertirte, ya que volverás a tu país y seguirás con tu vida dejándole atrás.

Claudia levantó una de sus cejas y se dio cuenta de que el pensamiento de quedarse allí a vivir se le había pasado absolutamente. —Por supuesto. Tienes toda la razón.

—Por cierto. ¿De dónde eres? —La miró de arriba abajo. —¿Eres inglesa?

—Totalmente.

—Y déjame adivinar... Eres...

—No creo que lo adivinaras —dijo empezando a divertirse con la obvia actitud de rechazo de la primita de Arturo.

—¿Cajera de supermercado?

La madre que la parió. Sí que tenía mala leche. Después de ser la número uno de su promoción y de doctorarse, que le dijeran eso la repateó un poco en la boca del estómago. No tenía nada contra las cajeras de supermercado, pero no se había dejado los cuernos estudiando para que ahora le soltaran eso a la cara. Pero decidió seguirle el juego a ver hasta dónde llegaba. Forzó una sonrisa. —Eres más lista de lo que pareces.

—¿No me digas? Soy arquitecta.

—¿De veras? Pues yo te hubiera tomado por astrofísica por lo menos.

Mónica crispó los labios. —Muy graciosa. Aunque podría serlo si hubiera querido.

—No lo dudo.

Escucharon como sus amigos llamaron a Mónica y cuando la primita se volvió respondió en español de manera encantadora. Estaba claro que la buena educación la reservaba para sus amigos y ella no lo era. Mónica se volvió. —Perdona, pero vamos a comer algo.

—Que disfrutéis de la comida. —Fue hasta la toalla y se tumbó

cogiendo sus gafas de sol y poniéndoselas. Iba a matar a Ivonne. No se podía creer que después de que Arturo hubiera estado con ella, su amiga se hubiera ido con él. Eso simplemente no se hacía.

El sol caía con fuerza a pesar de ser mayo y se dio la vuelta poniéndose boca abajo. Decidió leer algo y sacó una revista de cotilleos que había comprado en el aeropuerto. Media hora después ya estaba seca y empezó a preocuparse. Apartó la revista para sentarse en la arena y miró el agua algo nerviosa. A ese tío no lo conocían de nada y estaba claro que no era de fiar. ¿Y si le había hecho algo? Inquieta pensó en qué hacer. Miró al grupo que se reía mientras tomaban sangría y dudó en si en ir a preguntarle a Mónica, cuando vio un movimiento en el agua y al escuchar la risa de Yvonne, respiró aliviada. Ahora ya podía cabrearse tranquilamente. Arturo salió a la superficie e Yvonne sonrió diciéndole algo de manera coqueta. Claudia gruñó por dentro cogiendo la revista de nuevo e intentando disimular.

Riendo salieron del agua ante ella. —¿Por qué te fuiste? —preguntó Yvonne acercándose corriendo—. Arturo me ha enseñado un fondo marino precioso.

No lo dudaba. —¿No me digas? Será que cuando salí de la gruta ya no estabais.

Arturo se acercó a ellas. —Debió ser cuando buceamos para mostrarte el ancla que estaba fuera de la gruta.



—Ah... —Yvonne hizo una mueca. —Mañana te lo enseño.

—No, gracias. —Se levantó e ignorando a Arturo, cogió su vestido blanco y se lo puso sobre el bikini. —¿Nos vamos?

Yvonne parecía confundida. —Pero Arturo nos ha invitado a sangría y a jamón ibérico. También hay embutido.

—¿Pero no íbamos a comer paella?

Era obvio que estaba mosqueada y su amiga se preocupó. —Claudia, ¿estás bien?

—Por supuesto que sí. —Cogió la toalla y la sacudió sin importarle si les llenaba de arena. —Bueno, yo me voy. Así que si te quieres quedar, por mí estupendo. Me ha dado demasiado el sol y empieza a dolerme la cabeza. Te espero en el hotel.

—Pero... —Yvonne se echó a reír. —¿No creerás que he tenido algo con él? Vamos, no te mosquees. Solo hemos buceado un poco.

—¿Crees que me importa que te hayas acostado con él? ¡Me importa mucho más que mi mejor amiga no se haya preocupado por no encontrarme al salir de la gruta!

Yvonne se sonrojó. —Vaya, lo siento. Pero como nada tan bien...

Arturo apretó los labios. —Es culpa mía. Le dije que seguramente habías regresado a la playa y le propuse...

—Ahórratelo —dijo con desprecio girándose y empezando a caminar hacia el sendero que llevaba hasta el hotel.

Arturo la cogió del brazo volviéndola. —Te estás pasando. Solo hemos buceado un poco.

—¿Qué pasa? ¿Qué como estamos de vacaciones buscamos polvos desesperadamente y nos vale cualquiera? ¿Ahora quieres a dos amigas? ¿Te van los tríos? Pues a mí eso no me interesa, así que búscate a otra. —Soltó su brazo con fuerza. —Y no vuelvas a tocarme, gigoló de medio pelo.

Arturo e Yvonne la miraron asombrados y furiosa aceleró el paso para salir de allí cuanto antes. Qué manera de arruinar unas vacaciones nada más empezar. Aquello era estupendo. No podía negar que estaba dolida con Yvonne por haberla dejado sola. No sabía si estaba comportándose como una niña, pero en ese momento le daba igual. No era la primera vez que su amiga le hacía algo así, pero sí que era la primera vez que le dolía y sabía que Arturo era la razón.

No le sorprendió que su amiga llegara de madrugada algo bebida. Al escucharla ir hacia el baño soltando una risita, Claudia se sentó en la cama y encendió la luz para verla quitarse los pantalones cortos. Apretó los labios al

ver que no llevaba el bikini debajo y que su cabello estaba húmedo como si se hubiera bañado de noche.

—¿Te has divertido?

Yvonne perdió la sonrisa. —Lo siento, ¿te he despertado?

—No te preocupes. —De todas maneras, no se había preocupado en todo el puñetero día.

—Arturo es fascinante. Y muy inteligente —dijo ilusionada—. Me gusta.

Estaba claro que quería dejarle los puntos sobre las íes. —Así que os habéis acostado.

—No. —Soltó una risita. —No ha querido.

Lo que sí estaba claro era que Arturo la había besado, pero su amiga no lo sabía, así que es como si para Yvonne no hubiera pasado. ¿Debía decírselo?

—¿Sabes? Creía que iba a por ti cuando llegó a la playa, pero al final ha pasado el día conmigo y me ha sorprendido, la verdad. —Su amiga se metió en la cama desnuda.

—¿No deberías ducharte?

—No seas pesada. Estamos de vacaciones. —La miró maliciosa. — Además me acabo de bañar. —Suspiró ilusionada mirando el techo. —Es tan

guapo... Creo que lo he encontrado.

Miró a su amiga asombrada. —¿De qué hablas?

—¿Sabes? Ahora entiendo por qué algunas mujeres lo abandonan todo para estar con el hombre de sus sueños. Yo lo haría sin dudar por Arturo. —La miró a los ojos. —Creo que me he enamorado.

Claudia sintió un nudo en la garganta que le impidió hablar, sintiéndose inmensamente decepcionada. —Mañana va a venir a buscarnos para ir a dar una vuelta hasta Manacor. ¿Qué te parece?

—Me parece que es mejor que vayáis solos.

Yvonne se sentó de golpe. —¿De verdad? ¿No te importa? —preguntó ilusionada—. Por cierto, siento lo de la playa. No lo hice a propósito, de verdad. —La miró preocupada. —¿Te importa si salgo con él mientras estoy aquí? Es que me gusta mucho.

Claudia sintió unas ganas terribles de gritar, pero solo dijo —No, ¿por qué iba a importarme? Ve y diviértete. Estamos de vacaciones y son para divertirse.

—Te prometo que pasado mañana iremos a donde tú quieras.

—Muy bien. —Apagó la luz y vio cómo su amiga se tumbaba de costado dándole la espalda. —Así que te gusta, ¿eh? —susurró intentando disimular su disgusto.

—Es el hombre de mis sueños.

Estaba en la piscina bajo la sombrilla mirando unos informes sobre el nuevo prototipo, cuando alguien se detuvo a su lado. Levantó la vista distraída y se quedó helada al ver a Arturo vestido en vaqueros y con un polo azul que destacaba su moreno. Él sonrió irónico. —Así que estás aquí.

—Pues sí. —Volvió a mirar las fotocopias que tenía en la mano y él se sentó en la tumbona a su lado. Levantó la vista irónica. —¿Querías algo?

—Me da la sensación de que estás cabreada conmigo.

—Qué perspicaz eres —respondió con ironía—. ¿Dónde está Yvonne?

—Está cambiándose para ir a dar una vuelta por la ciudad. ¿Quieres venir?

Era interesante que su amiga no la hubiera llamado para decírselo. —  
No, gracias.

—Vamos, no sé lo que te estás imaginando.

—¿Imaginando? —Le miró incrédula. —Te has pasado dos días con mi mejor amiga. No creo imaginarme nada.

—Esperaba que hoy vinieras con nosotros y sobre lo de ayer, creo que exageraste las cosas. Yvonne y yo solo somos amigos.

Le miró fríamente con sus ojos verdes. —¿Me estás diciendo que en realidad estás interesado en mí, pero sales con mi amiga para pasarlo bien?

—Te repito que esperaba que hoy vinieras tú. —Parecía cabreado y ella alucinaba con la manera de pensar de ese tío.

—Mira, deberías tener más cuidado con los sentimientos de las turistas con las que juegas. —Se levantó de la hamaca recogiendo sus cosas. —¡Sobre todo porque mi amiga llegó ayer a la habitación totalmente loca por ti!

Arturo se echó a reír. —Eso es mentira.

—¿Ah, sí? ¿Acaso no intentó ayer por la noche que le hicieras el amor en la playa?

Siguió riendo. —Estaba bebida y fue una broma.

—¿Os bañasteis desnudos?

—Ella se desnudó y lo hizo delante de cuatro de mis amigos. Te aseguro que sus novias se quedaron de piedra.

A Claudia se le cortó el aliento sentándose en la hamaca de la impresión, pues sus ojos azules parecían decir la verdad. —¿Que hizo qué?

Arturo sonrió irónico. —Te puedo asegurar que ni siquiera la he besado. Ayer creía que la llamarías en algún momento, porque Ivonne me dijo que lo harías cuando se te pasara el enfado. Reconozco que nos pasamos al no comprobar que estabas bien al salir de la gruta, pero no te buscamos porque

ella fue la que dijo que habrías vuelto a la playa debido a que no te gustaba demasiado el buceo. Como te habías disgustado porque ella no se había preocupado, dije que había sido yo, pero fue tu amiga la que no le dio importancia diciendo que nadabas muy bien y que estarías ya en la playa. Y hoy por la mañana me dijo que habías quedado con un tío que habías conocido ayer.

No se podía creer lo que oía. Le había mentado para estar a solas con él. ¡Les había mentado a los dos! Eso significaba que le gustaba y mucho. Estaba claro que Yvonne se sentía amenazada por ella. Arturo vio cómo se levantaba y continuaba recogiendo sus cosas. —¿Qué haces? ¿Te vas?

—Mira, Yvonne es mi mejor amiga y si le interesas no me pienso meter.

—¿Y lo que yo piense no te interesa en absoluto?

—Pues no.

—Pues yo creo que la que se ha metido entre nosotros es ella. Vio mi actitud contigo en la gruta. ¡Nos vio abrazados y ha hecho todo lo posible para que te cabrees conmigo!

—Tengo que irme.

—¿Claudia? —Se volvió hacia su amiga que la miró indecisa. — ¿Estabas aquí? Pensaba que estarías dando una vuelta por la ciudad.

Forzó una sonrisa. —He ido por la mañana.

—Estupendo. Nosotros íbamos a picar algo y...

—Ya me lo ha dicho Arturo. —Se encogió de hombros. —Pero a mí no me apetece volver. Además, me ha llegado trabajo y tengo que revisarlo.

Yvonne se echó a reír. —Tú y tu trabajo. —Miró a Arturo. —Es una adicta. No puede desconectar ni en vacaciones.

Teniendo en cuenta que la alerta que le había llegado había sido por culpa de sus datos erróneos, debía cerrar esa boquita. Miró a Arturo de reojo y susurró —Que lo paséis bien.

Él apretó los labios y respondió con mala leche —No, que lo pases bien tú.

Al cruzar el área de la piscina sintió su mirada en su espalda y escuchó decir a su amiga —¿Nos vamos? Tengo ganas de comer esa sobrasada que me dijiste.

Al tirar de la puerta de cristal para entrar, vio por el reflejo que Yvonne cogía por el brazo a Arturo mirándole como si estuviera enamorada. Le sentó como una patada en el estómago, ¿pero qué podía hacer? ¿Decirle a su amiga que él le había dicho que no estaba interesado? Lo que tenía que hacer él, era dejar las cosas claras en lugar de seguirle la corriente. Además, si la rechazaba, Claudia tampoco podría tener nada con él porque le haría



daño a Yvonne. Era su mejor amiga, por el amor de Dios.

Minutos después sentada en su cama pensaba en que Yvonne también era amiga suya y le había mentido. Se había dado cuenta de que se sentía atraída por Arturo, pero si su amiga había reaccionado así, era porque le gustaba mucho. Tenía que ser eso, porque Yvonne nunca había sido mala persona. Además, ella nunca tendría algo duradero con Arturo porque no pensaba renunciar a su vida por ningún hombre, así que para qué darle más vueltas. Habían sido unos besos. Solo unos besos. Debía dejarlo correr y disfrutar de lo que le quedaba de vacaciones.

Estaba comiendo un sándwich de jamón y queso mientras apuntaba las correcciones de los datos de Yvonne, cuando se abrió la puerta y su amiga la cerró de golpe sobresaltándola. Le miró atónita. —¿Qué ocurre?

—¡Nada! —Entró en el baño y cerró la puerta de otro portazo.

Dejó el sándwich en el plato lentamente sintiendo que su corazón se aceleraba. ¿Le habría dicho la verdad? Indecisa bajó los pies de la cama y se acercó a la puerta. Llevó la mano hasta la manilla e iba a abrir cuando escuchó que su amiga estaba llorando. Cerró los ojos maldiciendo por lo bajo y apartó la mano sintiéndose miserable. Tomó aire y abrió la puerta para ver a su amiga

sentada en el borde de la bañera. En cuanto la vio se limpió las mejillas. —  
¿Qué ocurre?

—Que no le gusto. Eso ocurre. —Se levantó y fue hasta el lavabo  
abriendo el grifo. —Me ha dicho... —Apretó los labios. —Da igual.

—No da igual. ¿Qué pasa? ¿Ha sido cruel contigo?

—Me ha dicho que soy una caprichosa de mierda y que había hecho  
todo lo posible por joderle el polvo contigo. Ah, y que también soy una  
mentirosa manipuladora que no tengo la más mínima clase y que él tiene mejor  
gusto. Que ya que le había jodido la aventura contigo, que se iba a casa en  
lugar de perder el tiempo con la rubia egocéntrica. O sea, yo. Y me ha dejado  
plantada en la ciudad.

No se podía creer que Arturo hubiera sido tan cruel con ella. La miró a  
los ojos. —¿Por qué te ha dicho que eres una mentirosa manipuladora?

Yvonne se echó a llorar. —Porque te mentí. —La miró con rabia. —  
¡Por una vez quería que se fijaran en mí! A mí también me gustaba, pero no.  
¡Arturo tenía que fijarse en ti de nuevo! ¡Cómo Jeff! ¡Cómo todos!

—Pero si ligas mucho más que yo. ¿Qué dices? —No salía de su  
asombro.

—¿Ligues de una noche?

—Pero si en la playa dijiste que no querías nada serio. ¿Qué no estabas

dispuesta a ser como tu hermana! —Se dio cuenta que su amiga tenía un lío de primera. —Vamos a ver, Yvonne... ¿Qué coño quieres? —gritó sin poder evitarlo sobresaltándola.

—¡No lo sé!

—¡Pues hasta que no lo sepas, deja de joderme la vida! ¡A mí Arturo también me gustaba! ¡Y mucho! —Furiosa salió del baño cerrando de un portazo y volvió a abrir. —¡Por cierto, tus cifras eran una mierda y el satélite ha dado mal la información que necesitábamos! ¡Ahora tendremos que empezar de nuevo! ¡Ya que vamos a ser sinceras, lo seremos del todo! —La señaló con el dedo. —¡Por cierto, yo jamás te habría hecho daño a propósito! ¡Sabías que me gustaba y me mentiste solo para superarme en esto como llevas intentando hacer toda tu vida!

Yvonne la miró dolida y una lágrima cayó por su mejilla. Se miraron impotentes y Claudia dio un paso hacia ella. Se unieron a mitad de camino y se abrazaron con fuerza mientras lloraban. —Lo siento —dijo su amiga arrepentida—. No sé lo que me ha pasado.

—Tranquila. Yo también me he pasado.

Su amiga negó con la cabeza. —Tienes razón.

—Es mentira.

—Siempre he intentado superarte. Por eso hemos llegado hasta donde

hemos llegado, porque ninguna ha querido darse por vencida porque la otra la superara. Pero solo lo aplicábamos al trabajo hasta estas vacaciones.

—Y lo ha provocado Jeff, ¿verdad? —Yvonne suspiró yendo hacia la habitación y sentándose en la cama. La siguió sentándose a su lado. —Se fijó en mí cuando te gustaba a ti y te pusiste celosa, lo que ha provocado esto.

—Como me jode que seas tan lista.

Se echó a reír al ver su rabia. —Más o menos tan lista como tú.

—Perdona.

—Nada. De todas maneras, puede que me gustara, pero no tengo pensado vivir aquí.

—Pero podías haber echado una cana al aire en vacaciones y te lo he fastidiado. Hacía mucho que no te acostabas con nadie.

—¿Qué te parece si venimos a lo que habíamos pensado desde el principio? A divertirnos en nuestras vacaciones. Porque cuando llegemos, te pienso pegar un repaso que te pasarás las próximas tres semanas haciendo cálculos.

Yvonne hizo una mueca. —Lo siento.

—¡Cómo vuelvas a decir eso te arreo! —Le guiñó un ojo. —Ya que estás lista para salir, me cambio y vamos a tomar una copa.

—No me apetece.

—¡Pues te fastidias! ¡Llevo aquí dos días por tu culpa! ¡Así que mueve el culo!

Sentadas en una terraza escuchando la música, vio cómo su amiga ligaba con unos chicos que estaban sentados a su lado. Al parecer se le había quitado el disgusto. Bebió de su mojito y levantó la vista, atragantándose cuando se encontró a Arturo ante ella con una camisa negra y unos pantalones del mismo color. Estaba increíblemente guapo y alargó la mano cogiendo la suya sin pedirle permiso. Al mirar a su amiga, vio que sonrojada le hacía un gesto con la mirada para que se fuera con él. Arturo tiró de ella ligeramente y dejó su vaso sobre la mesa. Él miró su vestido negro ajustado que mostraba su silueta y cuando llegaron a la pista, la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Estás preciosa, nena. —Llevó una mano a su cuello y Claudia se estremeció mirando sus ojos azules que le prometían mil cosas. El deseo la recorrió de arriba abajo siguiendo el ritmo de la música y Arturo se acercó a su oído y susurró —Al fin serás mía.

Se estremeció al escuchar esas palabras porque deseó ser suya para siempre y eso la asustó. Aunque se moría por hacer el amor con él, también

sintió un deseo irracional de salir corriendo. Así que hizo lo único que podía hacer para cortar aquello de raíz. Cabrearse. —¿Soy un trofeo para ti? ¿La turista que se te iba a escapar, pero que al final vas a conseguir llevarte a la cama?

—Vas a ser mucho más que eso, preciosa. —La besó suavemente en los labios y dijo con voz ronca —Nos vamos. Seguro que tu amiga puede llegar sola al hotel.

—Le debes una disculpa, ¿no crees?

—No le debo una mierda. Y te aconsejo que no saques el tema, porque bastante me habéis cabreado ya.

—Así que te hemos cabreado, pues esto te va a encantar. —Le dio un pisotón con el tacón y Arturo gritó sobresaltando a la pareja que había al lado mientras levantaba la pierna, soltando un montón de improperios por la boca. Aunque no estaba segura porque los decía en español. Claudia sonrió. — Buenas noches. Que lo pases bien.

—¡Me cago en la leche, Claudia! —gritó fuera de sí—. ¡Me has roto algo!

—Es una pena que no te rompiera las pelotas, capullo. —Se volvió caminando hacia su amiga moviendo las caderas sensualmente y cuando llegó ante ella puso una mano en la cintura. Yvonne inclinó el cuerpo hacia la

derecha con una sonrisa en la cara para ver a su víctima. —Ahí viene.

Tranquilamente Claudia se agachó para coger la cubitera, donde los de la mesa de al lado tenían una botella de champán. Sacó la botella colocándola en la mesa y se volvió de golpe tirándole el agua helada a la cara. Él se llevó la mano al ojo y ella hizo una mueca. —Lo siento. Soy tan torpe...

Los chicos que habían estado hablando con Yvonne se echaron a reír a carcajadas. —Bueno, creo que se ha terminado la noche —dijo Yvonne levantándose y cogiendo los bolsos de mano—. Un placer, chicos. —Cuando rodeó la mesa, cogió a Claudia del brazo justo cuando Arturo bajó la mano, seguramente para comprobar que no tenía sangre. —Vámonos antes de que nos detengan.

—No nos van a detener. —Al ver que Arturo la miraba como si quisiera cargársela dijo —Sí, igual es hora de irse.

Echaron a correr y Arturo empezó a seguirlas cojeando como si fuera el tío de “El resplandor”. Cuando aceleró el paso en medio de la pista, ambas chillaron corriendo más deprisa con aquellos tacones de quince centímetros. Eran muy útiles para unas cosas, pero para huir de un tío furioso... Mejor las zapatillas de deporte.

Tuvieron suerte y al salir una pareja descendía de un taxi. Se metieron casi saltando a su interior y Arturo gritó en español algo al taxista, que aceleró

a toda pastilla. —¿Vosotras también os habéis ido sin pagar?

Las chicas se miraron y se echaron a reír porque era cierto que no habían pagado con las prisas. Yvonne se encogió de hombros. —Ya pagará Arturo.

—Es lo menos que puede hacer.



### Capítulo 3

Sentadas en la toalla Yvonne suspiró mirando la cala del Moro. — Dios, esto es precioso.

—En la guía dice que es una de las calas más bonitas de la isla. — Miró a su alrededor con desconfianza y su amiga se echó a reír a carcajadas. —¿Qué?

—¿Crees que nos ha seguido hasta aquí para saltar sobre nosotras en cualquier momento? Estás exagerando un pelín, ¿no te parece?

—Tú no viste la determinación en esos ojos azules. —La miró de reojo. —Sé que ayer me animaste a que me fuera con él, pero...

—¡Mierda! ¿Le has rechazado por mi culpa? —Negó con la cabeza. — Porque tengo claro que le gustas de verdad y no tenía derecho a meterme en medio. No debes preocuparte por mí.

—No fue por eso. —Desvió la mirada avergonzada y movió el pie sobre la arena pensando en lo que había ocurrido.

Yvonne entrecerró los ojos. —Ya sé lo que te pasa. No quieres estar con él porque me prometiste que estaríamos juntas en vacaciones y no quieres que me sienta mal.

—No, tampoco es eso.

—Vaya, gracias. —Yvonne soltó una risita divertida, pero al ver la cara de su amiga la perdió de golpe y la cogió por el brazo para que la mirara.

—Eh, ¿qué ocurre?

—Me dio miedo. Me asusté.

La miró sin comprender. —¿Qué te asustó? ¿Te amenazó o algo? ¿Viste algo raro en él?

—Estábamos en la pista y me dijo que al fin iba a ser suya... Y lo dijo de una manera... Como si de verdad quisiera que fuera suya. No sé si lo entiendes, porque no lo entiendo ni yo. Sentía que me iba el corazón a mil y sólo quería correr.

—Sí, ya me di cuenta. —Su amiga intentaba relajarla, pero desde la noche anterior estaba realmente tensa. En realidad, desde que le había conocido en la playa no había dejado de estar de los nervios. —Dios, te has enamorado de ese tío, ¿verdad?

—No digas tonterías. El amor es otra cosa. Esto tiene que ser que...

—¿Estás encoñada?

—¡No seas burra! Es una atracción.

—Y está claro que él se siente muy atraído por ti si ha pasado de mí.

—Claudia jadeó. —¿Qué? Estoy muy buena.

Eso era cierto. Yvonne se le había puesto en bandeja y había pasado de ella. Se mordió su grueso labio inferior mirando aquella agua cristalina de un increíble color azul.

—Venga, ¿no decías que podíamos tenerlo todo? ¿Una familia, hijos y todo ese rollo?

—¡Pero no esperaba que el tío fuera de otro país!

—¿No te estás tomando esto a la tremenda? Igual dentro de un par de días no puedes ni verle, porque es un hombre con poco cerebro que no soportarías tener a tu lado más de una semana y sales huyendo hacia Londres cagando leches.

—Dijiste que era inteligente.

—Mierda. Soy una bocazas.

—Menos mal que ya te vas dando cuenta.

—Muy graciosa. Pues sí que es inteligente. Mucho. Me ha sorprendido.

Y habla alemán. Y ya sabes que yo no tengo mal gusto. Es un conversador

ameno, tiene don de gentes, es atractivo y tiene dinero. No es un playboy de playa. Contestó a su teléfono varias veces y tiene el móvil más avanzado del mercado. Su coche es un Ferrari y después de que pasáramos el día juntos, nos fuimos con sus amigos a cenar langosta a uno de los bares más caros de la ciudad.

Miró a su amiga molesta. —¿Tiene dinero? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Eso a ti nunca te ha importado.

—Y no me importa.

—Pues eso, lo que yo decía. Así te quedas tranquila sobre si es un gigoló que quiere sacarte la pasta. —Miró su bikini. —Aunque viendo eso que llevas puesto, que parece salido de un supermercado, dudo que haya pensado que tienes dinero.

—Muy graciosa —siseó—. Eres realmente graciosa.

—Vamos, le has subestimado. En cuanto le viste, pensaste vaya un bomboncito español que me endulzará las vacaciones. Pero fijate, es un bomboncito que está relleno y ahora te has acojonado con el posible empacho.

—Pues básicamente... Sí. —La miró con rencor. —Te odio. —Yvonne se echó a reír a carcajadas y se levantó cogiendo su bolsa. —¿A dónde vas?

Alguien carraspeó tras ella y asombrada giró la cabeza hacia atrás

para ver a Arturo vestido con vaqueros y una camiseta verde mirándola fijamente con los brazos cruzados. Y si el día anterior estaba cabreado cuando le rechazó, en esos momentos saltaban chispas de sus ojos.

—Que lo paséis bien. —Yvonne les guiñó un ojo antes de alejarse.

Mierda, pensó para sí mirando esos ojos azules. Forzó una sonrisa. —  
Buenos días.

—Claudia...

—¿Sí?

—Estoy empezando a ponerme nervioso con esa actitud. Me tienes algo confuso.

—¿No me digas? —Dios, sin poder evitarlo miró sus morenos antebrazos cubiertos de un ligero vello negro y le subió la temperatura de tal manera que se puso muy nerviosa.

Se agachó a su lado y el aroma de su after shave llegó hasta ella. Era como para marearse de gusto. Sus ojos bajaron hasta sus labios. —¿Ves? En este momento estás pidiendo que te bese, pero después te cabreas, sales huyendo, me rompes un dedo o tu amiga nos da por saco. Te quedan unos días para estar aquí, así que te voy a preguntar claramente lo que quieres, ¿de acuerdo?

—Vale —respondió sin aliento arrodillándose ante él sintiendo como

todo su cuerpo respondía a su presencia. Arturo bajó sus ojos azules hasta sus pechos que estaban obviamente excitados.

—Mientras estés aquí estarás conmigo. —No era una pregunta y ella levantó las cejas. —Di que sí.

—¿Esa era la pregunta?

—He cambiado de opinión.

—Ya veo...

—¿Eso es que sí o que no?

—Así que al final sí que era una pregunta.

—Nena... —La cogió por la nuca y la besó con ansiedad. A Claudia se le volvió el estómago del revés y disfrutó de ese beso como de ninguno en la vida. Arturo se apartó y susurró con voz ronca mirándola fijamente a los ojos —Nos vamos. Quiero enseñarte algo.

—¿Tu casa?

—Exacto. Te va a encantar mi cama. —La cogió por la cintura incorporándose hasta ponerla de pie y entre sus brazos se sintió como una pluma.

—Dentro de poco es la hora de comer.

—¿No me digas? Creo que hay algo en la nevera.

Sin poder evitarlo se echó a reír. —¿Tanta prisa tienes?

—No lo sabes bien. Llevo dos días pensando en estar dentro de ti y quiero descubrir si la cara que tenías en pleno orgasmo en mi imaginación, se corresponde con la realidad.

Madre mía. Qué hombre. Arturo cogió su bolsa y ella la toalla. —¿De verdad te he roto un dedo?

—Fisurado mas bien.

—Ah, eso no es roto, roto. Eres un exagerado.

Arturo sonrió viéndola ponerse su vestido de flores que apenas le cubría el trasero. —Exagerado, ¿eh? Cómo se nota que no te han clavado un tacón en la vida. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia fuera de la playa.

Que la cogiera de la mano la hizo sentir especial. Nunca se había sentido así con un hombre y decidió dejar sus temores a un lado y disfrutar de lo que pasara durante esos días. Fuera lo que fuera. Aunque saber que Yvonne iba a estar sola... Le miró de reojo. —Yvonne...

Él se detuvo en seco. —Tu amiga nos ha mentado.

—Lo sé, pero no quiero que esté sola durante las vacaciones. No es justo. Es mi mejor amiga.

—¿Pues joder con los amigos! Mis amigos no intentan quitarme la novia.

Se puso como un tomate. —Eh, eh. Que no somos novios.

Él carraspeó. —¿Y sabes por qué no lo somos? ¡Por tu amiga! ¡Hemos perdido dos días! —Se pasó una mano por su pelo negro y suspiró. —Mira, hoy pasaremos el día juntos y mañana ya veremos. Igual no nos llevamos bien en la cama. —Claudia levantó ambas cejas. —¡Era una hipótesis! Nos irá estupendamente en la cama.

Una mujer que pasaba con su hijo hacia la playa, jadeó tapando al niño los oídos dejando caer la sombrilla. Arturo siseó —Esto mejor lo hablamos en mi casa. —Tiró de ella hasta un Jeep descapotable de color gris. —Sube, nena.

Ella le miró confundida. —¿Este es tu coche?

—Ya veo que tu amiga te ha contado lo del Ferrari. Pero no es mío. Es de un amigo.

—Oh. Pues la impresionaste —dijo divertida.

—Ya me di cuenta. Hasta alabó mi móvil. —Le soltó con ironía cerrando la puerta antes de rodear el Jeep.

Cuando se sentó a su lado, ella no pudo evitar fijarse que llevaba un reloj exclusivo. —Yo trabajo en una empresa de telecomunicaciones en Londres. ¿Y tú en qué trabajas?

Arturo reprimió la risa. —Nena, no estoy contigo por tu dinero. No soy



un playboy ni nada por el estilo.

—Pues tu prima insinuó que esto lo haces a menudo. ¿Cómo puedes estar disponible teniendo un trabajo de nueve a cinco?

—Aquí los horarios son distintos.

—¡Déjate de rollos!

Él se echó a reír cambiando de marcha. —Trabajo en una inmobiliaria. Alquileres y compraventa. Me va bien.

Claudia suspiró del alivio. —No es que yo gane una barbaridad.

—Me lo imagino.

—Pero es un alivio saber que trabajas.

Arturo la miró a los ojos. —¿Ahora puedes relajarte?

Claudia asintió, se acercó para besarle en los labios rápidamente y sonrió radiante. —Soy toda tuya.

—Perfecto. Vamos a divertirnos, ya que he perdido un día de mis vacaciones. Vacaciones que pedí por ti, incluso después de que te cabrearas.

—Oh, lo siento. ¿Me perdonas?

—Tendré que tener una conversación muy seria con mi prima la próxima vez que la vea.

—Y le dices de paso que no trabajo en un supermercado.

Él retuvo la risa. —No se me olvidará.

—Tiene una mala leche...

Arturo se echó a reír. —Pero si es adorable. O casi.

—Sí, ya. —Miró el paisaje y se dio cuenta que estaban subiendo por una colina. —¿Estamos muy lejos de tu casa?

—Llegaremos enseguida. Así que trabajas en una empresa de telecomunicaciones. Tu amiga me ha dicho que trabajáis juntas.

—Sí, ella estudió físicas y yo aeronáutica. ¿Y tú?

—Económicas.

—¿Y has terminado vendiendo casas?

—No había muchas salidas cuando terminé la universidad, así que un amigo me ofreció trabajo y se me da bien. Las comisiones son muy buenas, porque no vendo casas normales sino de alto standing.

—Oh... —Vio que pasaban por una mansión de lujo. —Como esa.

—Como esa. Así que si vendo tres al año, puedo vivir muy bien.

—Entiendo. ¿Por eso sabes alemán? Aquí hay una población alemana muy amplia, ¿verdad?

—En realidad sé alemán porque mi abuela lo era. —Le guiñó un ojo girando hacia la derecha y se detuvieron ante una verja. Él pulsó el botón que

tenía en la visera y empezó a abrirse.

—¿Es aquí? —preguntó sorprendida porque sabía que esas casas eran de lujo. Tenían vistas a la costa y eran las que compraban los famosos para pasar sus vacaciones.

—Vivo en esta de momento hasta que la venda.

Claudia abrió los ojos como platos al ver una casa hermosísima. Era muy moderna de acero y cristal en dos plantas, pero estaba totalmente integrada en el paisaje por el jardín que la rodeaba. —Vaya...

—¿Te gusta?

—¿Cuánto cuesta esta hermosura?

—Oh, doce millones de nada.

—Me la compro. —Divertida bajó del coche sin poder quitar los ojos de la cascada que había en un lateral.

La puerta principal se abrió y un hombre vestido con chaleco y pantalón negro les dijo —Bienvenido a casa, señor Wagner.

—Juan, ella es Claudia. ¿Nos preparas algo para comer? Disponlo en la terraza para dentro de una hora, ¿quieres?

—Por supuesto, señor.

Atónita le siguió bajando los tres escalones que llevaban a un enorme salón con un suelo gris oscuro que brillaba impecable. Ignorando la moderna

decoración, se le cortó el aliento al ver el mar a través de los ventanales y soltando su mano fue hasta la terraza saliendo al exterior. —Dios, esto es el paraíso —susurró mirando a su alrededor. Podía ver una cala a su derecha que apenas tenía gente y varios barcos veleros que habían anclado cerca de la costa.

Arturo la cogió por la cintura pegándola a su pecho. —¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta? Quiero que me toque la lotería.

Arturo rió por lo bajo. —Pues casi tengo comprador.

—¿El mayordomo va incluido en el precio?

—Pues sí. Si el comprador quiere, claro.

—Claro.

La besó en el cuello y Claudia se dio la vuelta olvidándose de todo. —  
¿Y tu habitación?

—Esa está arriba. ¿Quieres conocerla?

—¿No decías que la cama me iba a encantar? —Arturo se echó a reír.

—Quiero verla. —Le besó en la barbilla hasta llegar a su labio inferior. —  
Solo me quedan cinco días para disfrutarla.

La besó en el cuello de nuevo haciéndola reír y la cogió en brazos provocando que se sonrojara al pasar por el salón. —¿Y Juan?

—Tranquila, ya está en la cocina.

—Me da no sé qué saber que está por aquí.

—No entrará en la habitación. ¿O es que gritas mucho?

—Muy gracioso. —Acarició su cuello. —Al parecer he tenido una suerte enorme estas vacaciones.

—No lo sabes bien.

Empujó con el pie una puerta al fondo del pasillo y Claudia protestó

—Ten cuidado, tienes que venderla.

—Así me gusta, que mires por mis intereses. —La dejó caer sobre la cama y Claudia soltó un gritito por la sorpresa. —Shuss. A ver si Juan va a pasar por aquí a ver qué ocurre...

—Mejor nos vamos a mi hotel. —Se quitó el vestido desmintiendo sus palabras y Arturo se echó a reír antes de llevar las manos atrás y sacarse la camiseta. A Claudia se le cortó el aliento deseando tocar ese pecho de nuevo, pero se quedó allí sentada observando cómo se abría los botones de sus vaqueros dejando ver unos bóxer negros. Se quedó en ropa interior dos segundos después y Arturo levantó una de sus cejas negras divertido. —  
¿Quieres que siga?

—Por favor. Lo quiero integral.

Se bajó los bóxer sin ningún pudor y Claudia vio que estaba muy excitado, provocando que la sangre corriera alocada por sus venas sintiendo

un deseo arrollador. —¿Ahora quieres que te desnude a ti? —preguntó con voz ronca alterando su respiración.

Claudia asintió mirándole a los ojos y se tumbó sobre la cama mostrando el bikini negro que llevaba. —Si te empeñas...

Arturo arrodilló una pierna en la cama y llevó una mano hasta el lacito de su cadera. —Esto va a ser fácil.

—No te creas.

Arturo se agachó más y la besó encima del ombligo haciéndola suspirar. Tiró del lacito muy lentamente antes de rodear con la lengua su ombligo. Sus labios fueron subiendo besando su piel hasta llegar a su pecho y mordisquear su pezón por encima de la tela del bikini. Claudia se retorció de placer y acarició su cabello negro apretándole contra ella. Ni sintió como su mano llegaba a la otra cadera y le quitaba la braguita antes de llevar esa mano a su pecho, apartar el triángulo que cubría su seno y lamer su pezón haciéndola gritar de placer antes de chupar con fuerza. Él acarició el valle de sus pechos con sus labios antes de colocarse entre sus piernas, haciéndose espacio para acariciar con su miembro sus húmedos pliegues. Claudia jadeó arqueando su cuello hacia atrás sintiendo como entraba en ella lentamente. Tan lentamente que sintió como todo su cuerpo se tensaba por recibirle. —Joder, nena. Me abrasas —susurró contra su oído antes de salir con rapidez para entrar de nuevo con fuerza. Claudia gritó de placer abrazándose a su cuello desesperada

porque lo repitiera—. ¿Te gusta, preciosa? —Lo repitió antes de que pudiera contestar y sorprendiéndola se volvió de golpe, colocándola encima de él a horcajadas. Sujetando sus muñecas para que sus manos se agarraran al borde del cabecero, le impidió que se moviera al apretar sus caderas con firmeza. Sin aliento bajó la cabeza para mirarle y Arturo levantó sus caderas. Al estar de rodillas gimió al sentir que salía de ella, pero Arturo apoyó los talones sobre el colchón y movió las caderas con contundencia, tan rápido y tan fuerte que Claudia sintió que todo su cuerpo se tensaba con fuerza estremeciéndose en un orgasmo increíble. Con la respiración agitada él se detuvo acariciando sus nalgas antes de tumbarla de espaldas de nuevo.

Cuando pudo ser consciente de lo que ocurría a su alrededor, le vio observándola divertido sentado entre sus piernas y le acarició los muslos hasta llegar a sus glúteos. —Cielo, todavía no he terminado.

Claudia se puso como un tomate. —¿Qué?

—No quería terminar sin que te enteraras de nada. Me parecía algo grosero. —Arturo retuvo la risa levantando sus caderas llenándola del todo y provocando en ella otro estremecimiento.

—Por favor, continúa.

—¿Seguro?

—Muy gracioso. ¿Quieres moverte ya? —Estiró las manos deseando

agarrarse a algo y apretó el edredón entre sus puños. —¡Dios!

Arturo se movió lentamente de nuevo y Claudia pensó que se moriría de placer. Aquello no podía ser de verdad. No podía haber un amante más perfecto que él. Ese fue su último pensamiento coherente antes de que él acelerara el ritmo de manera desenfrenada provocando que todo su ser se tensara con fuerza hasta que su cuerpo estalló de nuevo.

Él se tumbó a su lado con la respiración agitada y la miró de reojo divertido. —Preciosa, ¿estás llorando?

Abrió los ojos sorprendida y se pasó una mano por la mejilla. Giró la cabeza hacia él. —Eres el mejor.

Arturo se echó a reír y la abrazó a él para besarla en la sien. —Tú tampoco lo haces mal.

—¡Si no me has dejado moverme!

La risa de Arturo se escuchó en toda la casa.

Fueron los días más felices de su vida. Quedaban con Yvonne por la mañana y visitaban la isla, aunque su amiga la mayoría de las veces tenía algo de resaca porque había conocido a un grupo de Londres que se pasaba casi todas las noches de juerga. Ellos la dejaban en el hotel por la tarde y



disfrutaban de sus noches juntos. Arturo la llevó a cenar a sitios increíbles y disfrutó de cada minuto que pasó a su lado.

La última noche, Claudia intentaba disimular la ansiedad por su despedida. Arturo la esperaba en su habitación mientras ella en el baño se repasaba el maquillaje al lado de Yvonne, que solo con mirar sus ojos verdes ya sabía lo que estaba pensando. —Habla con Arturo —susurró su amiga intentando animarla—. Dile que quieres seguir teniendo contacto con él.

—¿Para qué? —Tiró el pintalabios y tomó aire mirándose en el espejo. Sus rizos castaños estaban impecables y llevaba el vestido negro ajustado, porque era lo único que le quedaba que no necesitara un lavado.

—No seas tonta. Estás enamorada.

—Shusss. —Miró hacia la puerta y escuchó el sonido de la televisión. Arturo debía estar escuchando las noticias. —¿Quieres hablar más bajo?

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. —Sentía que se moría por dentro por tener que irse al día siguiente, pero él no le había dicho nada al respecto durante sus vacaciones, así que suponía que solo quería una aventura.

—No fastidies. ¿Acaso no lo querías todo?

—¡Sí, pero él vive aquí y yo allí! ¿Crees que mi trabajo podría hacerlo aquí? ¿O que él vendería casas allí? Déjalo, ¿quieres?

Salió porque no quería seguir teniendo esa conversación y frunció el ceño al ver que Arturo no estaba en la habitación. —¿Cariño? —Se giró para mirar el pequeño pasillo que llevaba hasta la puerta y sin comprender por qué se había ido sin avisar, se quedó mirando el croquis de salida en caso de emergencia.

—Habrá ido a por tabaco.

—¡No fuma! ¡Ha escuchado lo que has dicho y ha salido corriendo! — Angustiada fue hasta el teléfono que estaba en su bolso y tiró el contenido sobre la cama porque no lo encontraba. —Mierda, ¿dónde tengo el teléfono?

Yvonne se giró y abrió el primer cajón de la mesilla de noche. —¡A mí también me falta el móvil!

Asustada fue hasta el armario y abrió la puerta de golpe para no ver el ordenador que debía estar en su funda. —Dios, ¿nos han robado? ¡Yvonne, no está el ordenador!

—Pues tampoco tenemos tarjetas de crédito ni el dinero en efectivo. — Chilló yendo hacia el bolso de la playa para suspirar del alivio al ver que en su monedero tenía cincuenta euros. —Menos mal. Al menos tenemos para llegar al aeropuerto.

Se apartó los rizos castaños de la cara mirando a su alrededor y abrió la carpetita que le habían dado en la agencia de viajes, donde tenía los billetes

del avión y los pasaportes. Suspiró del alivio porque si les hubieran robado la documentación sí que estarían en problemas.

Pensando en ello se quedaron en silencio y Claudia se sentó al lado de su amiga. —Bueno, tenía el móvil hace veinte minutos... —dijo Yvonne mirándola de reojo—, así que el móvil ha desaparecido mientras estábamos en el baño.

Sus ojos se llenaron de lágrimas empezando a comprender lo que había ocurrido y se le rompió el corazón. —No me lo puedo creer. ¡Me he acostado con un chorizo!

—No, cielo. Te has enamorado de un chorizo, que te ha robado las tarjetas, el móvil y el ordenador. —Jadeó llevándose la mano al pecho. — ¡Mierda, tenía en la cuenta el dinero del último pago!

—¡Te he dicho mil veces que traspases esos pagos a un fondo de ahorro para que no estén en la cuenta en caso de un robo informático!

—¡Pues ahora estaban en mi cuenta!

—¿Has dejado cien mil libras en la cuenta? ¿Estás mal de la cabeza?

—Se miraron a los ojos y chillaron —¡El ordenador!

—¡A ver cómo explicas eso cuando lleguemos al trabajo!

Sus ojos dejaron salir las lágrimas que corrieron por sus mejillas sin darse cuenta, intentando encontrar una explicación a todo eso. Arturo no podía

haberles robado. —Dios.

—Un momento. Si solo quería robarnos, ¿por qué no se acostó conmigo? ¿Y por qué no nos robó el primer día?

—¿Porque de paso se quería llevar unos cuantos polvos y le gustaba yo?

Yvonne hizo una mueca acariciando su espalda. —Tenemos que bloquear las cuentas. Vamos a comisaría. No llores, ellos nos dirán qué hacer.

Tres horas después volvían al hotel arrastrando los pies. Habían conseguido que bloquearan las cuentas, pero ya les habían sacado seis mil euros a cada una, que debía ser el límite que tenían en las tarjetas. Le habían contado a la policía todo lo que sabían de Arturo, pero al parecer no existía ningún Arturo Wagner que tuviera treinta y tres años que viviera en las señas que le habían dado. La casa estaba vacía desde hacía tres meses como les dijo la agencia inmobiliaria que la llevaba.

Cuando entraron en la habitación, la moral de Claudia estaba por los suelos y se dejó caer en la cama sin ni siquiera quitarse la ropa.

—¿Estás bien? ¿Te pido un té? ¿Un calmante? ¿Nos pegamos un lingotazo del minibar? —susurró Ivonne preocupada sentándose a su lado.

—Soy una estúpida. Una estúpida que pensaba que había encontrado al amor de su vida y todo era mentira. —Una lágrima rodó por su mejilla hasta llegar a su nariz y furiosa se la limpió mirando a su amiga a los ojos. —Y yo pensando en quedarme con él. ¿Te lo puedes creer?

—Siento que te haya utilizado de esta manera. El dinero es lo de menos. Le mataría por utilizarte así.

—Yo que he luchado toda mi vida por conseguir el trabajo de mis sueños y ahora me van a despedir por un gigoló de poca monta que me ha engañado durante las vacaciones.

—Igual no nos despiden.

—No, claro. A ti no te van a despedir porque el ordenador es mío. Yo soy la responsable del proyecto, no tú.

—Restriégamelo.

Eso hizo reír a Claudia que no se podía creer que le entrara la risa en un momento así. —Te quiero.

Yvonne sonrió. —Y yo a ti.

—Eres la mejor amiga que se puede tener.

Se abrazaron con fuerza y su amiga susurró —Yo siempre estaré ahí, te lo juro.

Sin poder evitarlo se echó a llorar y su amiga la consoló toda la noche.

Destrozada llegó al aeropuerto al día siguiente, con unas gafas de sol que intentaban disimular el dolor.

Yvonne no quiso dejarla sola esa noche en Londres y la acompañó a su casa. Horas después, mientras su amiga dormía, miraba por la ventana de su lujoso apartamento las luces de la ciudad con una taza de té en la mano, pensando en todos los buenos momentos que había pasado con Arturo. Puede que para él hubiera sido todo una farsa, pero para ella había sido muy real. Lo más real que había sentido nunca y sabía que si no encontraba algo así de nuevo, nunca tendría pareja y por lo tanto no tendría hijos. Él le había arrebatado mucho más de lo que creía y le odiaba por ello.

## Capítulo 4

Estaba revisando unas cifras cuando Yvonne entró en su despacho sin llamar como siempre. Llevaba la bata blanca, lo que indicaba que venía del laboratorio. —¿Qué ocurre?

—El nuevo prototipo es una mierda. ¿Te vale con eso? Los chips no funcionan correctamente.

Suspiró tirando el bolígrafo sobre la mesa. —No fastidies. Envié las especificaciones de los ajustes que había realizado en vacaciones.

—Pues los han hecho mal de nuevo. Debemos revisarlo otra vez desde el principi... —Alguien llamó a la puerta abierta con dos golpes y ambas miraron hacia allí para ver al dueño de la empresa y director general. Phill Hunter les sonrió. —Chicas, ¿tenéis un minuto?

—Claro Phill, pasa. ¿Qué ocurre?

—Pues ocurre que el robo de tu ordenador nos ha jodido pero bien.

Claudia perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué quieres decir?

Phill apretó los labios. —¿Recordáis que antes de irnos os dije que iban a comprar gran parte de las acciones de la empresa? ¿Qué sería una inyección de capital que nos impulsaría a Asia?

—Lo recuerdo. —Muy tensa miró a su amiga. —¿Qué ocurre con eso?

—Se ha retirado la oferta. —La miró con sus ojitos castaños como si fuera una auténtica inútil. —¿Y la razón es, que les han vendido la información que necesitaban para adquirir la empresa y toda esa información la tenían en tu ordenador! Me podías haber informado que tenías el desarrollo de siete prototipos en él, ¿no crees?

—Te informé de que en el ordenador había información altamente delicada. ¡Te lo advertí! ¡Y en esos prototipos trabajaba en mi tiempo libre! ¡No tienes derecho a recriminarme que estuvieran en mi ordenador personal! Parecía que no te importaba nada que me hubieran robado el ordenador, ¿y ahora me vienes con esto?

—Y qué podía hacer al respecto, ¿eh? ¡Tú eres la encargada de esos proyectos! ¡Si hubiera sido otra, la hubiera echado a patadas! ¡Pero a ti te necesitaba! —Que dijera necesitaba en pasado no era nada bueno. —¡Pero ahora no te necesito porque la competencia sacará los prototipos antes que nosotros!



—¡De eso no puedes estar seguro! ¡Son mis proyectos y no hay nadie que sepa tanto de ellos como yo! ¡Por mucha información que haya en ese ordenador, no nos tienen a nosotras!

Yvonne entrecerró los ojos furiosa. —Lo mismo digo. —Y sonrió maliciosa. —Además han metido la pata, porque el satélite necesita unos ajustes.

Phill cambió el gesto mirándolas con curiosidad. —¿Ajustes?

—Los chips son defectuosos. Debemos cambiarlos.

Su jefe la señaló con el dedo. —Tienes siete días para sacar el proyecto ante los accionistas. ¡Quiero hundirlos! ¿Me estás oyendo? ¡Quiero que ni se molesten en preparar los otros proyectos que están en fases de diseño! ¡Quiero ese satélite para que el gobierno no piense en ninguna otra compañía que no seamos nosotros!

Claudia asintió. —Siete días.

Phill fue hasta la puerta furioso. —Si no lo consigues o crees que no lo vas a conseguir, vete recogiendo tus cosas. —Cerró de un portazo y ellas se miraron fijamente.

—Ese hijo de puta... —siseó su amiga—. ¿Cuánto crees que se ha embolsado con esto?

—¿Acaso importa demasiado? Se ha hecho rico. A nuestra costa. —

Pensaba que no le iba a doler después de un mes, pero era recordar a Arturo y el dolor lacerante regresaba con fuerza. —Ahora a trabajar. No pienso dejar que me arruine esto también.

—No tendremos tiempo en siete días. Los chips vienen de China y tardarán más de una semana en prepararlos.

—Pues busca alguien que los haga aquí.

Yvonne entrecerró los ojos. —Tendremos que abrir el laboratorio que está cerrado para montar los chips en una zona estanca. Sabes que el oxígeno los daña.

—Haz lo necesario. Me importa una mierda que Phill se queje del presupuesto puesto que dentro de una semana puede que ya no esté aquí, pero te aseguro que me voy a dejar la piel para que esos cabrones no consigan una mierda de mi ordenador.

Yvonne sonrió. —Esa es mi chica.

Fue la semana más horrible de su vida. Cuando consiguieron que los chips funcionaran, hubo un desajuste en el navegador que hubo que reconfigurar y ya que lo iban a hacer de nuevo, Claudia quiso ir un paso más sobre sus competidores con un ultra sensor de sonido y una cámara de máxima

definición.

Estaban mirando el prototipo que medía seis metros de alto y las amigas se echaron a reír antes de chocarse las manos. —Lo conseguimos. El primer satélite que saldrá a órbita de manera independiente.

—¡Eres un genio! —Yvonne la abrazó besándola en la mejilla. —Ya verás la prima de este trimestre. ¡Seremos ricas!

—Tú siempre tan pragmática. Aún hay que enviarlo ahí arriba.

—De eso se encarga el gobierno, guapa. ¡Y tú dirigirás el proyecto! —  
Se apretó las manos emocionada.

En ese momento se abrió la puerta del laboratorio y sonriendo radiantes se giraron, esperando encontrarse a Phill que iba a ver el prototipo. Entró en la sala muy serio mirando el satélite y ella hizo un gesto a su equipo para que abandonaran el laboratorio. Los siete científicos salieron comentando que habían hecho un trabajo estupendo y Phill levantó una ceja. —¿Lo has conseguido?

—Bueno, hay que probarlo, pero sí. El trabajo está casi terminado. —  
Se volvió hacia el satélite. —Lo más difícil es que los propulsores soporten el trayecto.

—¿No se destruirá al salir y entrar al espacio exterior? —Se puso a su lado contemplando su trabajo. —No has probado la aleación que has creado

en la carcasa exterior en esas condiciones. Puede fundirse y provocar que estalle.

Ambas le miraron sorprendidas por las dudas que ahora expresaba en voz alta. —¿Qué ocurre, Phill? Cuando nos diste el trabajo sabías que teníamos la patente de ese material y estabas convencido de que funcionaría para el satélite. ¿A qué vienen ahora esas dudas?

Phill apretó los labios y suspiró sentándose en uno de los taburetes que había ante el panel de control. —Daniel Gombert me acaba de llamar. Dice que invertirá en nosotros si podemos demostrar que ese chisme funciona.

Se quedaron de piedra. —¿Hablas del tipo que pagó por la información de mi ordenador? ¿Qué pasa? ¿Qué no sabe descifrar la información? —No salía de su asombro. Aquel tipo tenía una cara que se la pisaba.

—Al parecer tu trabajo está tan avanzado, que le merece la pena invertir, en lugar de empezar a hacer pruebas por su cuenta.

Yvonne entrecerró los ojos y sonrió con malicia. —No es eso, Claudia.

Claudia sonrió cruzándose de brazos. —Claro que no. Lo que ocurre es que no pueden usar nuestra aleación sin nuestro consentimiento, porque nosotras tenemos la patente, ¿no es cierto, Phill?

Su jefe enderezó la espalda. —Pues sí. Es exactamente eso. Así que

aún nos necesitan y nosotros a ellos si queremos avanzar.

—¡Mira, me importa una mierda vuestros chanchullos empresariales, pero el proyecto es mío y no voy a dejar que me manipuléis para conseguir lo que queréis! ¡La aleación es nuestra! ¡Hemos consentido en que se use en el prototipo, pero como sigáis tocándonos las narices, esto se termina aquí!

—Bien dicho —dijo Yvonne satisfecha.

Phill se levantó lentamente. —Pensar en lo que estáis diciendo. Todo el trabajo de los últimos dos años se iría a la mierda.

—Puedo llevar el prototipo a otra compañía con ciertos ajustes para que no sea igual que en el diseño que te pertenece —dijo fríamente—. ¡Perdería dos años de trabajo, pero a mí no me jodes más! ¡Has amenazado con despedirnos y te has tirado un farol porque me sentía culpable con lo que había ocurrido con mi ordenador, pero se me acaba de quitar la culpa de golpe porque me acabo de dar cuenta que solo jugáis con nosotras!

—Gombert quiere hablar con vosotras en persona.

Lo decía como si fuera un dios o algo así. Claudia miró a su amiga de reojo que asintió. —¿Y para qué quiere hablar con nosotras? No trabajamos para él y después de como se ha comportado, puedes decirle que nunca lo haremos.

—Gombert es un hombre muy poderoso en el mundo de las

telecomunicaciones. Le necesitamos.

—Pues yo nunca he oído hablar de él.

—GWC.

Las chicas se tensaron con fuerza enderezando la espalda. Cuando salieron de la universidad habían pedido trabajo allí, pero las habían rechazado porque aunque sus expedientes eran brillantes, consideraban que sus proyectos eran irrealizables. Su entrevistador había llamado a Claudia fantasiosa soñadora y había añadido que bajara a la tierra a intentar solucionar problemas reales.

—Mira tú por donde —dijo Yvonne divertida—. Al parecer ahora necesitan nuestras estrambóticas ideas.

Eso era lo que le habían dicho a Yvonne, que salió de la entrevista rabiosa gritándole al tipo que le rogarían que trabajara para ellos. Al parecer había llegado su momento. Se miraron a los ojos y se echaron a reír, confundiendo a Phill que se relajó visiblemente. —¿Eso es que sí?

—Oh, sí. Me muero por verle la cara a ese tipo. —Claudia fue hacia la puerta que se abrió en ese momento.

Lo que Claudia se encontró fue unos ojos azules que esperaba no

volver a ver jamás. Ambas perdieron la sonrisa de golpe al verle entrar en el laboratorio con otros dos hombres que iban vestidos con trajes hechos a medida al igual que él. Claudia apretó los puños al ver que Arturo, ignorando a los hombres, se acercaba a ella con las manos en los bolsillos del pantalón mirándola a los ojos. Después sonrió con descaro mirándola de arriba abajo. Sabía que estaba hecha un desastre, pues llevaba dos días sin dormir. Había adelgazado durante ese mes y estaba sin peinar ni maquillar.

—Hola, preciosa. ¿Te alegras de verme?

Yvonne dio un paso hacia él con ganas de matarle, pero Claudia la cogió por el brazo para que no hiciera ninguna tontería, sintiendo que su corazón se había detenido desde que ese hombre que le había destrozado el alma había entrado en su laboratorio.

Claudia miró a su jefe que sonreía satisfecho. —¿Qué ocurre aquí, Phill?

—Querían conocer el prototipo del satélite y hablar con vosotras. — Phill le dio una palmada a Arturo en el hombro. —¿Conoces a Arthur Wagner? ¿De industrias Wagner y Gombert? —Señaló al otro tipo. Era rubio y muy alto. —Él es Daniel Gombert. Su socio. Ellas son mis mejores adquisiciones. Claudia Barry e Yvonne Lansky.

Claudia se negaba a mirar a Arthur. Cabrón. —¿Este hombre que robó

la información él mismo de la habitación de mi hotel, es tu futuro inversor? —  
Miró a Arthur a los ojos. —¿Qué ocurre? ¿GWC está en crisis y tienes que  
hacer el trabajo sucio?

Arthur se tensó, pero Phill no se dio ni cuenta echándose a reír. —Ya  
me ha contado su travesura. Estaba impaciente por saber en qué trabajabas. Y  
después de ver tu impresionante trabajo, decidió invertir de inmediato. ¿Qué te  
parece? Y todo gracias a vuestro trabajo. —Le advirtió con la mirada para que  
cerrara la boca. Yvonne apretó los labios mirándoles con odio y Phill forzó la  
sonrisa. —¿Qué les parece nuestro nuevo juguete?

—Es realmente impresionante —dijo el señor Gombert caminando  
hacia él—. ¿Funciona?

—¡No lo toque! —gritó Yvonne sobresaltándole.

—Disculpe.

Yvonne se volvió furiosa hacia su jefe. —Mira tío, me acabas de tocar  
las pelotas más de lo que lo ha hecho nadie. —Se quitó la bata furiosa y la tiró  
al suelo ante Arthur mirándole con odio. —No trabajaría para ti ni muerta,  
cabrón.

—¿Estás loca? —gritó Phill escandalizado, pero nadie le hacía caso.  
Arthur no dejaba de mirar con una sonrisa en los labios a Claudia, que se  
negaba a mirarle siquiera. Se volvió quitándose la bata—. ¿Pero qué coño



hacéis? ¡No podéis iros ahora! Este es vuestro proyecto. ¡El premio Nobel! —  
Aterrorizado vio que su ingeniera dejaba la bata sobre la mesa y miraba a su  
alrededor como si buscara algo. Sonrió al coger su teléfono y caminó hacia la  
puerta como si no existieran. —¡Claudia!

Consiguió salir de allí lo más digna posible, sintiendo que se iba a  
desmayar en cualquier momento con un solo pensamiento en mente. Que se  
había reído de ella y que todavía lo hacía. Que se hubiera presentado ante ella  
con esa sonrisa en la cara, era tan humillante que solo quería esconderse para  
llorar. Yvonne la esperaba fuera y la cogió del brazo tirando de ella por el  
pasillo.

Escucharon pasos tras ellas saliendo del laboratorio y su amiga miró  
sobre su hombro para ver a Arthur observándolas en silencio. —No te  
acerques a ella, ¿me oyes, gilipollas retorcido?

Claudia palideció al darse cuenta de que estaba en el pasillo y echó a  
correr sorprendiendo a su amiga cuando huyó por la escalera en lugar de  
esperar el ascensor.

Subió las escaleras de metal hasta el cuarto piso y entró en la planta  
donde estaba su despacho, sorprendiendo a dos ayudantes que tenían unas  
tazas de café en la mano derramándoselas encima. Pero al verle la cara a su  
jefa no fueron capaces de decir una palabra mientras la observaban entrar en  
su despacho y cerrar su puerta con fuerza, haciendo retumbar los ventanales de

cristal que en ese momento tenían los estores bajados. Frenética recogió su bolso porque necesitaba las llaves de su casa y volvió a abrir la puerta para encontrarse a Yvonne casi sin respiración esperándola con el suyo en las manos. Sin decir una palabra fueron hasta el ascensor y su amiga lo pulsó impaciente. —Mierda, date prisa.

—¿Ocurre algo?

Yvonne se dio la vuelta para encontrarse con Jeff. —Pues sí. Ya que no te voy a volver a ver, te diré que me gustabas, pero como estabas tan ciego pendiente de Claudia, que pasaba de ti como de la mierda, has perdido la oportunidad de echar el mejor polvo que hubieras echado en tu vida. —Entró en el ascensor mirando sus ojos azules. —Tú te lo has perdido.

Atónito dio un paso hacia ellas. Yvonne le sacó la lengua y cuando se cerraron las puertas miró preocupada a Claudia que tenía los ojos cuajados en lágrimas. —Ni se te ocurra llorar por ese cabrón. Al menos aquí no.

Claudia respiró hondo sabiendo que tenía razón y rezó porque aquel chisme llegara al hall cuanto antes. Cuando se abrieron las puertas, salieron del ascensor para ver a diez tíos de seguridad ante ellas con las manos en las culatas de las pistolas de manera amenazante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claudia molesta—. ¡Dejadnos pasar!

—No hasta que sean registradas para asegurarnos que no llevan nada

que pertenezca a la empresa. —El jefe de seguridad dio un paso hacia ellas.  
—Señoritas, acompáñenme de nuevo arriba.

—¡Martin, esto es un atropello! —gritó Yvonne—. Hemos dejado todo en los despachos.

—Pues no tendrán problema en venir conmigo. —Las cogió por el brazo y tiró de ellas hasta el ascensor de nuevo, aunque intentaron resistirse.

Furiosas vieron como pulsaba el último piso y se miraron con ganas de matar a alguien. —Ese mamón no ha terminado con nosotras —dijo Claudia empezando a cabrearse de verdad.

—Eso, tú monta en cólera y arréale un puñetazo de paso. Al menos eso que se lleva.

Al salir Martin intentó cogerlas del brazo de nuevo, pero al ver que le miraban como dos gatas montesas a punto de atacar, carraspeó diciendo —  
¿Me acompañan?

Levantaron la barbilla y salieron del ascensor yendo hacia el despacho de Phill, porque estaban seguras de que les esperaban allí.

Claudia entró primero y confirmó sus sospechas, aunque solo estaban Phill, Arthur y su socio. Parecían muy relajados tomándose un whisky después de haber destrozado sus vidas.

—Oh, Claudia —dijo Phill sonriendo—. ¿Ya se te ha pasado el

enfado?

Ese tío era más imbécil de lo que pensaba. Sin decir una palabra llegó hasta la mesa y volcó el contenido de su bolso sobre la superficie. —Registra mis cosas que quiero irme de aquí de inmediato.

Phill se sonrojó. —Vamos, vamos. Estás exagerando las cosas.

—Claudia, si quieres que lo hablemos en privado...

Se volvió hacia Arthur que se levantó de su sillón de cuero antes de dejar su vaso sobre la mesa de Phill. —Estoy dispuesto a darte una explicación.

Estaba dispuesto a darle una explicación. Le miró con desprecio antes de volverse hacia Phill. —Acaba de una vez o llamo a la policía diciendo que me estáis reteniendo ilegalmente.

Phill no sabía qué decir, pero Arthur no tenía ese problema porque se echó a reír divertido. —Sabía que tenías carácter, nena. Pero te recuerdo como tu futuro nuevo jefe que tienes un contrato.

Le entraron ganas de matarle. Nunca había sentido esa furia que luchaba por salir y ese capullo la estaba llevando al límite. Empezó a recoger sus cosas como si no hubiera dicho nada y Arthur la retuvo cogiéndola por la muñeca. —Tienes un contrato —dijo perdiendo la sonrisa—. ¡No puedes abandonar el proyecto!

Ahora a la que le tocó sonreír fue a ella. —¿No me digas? Demándame.

Phill palideció. —¡No puedes hacernos esto! La competencia...

—Ah, ¿pero no eran ellos la competencia y los que habían robado mi ordenador con afán de superarnos en la carrera hacia el proyecto? —Se echó a reír soltando su muñeca con fuerza. —¿Qué ocurre? ¿Tus ingenieros no dieron con la clave?

—Está claro que te necesito a ti —respondió muy tenso al ver que no daba su brazo a torcer.

—Pero yo no te necesito a ti —dijo con segundas—. Ya no. Suerte con el satélite. La vas a necesitar.

—¿Eso qué significa?

—Tú sabrás.

—Acabemos de una puta vez. —Yvonne le mostró su bolso a Phill. — ¿Ahora podemos irnos?

Claudia metió sus cosas en el bolso a toda prisa y Arthur vio cómo se daba la vuelta. —Un momento. ¿Esto no es tuyo?

Se volvió para ver una memoria externa que no había visto en su vida. —No. No lo es.

—Pues yo creo que sí. La he visto caer de tu bolso.

Se tensó con fuerza. —Eso no es mío.

—Igual deberíamos ver qué es lo que contiene. ¿Tú que crees, amigo?

—Apostaría que tiene todos los planos del proyecto del satélite. ¿Qué pretendía al llevárselo de la empresa? ¿Venderlo a la competencia? —Sonrió a Yvonne que apretó los puños furiosa. —Creo que deberíamos llamar a la policía, ¿no crees Arthur?

—Estoy totalmente de acuerdo. —Se sentó al borde del escritorio tirando el pen sobre la mesa. —Nena, sé razonable. No querrás hundir tu carrera por esto, ¿verdad? —Se cruzó de brazos. —Si vuelves a trabajar como si no hubiera pasado nada, nos olvidaremos del asunto. Nosotros os necesitamos y vosotras tendréis un trabajo que os apasiona. Muy bien pagado, por cierto. Y os aumentaremos las primas por objetivos.

Yvonne se echó a reír y Claudia sonrió también. —Vámonos de aquí.

—Claudia, te lo advierto. ¡Como salgas por esa puerta, no volverás a trabajar en este país!

—Por ahí no... —susurró Phill—. ¡En cuanto salgan por la puerta tendrán veinte empresas de todo el mundo reclamándolas! Solo estaban aquí porque les interesaba el proyecto y porque les prometí que después de esto podrían trabajar en lo que quisieran.

—Exacto. Estábamos aquí porque queríamos ser las primeras en hacer

algo así. No por la pasta. Deberías haberte informado mejor sobre el tema antes de amenazarnos.

Salieron al pasillo y Phill las siguió rojo de rabia. —¡Tendréis noticias mías! De eso podéis estar seguras.

Yvonne le hizo un corte de manga.

—Claudia, si me dejaras explicarme...

—¡No necesito explicaciones! —Se volvió mirándole con odio para encontrarse con que Arturo también las seguía. —¡Me utilizaste! Eso por no decir que cometiste un delito, pero como eres quien eres te has salido con la tuya. ¡Pero a mí no me utilizas más!

Arthur apretó las mandíbulas viendo el dolor en sus ojos. —No fue así.

—¡Sí que lo fue! —gritó desgarrada—. Eres un mentiroso y un manipulador. ¡No quiero estar cerca de ti ni a cien kilómetros! ¡Me das asco!

Él palideció y dio un paso hacia ella, pero entraron en el ascensor a toda prisa. Cuando se cerraron las puertas Yvonne la abrazó por los hombros. —Tranquila. Empezaremos de nuevo en otro sitio.

—Dios. Todavía no me puedo creer que esté aquí. —La miró con lágrimas en los ojos.

—Todo ha sido una trampa, Claudia. —La miró sin entender. —Nos han manipulado para acelerar el proyecto. ¿Quién sabía que nos íbamos de

vacaciones a Mallorca? ¿Phill y nuestros padres? No creo que nuestros padres estén metidos en esto. Te enviaron los fallos en las cifras el primer día de nuestras vacaciones para que trabajaras en ellas, ¿no? Lo hicieron para enviarte la información de los proyectos al ordenador porque alguien sabía que no llevabas esa información contigo y que solo lo utilizabas para revisar los correos electrónicos y acceder a internet. Alguien como yo. Phill no tenía ni idea de los prototipos nuevos en los que estabas trabajando y te envió la información del satélite para asegurarse de que la tuvieras.

Pensó en quien podría saber una cosa así y recordó como un día tomando un café su ayudante le preguntó si se llevaría el trabajo de vacaciones y ella había dicho que ni loca y que no la molestaran a no ser que fuera estrictamente necesario.

Yvonne continuó —Te enviaron la información para tener una excusa para robarlo. Todo ha sido una trampa para presionarnos y que acabáramos el proyecto de una vez.

Era tan surrealista que tenía sentido. —Querían que finalizáramos el satélite antes de realizar la fusión. Sé que tú no miras ni las circulares de las reuniones de accionistas porque eso no te interesa, pero Arturo no podía esperar más, porque otra empresa estaba interesada en nuestro proyecto y tienen un prototipo muy avanzado. Teníamos que ganar nosotros y provocaron esto. No podían arriesgarse a invertir millones de libras en un proyecto que al



final no saliera adelante. Así que te llevaron al límite. Que estuvieras tan furiosa por lo que había ocurrido, provocó que terminaras el proyecto para salvar tu orgullo profesional. Porque quien te conoce un poco, sabe que nunca dejas el trabajo a medias. Nos han puesto en el límite para acelerar el resultado. ¿Por qué crees que no nos despidieron después del robo del ordenador? Cualquier jefe se hubiera puesto de los nervios porque los secretos de la empresa estuvieran en manos de cualquiera, pero Phill se encogió de hombros y dijo recemos porque no pase nada. ¡Sabía de sobra quien tenía el ordenador! ¡Y sobre que Arturo había hecho esto impaciente por ver tu trabajo, es otra patraña de mierda! Él ya conocía el prototipo. ¡Ese es el mejor activo de la empresa y seguro que Phill ya le había mostrado todo el trabajo para sacar mejor precio por sus acciones! Es el cebo que Phill necesitaba para que ellos soltaran la pasta.

Caminando por el hall que ahora estaba despejado Claudia se detuvo en seco. —¿Y por qué lo hizo él mismo? Si querían presionarme con el robo del ordenador, ¿por qué esperó hasta el último día de vacaciones?

Los ojos de Yvonne brillaron. —Creo que en esa decisión tuviste mucho que ver. No dudo que al principio él querría conocernos, por eso estaba tan empeñado en ti ya que eres la directora del proyecto, pero me metí por el medio y perdió dos días. Por eso estaba tan furioso. Pero después... Creo que ocurrió algo. Algo que...

—Me da igual. Solo quiero salir de aquí.

Su amiga asintió antes de salir a la calle y llamar a un taxi. Esperando en la acera se dijo que ocurriera lo que ocurriera daba lo mismo. Se habían reído de ellas. Sobre todo de ella. Eso no se lo perdonaría nunca y por supuesto mucho menos le iba a tener de jefe.

## Capítulo 5

—Sí, por supuesto. Me incorporaré en una semana. Ya estoy preparando la mudanza —dijo mirando a su alrededor. Dejó el libro que acababa de sacar de la estantería sobre la mesa, viendo su piso hecho un auténtico desastre—. Estoy entusiasmada por el reactor y me muero por meterle mano.

Jack Sawyer se echó a reír. —Estoy seguro de ello. De todas maneras, no tengas prisa. Tendréis que buscar casa aquí...

—Oh, no. Yvonne ha encontrado por internet dos casas en la misma calle a cuatro manzanas del trabajo. Son perfectas para nosotras.

Llamaron al portal y fue a abrir a Yvonne que iba a ayudarla con sus cosas. Pulsó el botón de al lado de la puerta y siguió sacando libros.

—Eso es estupendo. Pues cuando llegues a Washington llámame para llevaros a dar una vuelta por la ciudad.

—Lo haré. Hasta dentro de unos días.

Se dio cuenta de que no había abierto la puerta del piso y fue hasta allí quitando el seguro y abriendo la puerta para ver frente a ella a Arturo. Palideció e intentó cerrar, pero él metió el pie empujando la puerta.

—¡Lárgate de aquí o llamo a la policía! —gritó ella apartándose de él.

Arturo cerró la puerta sin quitarle la vista de encima como si temiera que saliera corriendo en cualquier momento. —He venido a hablar y es lo que vamos a hacer.

—¡Pero yo no quiero escucharte más!

Él miró a su alrededor y apretó los puños. —No te vas a ir.

—Eso ya lo veremos.

—Claro que lo veremos. —La miró fríamente. —Mira, no quería hacer esto porque esperaba que cedieras por las buenas, pero como no des marcha atrás tu amiguita va a acabar en la cárcel.

—¿Otro de tus juegos? —Mostrando que le importara bien poco lo que le dijera, siguió metiendo cosas en una caja sin ver realmente lo que hacía.

—No es otro de mis juegos. Aquí no faroleo. He tenido dos días para encontrar algo de lo que pudiera tirar para impedir que os fuerais y tu amiga me lo ha proporcionado. Te aconsejo que le preguntes de dónde sacó ese coche rojo que le gusta tanto.

A Claudia se le cortó el aliento porque le daba la sensación de que hablaba en serio y levantó la vista para mirar sus ojos azules. —¿De qué hablas?

—Fue muy conveniente que esa fábrica china recibiera el encargo de realizar los chips del satélite. Me pareció extraño y hurgué un poco. —La miró furioso. —¡La causa del retraso fue tu amiga! ¡Ella retrasó el proyecto a propósito para conseguirle el contrato a los chinos!

Ella se lo había temido. Había habido demasiados fallos tontos en el proyecto y su amiga siempre había sido concienzuda. Pero tenía que protegerla. —¡Los chips definitivos se hicieron en el laboratorio!

—¡Por orden tuya! ¡Estabais a punto de perder el proyecto y sabía que no podía seguir cometiendo fallos! ¡Supongo que ahora tendrá que devolver el Porche, porque yo nunca firmaré un contrato con esos chapuceros! —La señaló con el dedo. —¡Ya puedes volver a colocarlo todo en su lugar porque no os vais a ningún sitio! ¡Terminareis vuestro trabajo y os quiero en el laboratorio mañana mismo! ¡Y lo harás porque antes de que tu amiguita salga del país, caerá sobre ella todo el peso de la ley!

—¡Es mentira! —gritó sin poder evitarlo sintiendo que el miedo la atenazaba porque sabía que no se estaba tirando un farol—. Aquí el único ladrón eres tú que nos has robado seis mil euros a cada una y me debes un maldito ordenador y un móvil.

Arthur apretó los labios. —Ese dinero será reembolsado en vuestra próxima nómina. —Al ver el miedo en sus ojos dio un paso hacia ella. — Nena, sé que en este momento te sientes utilizada por todos, pero...

—¡Fuera de mi casa! —gritó desgarrada sin darse cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Él asintió yendo hacia la puerta. —Espero que mañana estéis en vuestro puesto de trabajo. Lo espero de verdad, porque creo que a estas alturas sabes que no me temblará el pulso al llamar a la policía.

Furiosa cerró los puños con fuerza sintiéndose impotente, sin darse cuenta de que tenía una figura de cristal en la mano que se rompió, clavándose con fuerza en la palma. Atónita miró la figura rota por la mitad, dejándola caer al suelo mientras la sangre manchaba el suelo de parquet. Se levantó a toda prisa y fue hasta la cocina cogiendo un paño limpio y envolviéndose la mano.

Al salir a la calle se tropezó con Yvonne que aparcaba el coche ante su casa. Apretó los labios con fuerza al ver el Porche rojo. Sería idiota. Se metió en el coche dando un portazo. —¿Qué ha pasado? ¿Te has cortado?

—Llévame al hospital.

—¿Estás mosqueada? —Giró el volante para salir y la miró de reojo.  
—¿Estás llorando?

—¿De dónde has sacado este coche?

Su amiga se tensó frenando en seco antes de salir y susurró —¿Cómo te has enterado?

—Arthur acaba de visitarme.

—¿Él te ha hecho eso?

—¡No cambies de tema! ¿De dónde has sacado el coche?

—Fue un regalo.

Bufó sonriendo con desprecio. —¿Por el contrato con la fábrica en China?

—¡Nosotras trabajamos como bestias mientras ellos se llevan casi todos los beneficios! ¡Le iban a dar el contrato igual, así que acepté el coche! ¿Qué problema hay?

—El problema es que Arthur me ha dicho que como no volvamos mañana te van a denunciar y que vas a acabar en la cárcel.

Yvonne palideció. —¿Pero por qué? ¡Solo he aceptado un regalo!

—¿A cambio de sabotear el proyecto hasta que se firmara el contrato definitivo?

Su amiga parecía incrédula. —¿He cometido un delito?

—¡Sí, Yvonne! ¡Has cometido un delito!

—¡No saboteé el proyecto!

—¡Vamos, has cometido errores que no cometes nunca!

Yvonne apretó los labios. —Últimamente no he estado muy concentrada. Pero no ha sido a propósito. Lo del coche sí, pero...

Claudia miró a su amiga y supo que su comportamiento no era el de siempre desde antes de sus vacaciones, sino no hubiera hecho lo que hizo con Arthur. Pero ahora estaba bien, ¿o no?

—¿Y ahora estás bien?

Yvonne la miró con cariño. —Con todo lo que tienes encima, ¿todavía te preocupas por mí?

—Y lo haré siempre.

Su amiga la miró emocionada. —Eso significa que nos tiene en sus manos.

—Exacto. Ahora llévame al hospital antes de que me desangre. Intentaremos solucionarlo a la vuelta.

Después de siete puntos en la mano y de comerse una pizza, ambas estaban sentadas en el sofá mirando la pared de enfrente donde antes estaba colocada la televisión de cuarenta y dos pulgadas.

—Mierda —siseó Yvonne—. Ni con el estómago lleno encuentro la



solución. —Giró la cabeza para mirar a Claudia. —Vete tú a Washington. Yo me quedaré y asumiré las consecuencias.

—Y una leche. Este gilipollas no sabe con quién se la está jugando. Voy a encontrar algo que le hunda para siempre. Somos capaces de enviar satélites al espacio, esto está chupado.

—¿Y si no hay nada?

—Crees que alguien que va hasta Mallorca y monta este tinglado para asegurarse de que está invirtiendo su dinero correctamente, ¿no tiene trapos sucios? Los tiene a montones, solo tengo que encontrarlos. —Se levantó de repente paseando entre las cajas de un lado a otro como hacía cuando buscaba la solución a un problema. —Necesito encontrar algo que nos libere. Mierda, Jack me va a matar cuando se entere de que no vamos a Washington. Nos están esperando para poner en marcha el reactor.

Yvonne suspiró pasándose las manos por la cara cuando la miró con los ojos como platos. —Ya se lo que podemos hacer. —Se detuvo mirándola impaciente. —¿Recuerdas la reconfiguración del GPS del satélite?

—Sí.

—Tiene una clave de acceso que solo tenemos nosotras para que no roben el satélite en el espacio hackeándolo, ¿no es cierto?

—Sí, fue una de las nuevas especificaciones para que nadie lo trajera

de vuelta para desmontarlo y saber cómo van colocados cada uno de sus componentes. Para que así no pudieran imitarlo.

—Exacto. Para que nadie nos lo robara cuando ya esté fuera de nuestro alcance. Pero, ¿y si lo reconfiguramos para que nadie en absoluto tenga acceso a él ya desde nuestra empresa?

Claudia sonrió irónica. —¿Quieres secuestrar el satélite?

Yvonne sonrió de oreja a oreja. —Hasta que ponga en un papelito que yo no he hecho nada ilegal en la empresa... ¿tú cómo lo ves?

Sonrió maliciosa. —Lo veo perfecto. —Se acercó a ella e iban a chocar las manos cuando se dio cuenta de que estaba herida. —Con la otra. —Chocaron con la izquierda riéndose. —Así que mañana vamos y lo secuestramos. Entonces seguimos con la mudanza, ¿no?

—Claro que sí.

En ese momento sonó el nuevo teléfono de Claudia y lo cogió sonriendo. —¿Diga?

—Nena, ¿te crees que soy estúpido? Eso no va a pasar y menos ahora que estoy avisado...

Miró el teléfono con la boca abierta y su amiga se levantó del sofá porque estaba lo bastante cerca como para escuchar la conversación. —¡Tía, tienes micros!

—¡Y yo qué sabía!

—¡Pues ahora ya lo sabes! ¡Por eso sabía que te ibas! Ese tío es... —

Y gritó más alto mirando a la pared como si estuviera allí —¡Eres un cabrón!  
¿Me oyes? ¡No vas a poder con nosotras!

El teléfono volvió a sonar y ambas se miraron antes de que Claudia contestara —Serás...

—Ya que me habéis llamado de todo, igual me da por bajaros el sueldo. Por cierto, este juego me está gustando tanto que acabo de firmar el contrato y ahora sois mías. ¿No te hace ilusión, preciosa? —¡Se estaba riendo!  
—Portaros bien o tendré que castigaros.

—¡Te odio!

—No preciosa, me quieres. —Claudia palideció. —Pero ahora estás algo enfadada y disgustada. Aunque se te pasará y lo tendremos todo. Será perfecto, ya verás. Te veo mañana.

—¡Púdrete! —Colgó furiosa escuchando la risa al otro lado.

—¿Qué ha dicho? No lo he oído.

—Una chorrada como que le quiero. ¡Ja! ¿Te lo puedes creer? Por cierto, ahora sí que es nuestro jefe. ¡Ha firmado el contrato!

—¿Y te ha dicho que le quieres? —Yvonne levantó ambas cejas y ella le hizo un gesto para que dijera algo apoyándola. —¿Ese imbécil no sabe que

estás saliendo con otro? Oh...

—¡Mierda, Yvonne! —gritó exagerada sonriendo del alivio—. ¡Qué hay micros!

—Que se fastidie, así deja de acosarte. Oye, esto puede considerarse acoso laboral. Tu jefe se ha acostado contigo ocultando que es tu jefe... Deberíamos consultarlo con un abogado.

El teléfono volvió a sonar y se lanzaron sobre él contestando —¡Diga! —gritaron las dos a la vez.

—Yvonne te acabo de bajar la prima por objetivos un diez por ciento. Sigue así y trabajarás gratis. Pero podrás vender ese coche tan...

—¡La madre que te parió!

Claudia le tapó la boca. —¿Dónde está el micro?

—Como que te lo voy a decir. Y nena... espero que esa tontería sobre que estás con otro sea un bulo, porque si no me voy a poner de muy mal humor y no querrás verme de mala leche. Te lo aseguro.

—¡Qué te den!

—¿Quieres que vaya a recogerte y hablamos de eso tomando una copa?

Claudia no salía de su asombro. —¡No me quedan más ordenadores que puedas robarme! —Colgó el teléfono alucinada. —¿Le has escuchado? ¡Está mal de la cabeza!

Yvonne la cogió por el brazo y casi la arrastró hasta el baño. Abrió todos los grifos del agua y cerró la puerta. —Has visto muchas películas.

—Shusss, habla más bajo. Aquí no sé si nos escucha. Creo que no por el ruido del agua, así que susurra.

Puso los ojos en blanco cruzándose de brazos. —¿Qué?

—Tienes que volver a acostarte con él.

—¿Perdón? Ni loca.

—La que estás loca por él eres tú, por eso estás tan dolida. Es tu oportunidad de vengarte. Puedes conseguir lo que necesitas estando a su lado y después pegarle una patada en las pelotas. De manera figurada, aunque si quieres pegársela de verdad por mí perfecto.

—¡No pienso acostarme de nuevo con él! ¡No pienso caer tan bajo!

—¡Vamos, si lo estás deseando! Cada vez que le miras de tus ojos salen chiribitas.

—Porque le odio. Son de furia.

—Increíble. ¡Vas a dejar pasar esta oportunidad! Él todavía te quiere a su lado. ¡Es evidente! ¡Por eso siguió toda la semana con su pantomima para estar contigo! Podría habernos robado nada más llegar, provocando que tuviéramos que regresar a Londres, pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque sabía que después estarías que fumabas en pipa.

—Pues que listo, ¿no?

—No te digo que te lances a sus brazos de inmediato, porque se vería raro que te quitaras las bragas nada más verle, pero reconoce que aún te sientes atraída por él y no le costará llevarte a la cama si se empeña. Tú disfruta, pero después... ¡Zas!

—¿Zas?

—En toda la boca. Le hundimos en la miseria. Algo encontrarás y cerca de él tendrás acceso a su vida más personal. Ahora no nos quitarán ojo en el trabajo y comprobarán todo lo que hacemos. Por ahí lo tendremos difícil, pero...

—¡Ya lo he entendido! Pero yo no sé fingir.

—Cielo, ¿y crees que tendrás que fingir que te gusta? ¡Te gusta!

—Eres increíble. Metes la pata y la que tengo que dejarme el pellejo soy yo.

—Te aseguro que yo también me dejaré el pellejo. Empezando por ese amigo suyo, el alemán.

—¡No!

—Ese acaba en mi cama antes de cuarenta y ocho horas. —La miró maliciosa. —Y te aseguro que no será un sacrificio.

—¡Estás mal de la cabeza!

—Gracias. —Le guiñó un ojo y salió del baño. —Cierra los grifos, ¿quieres? Por cierto, amiga... ¿Crees que deberíamos ir a tomar una copa esta noche, ya que mañana tendremos que encerrarnos en el laboratorio? Me apetece desmelenarme un poco.

No dudaba que lo decía para que lo oyera la audiencia, pero Claudia no tenía ninguna gana de salir y encontrarse de nuevo con Arthur, Arturo o como demonios se llamara. —Mejor lo dejamos. Me duele la mano.

Su amiga hizo una mueca. —Siete puntos. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Miró a su alrededor y suspiró apartándose los rizos castaños de la cara. —Tengo que llamar a Jack.

Yvonne hizo una mueca. —Dile que lo siento. Que ha sido culpa mía.

—Ya veré cómo lo arreglo. —Cogió el teléfono y marcó el número de Jack Sawyer.

—¿No me digas que ya has aterrizado? —preguntó divertido y ella sonrió con tristeza. Jack le caía muy bien.

—Lo siento, pero no podemos ir. Nos acaban de avisar.

—¿Qué? ¡He rechazado a siete ingenieros!

—Al parecer nuestro contrato nos impide dejar MCI ahora.

—Pues yo necesito a alguien ya.

—Me lo imaginaba y no sabes cómo lo sentimos. Incluso ya había

empezado la mudanza y había pagado la señal por las casas.

Su amigo suspiró. —Joder, estaba deseando tenerte en mi equipo.

—Y yo trabajar contigo.

—¿Y no podemos hacer nada? Nuestro equipo legal...

Miró a Yvonne nerviosa sentándose en el sofá. —Pues no. Al parecer nuestro nuevo jefe, Arthur Wagner, pretende que cumpla el contrato íntegro.

—Entiendo, así que va por las malas. Ten cuidado con él. No es buen enemigo.

—¿Le conoces? —preguntó sorprendida.

—Oh, sí. Hace cuatro años me dejó en evidencia con un motor a propulsión, porque en la universidad le dejé en ridículo en una exposición que hizo ante el alumnado en la universidad. Me reí de su acento. La verdad es que fue una idiotez que otro se hubiera tomado a risa, pero él esperó el momento y cuando un día fui a su empresa a mostrar mi prototipo apareció él en la sala de juntas y prácticamente dijo que mi motor era una mierda. Y lo demostró porque un mes después sacó uno mil veces mejor. La verdad es que me dio una auténtica paliza que me bajó los humos.

—¿Dices que daba una charla al alumnado?

—Sí, en Harvard. ¿No lo sabes? Tu jefe es uno de los empresarios más prometedores en tecnología punta. Tiene fabricas desde coches de



carreras hasta componentes de módulos lunares y los más avanzados sistemas de telecomunicaciones. Vino a dar una charla como futura promesa, para restregarnos sus logros en los últimos dos años después de salir de la universidad.

—No había oído su nombre nunca. —Decidió hacerse la tonta a ver lo que sacaba de Jack.

—¿Nunca habías oído hablar de GWC?

Claudia siseó pensando en su Arturo agente inmobiliario. —GWC. ¿Gombert, Wagner Corporation?

—Esa misma.

Decidió ignorar el gruñido de su amiga y siguió haciéndose la tonta. —No puede ser. Sus dueños nunca salen en la prensa. ¡Pensaba que solo la dirigían accionistas! Un consejo de dirección o...

—Pues no. Es de esos dos socios. Empezaron con capital de Gombert y llegaron a la cima. No les gusta la prensa. —Se echó a reír. —Igual mi comentario por su acento ante doscientas personas tuvo algo que ver, porque después de eso es cierto que no he vuelto a verle dando un discurso. —Suspiró pesaroso. —Pues si tuve algo que ver, lo siento. Yo era idiota y la verdad es que era un orador fantástico. —Se echó a reír. —Pero la verdad es que me la devolvió. Siento que estés ahora en dificultades con él.

—Y yo siento dejarte tirado. —Suspiró porque no sacaría nada más de Jack.

—No será como trabajar contigo, pero algo encontraré.

—Si vienes por Londres, llámame.

—Y si te libras de él, llámame tú.

—Lo haré.

Colgó el teléfono preocupada y miró a su amiga que pensaba lo mismo.

—Nos han metido una trola tras otra. La verdad es que no se han cortado un pelo tratándonos como a estúpidas.

—Querían ocultar que son los todopoderosos del negocio. Por eso Phill está tan contento y les consiente en todo. Y por eso decía tu novio que no trabajarías en el país. Él podría hacerlo. De hecho, podría hacer que no trabajáramos en este continente. Si quisiera, claro.

—¡No es mi novio! ¡Y ahora aún menos! ¡Solo es un mentiroso con poder que se cree con derecho a hacer lo que le venga en gana!

—Al menos Jack no se ha cabreado demasiado. Es un alivio. —Soltó una risita tonta. —Te tiene ganas desde esa reunión el año pasado...

—Pues sí. —Levantó la barbilla. —¿Por qué crees que acepté el puesto con él? Sería un candidato perfecto para mi futuro.

El teléfono volvió a sonar. —¡No lo voy a coger! —gritó furiosa para

que lo oyera Arthur.

—Es tu madre.

—Ah, entonces sí. —Cogió el teléfono y descolgó a toda prisa. —  
Mamá, buenas noticias. Al final nos quedamos.

—Me alegra oírlo —dijo Arthur de mala leche. Fulminó con la mirada a su amiga que puso cara inocente—. Nena, deberías mirar la pantalla antes de contestar.

—Es que todavía no te he sacado una foto. Las tenía en el otro móvil, ¿recuerdas?

—Y salías preciosa. ¿Quieres unas copias?

—Prefiero no tener ningún recuerdo de esas vacaciones, gracias —  
siseó furiosa.

—Pues hay una muy interesante en la cama. Estás preciosa recién levantada. —La dejó sin palabras con su descaro. —Si crees que puedes olvidarme buscándome un sustituto, estás muy equivocada. Y ese tipo tiene la lengua demasiado larga. ¿Cree que tengo un trauma o algo así por sus estúpidas palabras? El único que quedó en evidencia ese día fue él mismo.

—Pero se la devolviste.

—El que me la hace, la paga. Díselo a tu amiga si no lo está oyendo.

Claudia frunció el ceño. —¿Cómo sabes lo que hablaba con él? —

Miró el móvil y gritó —¡Me has pirateado el móvil! ¡Por eso lo oyes todo!

—Lista y preciosa. Justo lo que necesito. ¿Quieres salir a tomar esa copa? Te iré a buscar en media hora.

—¡Tendría que estar loca! ¿Crees que lo voy a olvidar todo y seguir como si nada?

—Sí, exactamente eso. Cielo, estabais bloqueadas y necesitaba que terminarais el maldito chisme. Si te hubiera echado la bronca, no habría tenido los mismos resultados. Te has dejado la piel para no quedar más en evidencia ante Phill, justo lo que queríamos.

—¿Cómo sabías que reaccionaría así? Podías haberme hundido y que el satélite me importara una mierda.

—¿Cuando tu trabajo era lo único que te quedaba? No, como dijiste, por un chorizo habías arriesgado tu carrera. Hiciste exactamente lo que nos imaginamos. Luchar por lo que te quedaba. Las dos lo hicisteis, dando unos resultados increíbles. —Tenía que reconocer que era muy listo. —Y ahora que podemos relajarnos, era momento para que supieras la verdad.

—¿Por qué lo hiciste tú? ¡Por qué no contrataste a alguien para que me robara el último día!

—¿Después de verte trabajando en la empresa? Hace dos meses me pasé por tu laboratorio y Phill nos lo mostró desde la pecera. Estabas tan

concentrada que ni te diste cuenta de que estábamos allí. Nena, no iba a perder la oportunidad y mucho menos lo iba a hacer otro. Y conectamos, tienes que reconocerlo. Desde el principio. ¿Recuerdas la cueva, nena? Ahí supe que tenías que ser mía. —A Claudia se le erizó el vello de la nuca.

—Estás loco.

—Puede, pero la decisión está tomada.

—¿La decisión está tomada?

—Ya hablaremos de eso más adelante.

—Si crees que voy a tener algo contigo...

—No es que lo crea. Es que lo sé. Estabas enamorada de mí en la isla.  
¿Acaso se te ha pasado?

—¡Sí! —Tiró el teléfono por la ventana rompiendo un cristal.

Yvonne la miró como si estuviera loca antes de correr hacia la ventana abriéndola. —¡Has abollado el capó de mi coche! —gritó indignada.

—Pásale la factura a Arthur —dijo furiosa entrando en el baño y cerrando de un portazo antes de gritar con fuerza intentando desahogarse.

Volvió a salir, pero no se había quedado a gusto, así que volvió a entrar y gritó apretando los puños hasta quedarse ronca. Cinco minutos después tomó aire antes de salir y dijo —Me siento mejor.

Yvonne hizo una mueca. —Pues ya verás cuando llegue la policía,

porque con tanto grito estarán al llegar.

En ese momento llamaron a la puerta y Claudia gimió yendo hacia ella y abriéndola para ver a un repartidor con un ramo de rosas rojas enorme. — ¿Son para mí? —preguntó aparentando ilusión.

El chico sonrió. —¿Es usted la señorita Barry?

—Sí, soy yo.

—Entonces sí. Firme aquí, por favor.

Ella le dio diez libras y firmó en la entrega. Se volvió con el ramo en las manos y dijo empalagosamente —¿A que son preciosas?

Yvonne la miraba como si fuera una bomba a punto de estallar. — Preciosas. Cielo, ¿estás bien?

—¿Con un regalo así de bonito? —Fue hasta la ventana y tiró el ramo al exterior.

—¿Estás loca? ¡Deja de tirar cosas por la ventana! ¡Tengo el coche a terceros!

—Oh, te lo pagará Arthur. Para tenerme contenta, mi cariñito lo pagará todo.

Volvieron a llamar a la puerta y exasperada fue a abrir. El mismo chico estaba con otro ramo de rosas en la mano. —El tipo dijo que las primeras las tirarías. —Metió la cabeza mirando de un lado a otro. —¿Tenía razón?

Mierda, qué bien la conocía. —Ya lo verás cuando bajas. —Le arrebató el ramo e iba a cerrar la puerta, pero se contuvo. —¿Tienes más?

El chico se encogió de hombros. —Puede.

Gruñó cerrándole la puerta en las narices y su amiga le quitó el ramo de las manos antes de que pudiera evitarlo. —Estas no las vas a tirar sobre mi coche.

El teléfono de Yvonne empezó a sonar y se miraron sorprendidas antes de correr las dos hasta su bolso. Su amiga fue más rápida tirando el ramo sobre el sofá y lo cogió descolgando a toda prisa. —¿Sí? —Claudia la miró enfadada. —No, creo que en este momento está algo enfadada. Por cierto, tu novia me ha abollado el Porche con el móvil que ha tirado por la ventana... ¿Esto no debería pagarlo la empresa?

Alucinaba con el morro que tenía su amiga, pero Yvonne sonrió con lo que le contestó Arthur, así que se acercó a ella para pegar la oreja a ver si escuchaba algo.

—¿Está enfadada?

—Está furiosa. Tus flores han seguido el mismo camino que el móvil.

—Me lo imaginaba.

En ese momento volvieron a llamar a la puerta y chillaron corriendo hacia allí. Yvonne placó a Claudia, que tropezó con una caja rodando al otro

lado. —¡Serás bruta!

—¡Ja! ¡He ganado! —Abrió la puerta y su amiga se echó a reír. —La verdad es que se lo curra. —Cerró la puerta y se dio la vuelta con un jarrón de cristal. —Temería que lo tiraras en tu primer impulso. —Sin ayudarla a levantarse, saltó sobre ella y cogió de nuevo el móvil. —Bonito jarrón —dijo dejándolo sobre la mesa de centro.

—Gracias. ¿Le ha gustado?

—En este momento está lamiéndose las heridas.

—Por cierto, ¿qué es eso de los siete puntos?

—Cuando la visitaste, la pusiste algo de los nervios y se cortó con una figura de cristal en la palma de la mano.

—Aleja el jarrón de ella, ¿quieres?

—¿Ahora hablas con él como si fuerais amiguitos?

—Intento llevarme bien con el jefe. Ya me ha bajado la prima.

Arthur se echó a reír. —Dile que se ponga.

—¿Y quedarme sin móvil?

—¡Yvonne, está pirateado! ¿Quieres que ese pirado escuche todo lo que dices?

—Por cierto, ese socio tuyo...



Arthur se echó a reír de nuevo. —Puede que no te lo creas, pero te he echado de menos.

Claudia jadeó ofendidísima y algo celosa. ¡Tendría cara! ¡Tendrían cara los dos! Cogió a su amiga del brazo levantándola del sofá y cogió su bolso. Yvonne confundida la miró sin dejar de hablar con Arthur. —No me extraña, la vida de empresario de éxito debe ser un coñazo. ¡Pon una científica en tu vida! —Confundida vio que salían de la casa y que Claudia le daba el bolso antes de cerrarle la puerta en las narices. Hizo una mueca. —¡Me ha echado! —Apartó el móvil y le gritó a la puerta —¡Qué no me he pasado al otro bando! ¡Solo le hago la pelota! —Se puso el móvil en la oreja. —Tengo que colgar, jefe.

—Dile que me paso por ahí en una hora.

—Sí claro, para que se cabree más. Mejor llámala y díselo tú. Ah, que no puedes. Uy... que pena. —Colgó el teléfono reteniendo la risa antes de gritarle a la puerta de nuevo. —¡Vale, te veo mañana en el trabajo! ¡Te quiero!

—¡Bruja!

Yvonne sonrió divertida antes de darse la vuelta y dirigirse al ascensor. Aquello iba muy bien. Estaba en el ascensor silbando muy contenta cuando escuchó un sonido extraño. Dejó de silbar frunciendo el entrecejo y chilló abriendo los ojos como platos cuando se dio cuenta de que era la

alarma de su coche. Al llegar al hall corrió al exterior para ver el jarrón estrellado en su parabrisas y el otro ramo de rosas a su lado. Miró hacia arriba gritando desgañitada por encima de la alarma —¡No tiene gracia!

Una mujer que pasaba por la acera reprimió una risita. —Tu novia no está muy contenta contigo.

—¡Qué no es mi novia, señora! ¡Si lo fuera, estaría encantada conmigo!

Se alejó de la acera para ver que su amiga había cerrado la ventana de nuevo. —¡Bueno, te perdono! ¡Ya le pasaré la factura al jefe!

Claudia en su piso levantó las manos exasperada. Increíble, se habían unido para que se liaran de nuevo. Menuda amiga. ¡Vale que quería que buscara algo para vengarse, pero estaba loca! Tendría que empezar a buscar mejores amistades. Puede que no las quisiera tanto como a ella, pero estaba claro que la confianza daba asco. Sí, tendría que buscar amigas nuevas que no metieran tanto la nariz en su vida. Igual en internet... Eso le hizo recordar que no tenía ordenador y que su nuevo jefe le debía uno. Y vaya si se lo iba a cobrar. Con creces.

## Capítulo 6

Era increíble la cantidad de cosas que tenía. Era agobiante tener que recogerlo todo de nuevo y cuando solo había pasado media hora, decidió darse una ducha para acostarse temprano. Mejor se daría un baño. Así se relajaría para el día siguiente, que iba a ser algo estresante. O al menos eso creía si tenía que verle la cara a ese idiota. Se puso una bata de seda azul y fue hasta la bañera abriendo los grifos.

Estaba comprobando el agua cuando llamaron a la puerta de su casa. Como no habían llamado desde abajo creyó que era su vecino, porque había quedado en darle la llave a él en lugar de a su casera porque estaba de viaje. Mierda, otra cosa que tenía que arreglar. Si la señora Roberts ya había comprometido el piso, tendría que buscarse otro. Abrió la puerta sonriendo y entrecerró los ojos al ver a Arthur al otro lado con un papel en la mano mostrándoselo. —Tu amiga no ha perdido el tiempo. Este es el presupuesto de

la reparación de su Porche que al parecer tengo que pagar yo. Me lo ha enviado por mail.

Asombrada de arrebató el presupuesto. —¿Mil seiscientas libras? — Le miró como si quisiera matarle. —¿Y a mí qué me importa? —Le tiró la factura a la cara e intentó cerrar la puerta, pero él metió la pierna. —¡Ah, no! ¡No vas a entrar aquí cuando te dé la gana! —Empujó con todas sus fuerzas, pero él abrió lentamente la puerta haciendo que sus zapatillas resbalaran por el parquet poco a poco. Él soltó la puerta en cuanto entró en el piso y Claudia cayó al suelo aún agarrada al picaporte. Gruñó mirando sus zapatos italianos y se puso de rodillas intentando no hacer más el ridículo. —¿Qué quieres?

—Preciosa, ¿te das cuenta de que se te ha abierto la bata?

Jadeó mirándose y era cierto que se le había abierto, mostrando los pechos y las braguitas blancas que llevaba. Se la cerró a toda prisa y se levantó prácticamente de un salto. —¡Largo de mi casa! —Señaló la puerta que estaba demasiado cerca y gimió al golpearse la mano herida.

—Deja de resistirte. —Se acercó cogiéndole la mano vendada. —¿Ves lo que te haces a ti misma?

Su tacto en su muñeca al volver su mano la estremeció y de la rabia le dio una patada en la espinilla. Gimió cayendo sentada de nuevo cogiéndose el pie. Mierda de zapatillas de andar por casa, pensó tirándola a un lado para

mirarse el dedo gordo. Él reprimió la risa. —¿Ves lo que te decía? —Se acuclilló a su lado y le acarició la punta del dedo cortándole el aliento. ¿Cómo era posible que le acariciara el dedo gordo del pie y se pusiera a mil? Hipnotizada vio como le doblaba el dedo con delicadeza y decía con voz ronca —No está roto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sin aliento.

—Me lo rompí una vez jugando al fútbol. Tú lo doblas bien. —Levantó la vista hasta sus ojos. —No está roto. —Su mano pasó por el puente de su pie estremeciéndola, pero al mirar sus ojos azules recordó todo el dolor y la humillación de su conducta y se levantó a toda prisa alejándose sin ser capaz de decir una palabra, porque sentía que había hecho el ridículo de nuevo al demostrarle que aún sentía algo por él.

—Claudia...

—¿A qué has venido? —gritó con rabia—. ¿A echar un polvo?

Arthur se tensó enderezándose. —Entre nosotros existe algo más que sexo.

—¿Ah, sí? —preguntó con burla—. Claro que hay algo más. ¡Muchas mentiras y que te has reído de mí lo que te ha dado la gana! ¡Y un prototipo de un satélite que al parecer te importa muchísimo! —Fue hasta la puerta y la abrió. —Ahora lárgate de mi casa porque antes de acostarme contigo de nuevo

lo hago con el primero que pase.

—Piénsate bien eso que acabas de decir. —Muy serio se acercó hasta ella. —No intentes vengarte de mí acostándote con otro, porque luego te arrepentirás.

—¡No me arrepentiré! —le gritó a la cara—. En eso estás equivocado.

La cogió por la nuca pegándola a él y siseó —No me retes, nena. Eres mía y lo sabes.

—Suéltame. —Le empujó por los hombros, pero él atrapó su boca besándola como si quisiera doblegarla. Claudia lloró por dentro al sentir sus caricias por todo lo que le había echado de menos y le golpeó en los hombros intentando soltarse, pero Arthur la cogió por la cintura elevándola y saboreándola de tal manera que hasta le tocó el alma. Incapaz de resistirse gimió sujetándose en sus hombros y Arthur cerró la puerta de un portazo antes de llevarla hasta el sofá dejándola de pie sobre él. Besándose desesperados acarició su cuello mientras Arthur abría su bata ansioso, antes de llevar una mano a su pecho y acunarlo suavemente para rozar su pezón con el pulgar. Ella gritó en su boca y Arthur la miró sujetándola por la cintura al ver que se le doblaban las rodillas. —Nena, no te voy a hacer el amor hasta que me digas que me desees.

Su voz se hizo paso entre la neblina de su deseo y abrió los ojos. Jadeó

al darse cuenta de lo que había hecho y le arreó un tortazo.

Arthur puso los ojos en blanco antes de besarla de nuevo. La tumbó sobre el sofá y cuando apartó su boca, gritó al sentir como agarraba un pezón entre sus labios. Eso provocó que todo su cuerpo se tensara y arqueó la espalda mientras él le acariciaba el vientre llegando hasta la goma de su braguita. Claudia gimió al sentir sus caricias en los húmedos pliegues de su sexo. Al sentir que apretaba su clítoris entre sus dedos, Claudia gritó de éxtasis mientras él susurraba a su oído lo maravillosa que era sin dejar de acariciarla para alargar su placer.

Cuando la besó en el cuello y ella fue consciente de ello, cerró los ojos con fuerza queriendo que se la tragara la tierra. No se había resistido demasiado. La mano de Arthur subió por su vientre y cuando llegó a su pecho acariciándolo con posesividad, abrió los ojos para encontrarse sus ojos azules. —¿Ahora estás más relajada? ¿Quieres hablar?

Le miró como si estuviera mal de la cabeza y Arthur reprimió la risa. —Preciosa, ¿quieres que te relaje más? Igual llevabas mucha tensión acumulada.

—Capullo.

Arthur frunció el ceño mirando hacia abajo y apartando la mano se levantó del suelo. —¿Qué...? Nena, hay agua en el salón.

Chilló saltando del sofá y sus pies cayeron sobre el parquet empapado.

—¡La bañera!

—Claudia, ten cuida...

Un grito le hizo correr hacia el dormitorio para ver desde la cama la puerta abierta del baño, las piernas y el trasero de Claudia ante la bañera con medio cuerpo sumergido dentro del agua. —¡Claudia! —Pálido corrió hacia ella cerrando el grifo y cogiéndola del hombro la sacó del agua para ver que estaba sangrando por la frente. —¡Joder! —La cogió en brazos y la llevó hasta la cama, tumbándola sobre el edredón blanco antes de tocarle el pulso y comprobar que respirara. Suspiró del alivio antes de sacar su móvil sin dejar de mirarla. —Nena, me necesitas más de lo que crees.

—¡Es gafe! ¡O le han puesto en este universo para amargarme la existencia! —gritaba ella a su amiga que observaba el gran apósito que tenía en la frente. Entrecerró los ojos—. Es un espía ruso que intenta bloquear que los ingleses les adelantemos en espionaje espacial.

—Cielo, necesitas un calmante. Han sido demasiadas cosas de golpe.

—¡Después de tantas mentiras no me extrañaría!

—¿Cómo que necesita dos semanas de reposo? —gritó Arthur al otro



lado de la puerta—. Es una ingeniera de mucho prestigio. ¡Su mente no descansa nunca!

Con los ojos como platos le dijo a Yvonne —Quieren secuestrarme.

—Cielo, ¿qué te han puesto?

Miró el gotero que tenía a su lado en el momento que Arthur entró en la habitación furioso. —Buena la has hecho.

Yvonne la señaló. —Te lo dice a ti.

—¡El médico dice que necesitas dos semanas de reposo! ¿Y ahora qué hacemos? ¡En dos semanas ese chisme tiene que estar perfecto para la subasta!

—¿Subasta? —preguntaron las dos a la vez—. ¿Qué subasta?

—¿Acaso creéis que voy a vendérselo al gobierno británico? ¡Se lo venderé al mejor postor!

—¡No puedes hacer eso! —gritó Claudia escandalizada—. ¿Y si cae en malas manos?

—¿Crees que la Nasa dejará pasar esta oportunidad? ¡Precisamente por eso? —Al ver que iban a protestar replicó —¡Esto son negocios! Y no vendería ese chisme a alguien que pudiera perjudicar a nuestro gobierno en el futuro.

—¡Eres alemán!

—Exacto. —Miró a Yvonne. —¿Puedes seguir el proyecto sola?

—No, si yo ya he acabado. Todo lo que queda, que es su puesta en marcha, es cosa de la inválida que está en la cama.

Ambos la miraron y se cruzaron de brazos. Era su momento y sonrió maliciosa. —Vaya, vaya. ¡Creo que voy a seguir las instrucciones del médico y descansar dos semanas, porque cuando construí ese chisme, como tú lo llamas, lo hice con la idea de que se quedara en Inglaterra!

—¡Pues eso no va a pasar, porque si los franceses, los americanos o los alemanes dan más por el chisme, va a pegarse un viaje y no digo al espacio exterior! ¡Eso es decisión mía! ¡Tu función es hacer que esa hojalata vuele y funcione! ¡No puedes estar dos semanas de baja!

Era la venganza perfecta. Que ahora su satélite no estuviera preparado para el lanzamiento. Estaba segura de que ya estaba listo, pero él no lo sabía. Se cruzó de brazos suspirando y Arthur nervioso se pasó una mano por su cabello negro. —Cielo, sé que aún estás enfadada.

—Furiosa.

—Furiosa, pero me he gastado una cantidad horripilante de dinero en esta empresa y necesito que este cacharro rinda, ¿entiendes?

—¿No me digas? —Se quitó una pelusa imaginaria del brazo y sonrió encantada mientras Yvonne retenía la risa. —Es una pena que el médico haya dicho que necesito reposo, ¿a que sí?

—No te pongas rebelde ahora. ¡Miles de familias dependen de esos puestos de trabajo!

Eso la desinfló totalmente. Era listo el muy capullo. Arthur sonrió al darse cuenta de que había dado con la clave. —No querrás que tenga que hacer recortes hasta que termines tu trabajo.

—No trabajo bien bajo presión.

—Precisamente bajo presión es como mejor trabajas.

—No me vas a dejar en paz hasta que el satélite esté en el espacio, ¿verdad? —gritó fuera de sí.

—Pues ya que lo dices...

Gimió dejándose caer sobre las almohadas y cerró los ojos. —Me duele la cabeza.

Arthur la miró arrepentido y se sentó a su lado cogiendo la mano vendada. —No estás pasando por tus mejores días ¿eh? —Apartó sus rizos castaños de su frente con mucho cuidado. —Pero esto pasará, te lo prometo. En cuanto termines, nos tomaremos unos días antes de que te sumerjas en el nuevo proyecto.

—¿Nos vamos de vacaciones? —preguntó Yvonne ilusionada provocando que los dos la miraran—. Ah, ¿qué yo sobro?

—¡Sobra él! ¡Porque ni loca me iría de vacaciones con este

aprovechado!

—¿Aprovechado yo?

—¡Sí! ¡Aprovechado! ¡Te aprovechas de mis conocimientos!

—¡Te pago para ello! ¡Se llama trabajar!

—Soy un genio.

—¿Qué rayos le habrán puesto? —dijo Yvonne mirando la bolsa de nuevo—. Se le va la pinza.

Arthur reprimió la risa al ver en sus ojos que quería matar a alguien y le cogió la otra mano besándosela. —Vamos a ver. Eres una científica buenísima y tengo una suerte enorme de que trabajes para mí y que me perdones mis estupideces. —Le miró con desconfianza. —Te prometo que después de este proyecto, podrás trabajar en lo que quieras.

Los ojos verdes de Claudia brillaron. —¿Sin límite de presupuesto?

—No te pases, nena. ¿Con veinte millones tendrás suficiente?

—No —respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Qué te parece si quedamos de acuerdo en el presupuesto después?  
Si ese chisme se vende bien, puede que te dé manga ancha.

—Quiero hacer un reactor nuclear —dijo emocionada.

—Ey, ey. Eso tiene pinta de ser muy peligroso. Piensa en algo que no

haga estallar medio país por los aires. ¿Qué te parece un nuevo motor que casi no necesite combustible? Ecológico y seguro. Piénsalo. Sería todo un invento.

Las chicas se miraron. —Necesitamos un químico... —dijo su amiga.

Claudia se sentó en la cama de golpe. —¡No, mejor un motor autopropulsable!

Arthur sonrió empujando su hombro para acostarla de nuevo. —Eso es, nena. Pero antes termina el satélite y esos proyectos que tenías en marcha. Tienen buena pinta.

—Oh, ya está terminado. Necesito un cuaderno y un lápiz. ¿Yvonne recuerdas aquella bicicleta que dándole a los pedales encendía la bombilla? Necesitamos algo así, pero sin alguien que pedalee. —Entrecerró los ojos. — Algo se me ocurrirá.

—Buena la has hecho. Ahora le dará vueltas toda la noche. —Miró a su amiga. —Cielo, ese es el misterio que media humanidad lleva intentando descubrir los últimos doscientos cincuenta años desde que se descubrió el primer motor de vapor.

—Vapor...

—Voy a pedir un sedante. —Arthur la besó en los labios antes de levantarse y ella ni se inmutó pensando en el problema.

Yvonne le vio salir de nuevo y se sentó en la cama a su lado. —¿Así

que pones en marcha el satélite y seguimos con tu gigoló playero?

Claudia gruñó —Tienes razón. Pongo en marcha el satélite y nos piramos a Washington.

—A mí lo del motor me apetece. Sería un bombazo en toda regla. Tenemos el híbrido y el motor eléctrico... Si conseguimos un motor que funcione sin una fuente de energía contaminante y sin tener que enchufarlo a la red, será el descubrimiento del siglo. El agua sería la mejor opción.

Se miraron a los ojos. —¿Estás segura?

—Bueno, si nos suben el sueldo... —Se encogió de hombros. —Yo prefiero trabajar aquí que es donde están nuestras familias. Además, aquí están nuestros amigos.

Arthur entró en la habitación de nuevo y llevaba un vasito en la mano. —¿Qué es eso?

—Algo para que descanses. Te despertarán cada dos horas, pero no pasa nada. Yvonne se encarga.

—¿Ah, sí?

Arthur le advirtió con la mirada. —Sí. Tengo que coger un avión a Ámsterdam en dos horas, así que te encargas tú.

—¿A qué vas a Ámsterdam? ¿A quién le vas a robar el ordenador ahora?

—Muy graciosa, nena. Sí, muy graciosa. A las nueve de la mañana tengo una reunión allí para un nuevo prototipo de dirección asistida.

Entonces a Claudia se le pasó una idea por la cabeza. —¿Dónde vives?

—En Berlín —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Yvonne gimió dándose un golpe en la frente. —Estupendo.

Claudia entrecerró los ojos sin dejar de mirarle fijamente. —En Berlín. ¿Y cómo conocías tan bien Mallorca?

—Porque mis padres viven allí.

—¿Eres español?

—Sí. ¿Este interrogatorio es porque todavía no te fías de mí?

—Eso es obvio. Con lo listo que se supone que eres, deberías haberte dado cuenta, ¿no crees?

Arthur suspiró cogiendo a Yvonne del brazo y levantándola para sentarse él. Su amiga jadeó indignada y se cruzó de brazos viéndole coger su mano. —Vamos a ver. Nací en Mallorca y cuando terminé el colegio mis padres quisieron que fuera a estudiar el bachillerato a Berlín. Viví con mis abuelos hasta irme a la universidad. Me dieron una beca en Harvard y me licencié en económicas e ingeniería aeronáutica. Hice el doctorado en Berlín y allí conocí a mi socio.

—¿Y ese socio tuyo qué estudió exactamente? —preguntó Yvonne interesada.

Arthur sonrió. —Es ingeniero en telecomunicaciones.

—Ah, vale. —Sonrió ilusionada.

—Su padre tenía una empresa de televisión por cable y empezamos por ahí. Todo lo demás vino después.

—¿Después de robar muchos ordenadores?

—¡Nena, en una inversión de setecientos millones no iba a dejar al azar que te diera por no terminar el proyecto!

—¡Siempre termino los proyectos!

—Pero está claro que alguien lo estaba retrasando.

Ambos miraron a Yvonne que se sonrojó. —¡No lo hacía a propósito! ¡Estoy en plena crisis personal! ¡Y me merecía ese coche!

—¿Y esa crisis ya se te ha pasado? ¡Porque si no es así, ya puedes ir poniéndote las pilas! Quiero resultados con el nuevo motor antes de seis meses.

—¿Estás loco? ¡Este es un proyecto de por vida! —gritaron ambas a la vez.

—Ah, no. ¡Si en seis meses no hay resultados, pasáis a otra cosa! Esto no es una universidad con presupuesto donado. ¡Lo saco de mis bolsillos y



quiero resultados! —Miró a Claudia a los ojos. —Ahora tengo que irme. —  
Se acercó para darle un suave beso en los labios. —Tómame la pastilla y  
mañana no vayas a trabajar. —Volvió la cabeza hacia su amiga. —Pero tú sí.

—¡Serás explotador!

—Pues todavía no has visto nada. —Volvió a besar a Claudia y al ver  
que no respondía, hizo una mueca levantándose. —Por cierto, Yvonne dame la  
tarjeta de la empresa.

Su amiga jadeó. —¡No!

—Dios, ¿qué has hecho?

—Irse de cenas con sus amigos a costa de la empresa, ¿verdad  
Yvonne? —Alargó la mano. —La tarjeta.

Yvonne gruñó abriendo el bolso que tenía sobre la silla. —¡Esto no es  
justo! A Phill no le importaba.

—Será porque no lo sabía.

—¡Yvonne! —exclamó Claudia alucinada—. ¡Es increíble que hayas  
usado la tarjeta de la empresa para irte de juerga!

—¿De verdad te parece increíble después de lo del coche?

Pensándolo bien tenía razón. Gimió cerrando los ojos. —En este  
momento solo quiero dormir. —Se volvió dándoles la espalda.

—La tarjeta.

Miró sobre su hombro para ver como su amiga miraba entre sus veinte tarjetas de crédito buscando la de la empresa. Tuvo que sonreír al ver la mirada de asombro de Arthur. —¡En Mallorca solo tenías dos!

—Que he tenido que reponer. Gracias, porque así me han dado la platino. —Sacó una tarjeta negra. —Es esta, pero.... —Él la cogió de su mano a toda prisa y su amiga puso cara de pena. —Vamos, tampoco era tanto.

—Y ahora será un menos.

—¡Tengo derecho a gastos de empresa!

—Exacto, de empresa. Buenas noches... —Fue hasta la puerta y la abrió mirando a Claudia. —Nena, tómate la pastilla, sino esta amiga tuya no te dejará pegar ojo.

En cuanto salió, Yvonne rodeó la cama a toda prisa y la miró maliciosa. —Le he dado la tarjeta de los puntos del super de mi barrio. Igual le regalan una batidora. —Se echó a reír a carcajadas porque era imposible no hacerlo. —Ahora se va a enterar, pienso gastar todo lo que me dé la gana. —La miró maliciosa. —¿Qué te parece si mañana nos vamos de compras a cargo de la empresa?

—Me parece estupendo. Necesito un vestuario nuevo.

—Uff, menos mal que me apoyas en esto.

—¿Para fastidiar a Wagner? Cuenta conmigo. Se cree que ya me ha

convencido, pero se va a llevar una sorpresa.

—Eso, tú resístete un poco y luego le sacas algo por si en el futuro queremos librarnos de él.

Entrecerró los ojos. —Tienes razón. Puede que ahora nos guste el proyecto del motor, pero con él nunca se sabe. Igual mañana quiero meterle el satélite por donde no sale el sol. Con él estoy en una montaña rusa que nunca sé a dónde va a llevarme.

—Al menos así no te aburres. —Levantó el vasito que tenía en la mano. —Hora de la pastilla antes de que el jefe se enfade y nos llame al teléfono.

—Mierda, ¿lo habrá oído?

—He cambiado el teléfono. Y lo pagué con la tarjeta de la empresa. Por cierto, a ti te he comprado otro.

—Gracias.

—De nada. Para que luego digas que no soy buena amiga. Hasta me molesté en sacar la tarjeta de tu móvil y meterla en el nuevo.

—Los volverá a hackear.

—Pues sí, pero quería cambiar de modelo. Su teléfono mola mucho y me encapriché.

—¿Te has comprado el mismo móvil que Arthur? —preguntó

asombrada—. ¡Cuesta un dineral!

—A él no le cuesta nada porque los hace su compañía. Eso tenía que habernos dado una pista, pero somos lelas.

Claudia hizo una mueca. —Sí, tienes razón. Un poco pardillas sí que somos. —Suspiró cogiendo el vasito y se metió la pastilla en la boca. Cogió el vaso de agua de encima de la mesilla para beber. —Bueno, nos debe unas vacaciones después del lanzamiento.

—Déjate de vacaciones que tengo que ligarme al alemán. Seguro que por ahí también puedo pillar algo que les encoja las pelotas llegado el momento de la venganza.

Claudia que estaba bebiendo se atragantó de la risa y su amiga le dio palmaditas en la espalda. —Estás chiflada.

—Ja, ja. A partir de ahora no me fiaré de nadie. Menos de ti, claro.

—Claro. —Se tumbó de nuevo.

—Ahora a dormir. Mañana tenemos mucho que hacer.

—Gracias por quedarte.

—Otra opción era llamar a tu madre, pero entonces sí que no pegarías ojo. —La besó en la frente en la zona libre de apósito. —Duérmete.

## Capítulo 7

Estaba reunida con su equipo en el laboratorio para comprobar los datos otra vez, cuando llegó Phill con una sonrisa de oreja a oreja. —¡Buenas noticias! El prototipo se probará en la Nasa. Allí se harán las pruebas de lanzamiento y allí se recopilarán los datos durante un mes. Os iréis al centro Espacial John F. Kennedy en Florida.

Las chicas chillaron de la alegría y se abrazaron, al igual que a su equipo mientras se felicitaban mutuamente.

—¡Nos vamos a Florida! —gritó Yvonne emocionadísima.

—Iremos todos, ¿verdad? —preguntó Mathew, uno de los físicos.

—Claro que sí —dijo Phill frotándose las manos—. Todo el equipo se va mañana mismo. Así que tenéis esta noche para aseguraros de que el satélite será transportado correctamente.

Claudia asintió acercándose y se alejaron del grupo, que seguían

hablando todos a la vez sobre el transporte. —¿Lo han conseguido ellos?

—Tu novio tiene muy buenos contactos.

—No es mi novio. —Sobre todo porque no sabía nada de él en una semana.

—Prepárate para desprenderte de tu prototipo. Creo que cuando terminen las pruebas no saldrá de allí.

Sorprendida le cogió del brazo deteniéndolo. —¿Se quedará en los Estados Unidos?

—Seguramente. Si han aceptado que uséis sus instalaciones, es porque Wagner lo ha vendido muy bien. Me extrañaría que saliera de allí. Por cierto, como se usa un componente que es vuestro, tienes que arreglar la cesión de la patente con el comprador.

—Sí, claro —respondió distraída pensando en que su satélite se quedara en los Estados Unidos. Le fastidiaba desprenderse de él cuando todavía no había explotado toda su potencia y comprobado hasta dónde podía llegar. Pero al menos tendría un mes para jugar con su invento y eso era más de lo que tenía normalmente cuando realizaba un proyecto.

—Por favor, encárgate de que todo esté en orden. Sería catastrófico que el prototipo fallara porque se transportara mal y algo se estropeará.

—Deberíamos haber hecho otro como te dije. Solo tendremos una

oportunidad.

—¿Estás loca? ¿Sabes cuánto me ha costado ese chisme?

—Me lo recuerdas cada vez que me ves. Cincuenta millones de euros.

—¡Pues eso! Se os enviarán las instrucciones del viaje por mail. Avisa a tu equipo.

Gruñó cuando se fue. No se podía ser más rata. Siempre pensando en el dinero cuando iba a hacerle rico. Se volvió y sonrió radiante mirando a su equipo. —Bueno, ¿listos para ir al espacio, chicos?

Estaba subiendo al avión privado que les habían enviado exclusivamente para ellas y las chicas se miraron entendiéndolo todo al ver a Daniel y a Arthur sentados tranquilamente tomándose dos cervezas. Daniel se levantó dirigiéndose a Yvonne, que increíblemente se sonrojó como una colegiala. —Pasar, por favor. Poneos cómodas. Enseguida despegamos.

Resignada avanzó hasta Arthur, que sonriendo la cogió por la muñeca y la sentó sobre sus rodillas mirando su frente. —¿Qué tal esa cabecita inquieta? —Apartó un rizo de su frente para ver una pequeña cicatriz. —Vaya. —Cogió su mano y vio que aún estaba vendada. —¿No te han quitado los puntos?

—Me los quitaban mañana. ¿Dónde has estado?

Arthur sonrió. —Ya buscaremos a alguien que te los quite. ¿Me has echado de menos? —Acarició su cintura hasta llegar a su espalda. —Yo a ti sí.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Si dices eso porque no te he llamado, era para no distraerte de tu trabajo.

—Sí, sé que mi trabajo te importa mucho.

Arthur se echó a reír. —Preciosa, ¿estás celosa de tu trabajo? Eso es algo raro. —Su mano subió por su espalda estremeciéndola hasta llegar a su cuello, acariciándolo hasta tocar el lóbulo de su oreja.

—¿Estás aquí por el satélite? —susurró mirando sus ojos.

—En parte. Tengo cuatro días libres y he pensado que podía pasarlos con mi ingeniera favorita mientras montan ese chisme.

—¿Ese chisme? ¿Crees que es correcto que un ingeniero aeronáutico hable así?

—Me gusta más la otra parte del negocio —dijo con voz ronca mirando sus labios. Notó como se excitaba bajo su trasero y Claudia sintió que le faltaba la respiración.

—Ya me he dado cuenta. —Se acercó sin darse cuenta y él hizo el resto besándola apasionadamente apretándola a su torso.



—Buscaros un hotel —dijo Yvonne sentándose al otro lado del pasillo con Daniel.

Sonrojada se apartó de golpe y carraspeó intentando apartarse, pero Arthur la volvió a besar.

—Qué pesados. Así se pasaron todas las vacaciones —dijo su amiga—. ¿Has estado en Mallorca?

Eso hizo que Claudia se tensara recordando las vacaciones y se levantó antes de que Arthur pudiera impedirlo, sentándose frente a él en otro asiento. Arthur chasqueó la lengua y volvió la cabeza hacia Yvonne que sonreía maliciosa. —Te acabas de quedar sin otro diez por ciento de la nómina.

—¡Venga ya!

Daniel se echó a reír divertido. —Me parece que estos días con vosotras van a ser de lo más entretenidos.

—No lo sabes bien —dijo Arthur comiéndose con los ojos a Claudia, que se puso como un tomate.

—Si crees que vas a acostarte conmigo, estás muy equivocado. Yo no me voy de vacaciones, voy a trabajar.

—Sí, por supuesto. Pero mientras los demás preparan el satélite, podemos relajarnos.

—Yo tengo mucho trabajo. Vosotros podéis divertirlos todo lo que queráis. —Advirtió a su amiga con la mirada porque iba a abrir la boca y recogió su enorme bolso que estaba a los pies de Arthur para sacar el ordenador portátil.

Una azafata se acercó a ellas con dos copas de champán. Yvonne se echó a reír. —Vosotros sí que viajáis con estilo.

Claudia rechazó su copa y dijo —Agua, por favor.

Arthur apretó los labios al ver que sacaba la bandeja del brazo del asiento antes de colocar su ordenador encima. —Nena, ya has revisado las cifras seis veces.

—Tus espías funcionan perfectamente, pero solo tengo un prototipo. Si algo va mal, se irán a la mierda dos años de trabajo. —Le miró maliciosa. — Y tendrás que soltar otros cincuenta millones para averiguar el problema.

—Tú sueñas, bonita. Eso no va a pasar. —Arthur miró a Daniel. —¿Tú que dices, amigo?

—Ni de broma vamos a soltar más pasta. Yvonne, igual deberías repasar las cifras con ella.

—Ya las repasa ella por mí. —Se encogió de hombros. —De todas maneras, siempre lo hace. Es una controladora de primera.

Arthur entrecerró los ojos dirigiéndose a Yvonne, que le guiñó un ojo

con descaro. —Supongo que no habrás empezado a trabajar en el nuevo motor, ¿verdad? Has estado muy ocupada gastando dinero de la empresa. ¿Ese modelito es nuevo?

Yvonne frunció sus labios estirando la pierna. —Y los zapatos. ¿Te gustan, Daniel?

—Merecen cada libra.

—Lo mismo opino yo. Y no te pongas quisquilloso que Claudia ha gastado el doble que yo. Estaba muy cabreada.

Arthur bufó como si no pudiera con ella y se volvió hacia Claudia que ya estaba totalmente concentrada en el trabajo y les ignoraba totalmente. —Estupendo.

Yvonne soltó una risita. —Vete acostumbrando. Aunque podrías robarle el ordenador de nuevo. Por cierto, también lo has pagado tú.

Daniel y su amiga se echaron a reír mientras Arthur miraba a Claudia como si quisiera devorarla, pero ella no se dio por aludida, aunque lo había escuchado todo. Una hora después se dio por vencida a trabajar algo, porque su amiga no hacía más que interrogar a Daniel sobre su vida. Era increíble lo que podía sacar a un hombre en una charla. Podría trabajar para el FBI. Hasta le había contado que tenía un proyecto muy interesante con una fibra de internet que sería revolucionaria.

Cerró la tapa del ordenador y Arthur sonrió alargando la mano. —Ven nena, siéntate a mi lado. Hace tiempo que no hablamos.

—Nunca hablamos. En realidad, hablaba yo y tú contabas mentiras.

Daniel silbó. —Eso ha tenido que doler.

—Me lo he ganado a pulso, pero no todo eran mentiras.

—Oh, lo siento. Es que ya no se distinguir.

—La ironía no te va, nena.

—Pues yo creo que me va de perlas. —Sacó un libro del bolso y lo abrió por el marcapáginas. —Búscate a otra a quien engañar. Yo solo trabajo para ti.

—Se te pasará. —Parecía muy seguro de sí mismo.

—No lo creas —murmuró dando la vuelta a la hoja.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué tal es el hotel donde nos alojaremos? —preguntó Yvonne bebiendo su segunda copa de champán.

—Está cerca de las instalaciones. No sé muy bien como es porque ellos han buscado el alojamiento para vuestro equipo —respondió Arthur como si el tema no le interesara nada. Miró a Claudia fijamente—. Y sí que me perdonarás.

—¿Está estipulado en el contrato? ¿Y cómo no sabes dónde vamos a dormir? —preguntó molesta—. ¡Tenemos que estar allí un mes!

Yvonne dijo con los ojos como platos —Mierda, ya me veo durmiendo en una litera rodeada de musculosos astronautas con el pecho sudoroso después de hacer abdominales durante una hora como en la teniente O'Neill.

Todos la miraron como si le faltara un tornillo. —¿Qué? ¡Yo también tengo una imaginación muy activa!

—¡No vais a dormir en literas y menos rodeadas de hombres! Sois dos científicas reputadas. Seguro que es una habitación de hotel digna de vosotros —medió Daniel con una sonrisa agradable—. ¿Otra copita de champán? —preguntó mirando a Yvonne abiertamente interesado—. ¿Sabes que las abdominales se me dan muy bien?

Claudia fulminó a Arthur con los ojos y él chasqueó la lengua levantándose para quitarse la chaqueta del traje azul que llevaba. La azafata fue a recogerla de inmediato.

—¿Y vosotros dónde os alojáis? —preguntó molesta por la sonrisa de aquella rubia teñida. Por supuesto su azafata tenía que ser guapísima. No podía haber escogido a una coja. No. Tenía que elegir a una que parecía modelo de lencería.

—En el Hampton Inn.

Distraída con sus pensamientos, Claudia miraba a aquella mujer como si quisiera sacarle los ojos mientras se alejaba, así que ni se dio cuenta que Arthur se sentaba a su lado y le quitaba el libro de las manos. —Nena, puedes alojarte conmigo estos días mientras estamos allí.

—¡Tú sueñas! —Le arrebató el libro nerviosa por lo que proponía y lo abrió de nuevo. Arthur reprimió una sonrisa y se acercó a ella, demasiado para su gusto. Estaba claro que no cogía las indirectas.

—Voy a decírtelo de otra manera porque no me he expresado bien. Vas a alojarte conmigo esos días.

—Tú no querrás separarte de tu amiga, ¿verdad? —dijo Daniel sensualmente provocando que su amiga se sonrojara de gusto.

—¿Y qué propones?

—Mi suite es muy grande.

—¡Si no la has visto! —gritó Claudia sobresaltándoles.

Daniel levantó una de sus cejas rubias. —Pero me lo imagino. Y si es pequeña, pediré otra.

Gruñó volviendo la vista al libro, aunque no sabía ni por dónde iba farfullando —Ricachones sabelotodo.

—Preciosa, estás algo tensa. Cuando entraste en el avión estabas más relajada. ¿Te pongo nerviosa? —Daniel e Yvonne la miraron fijamente

poniéndola como un tomate. Ese hombre no tenía ningún tacto.

Con ganas de matarle y tirar su cuerpo desde el avión siseó —¿Crees que me pones nerviosa? ¿Qué debería ponerme nerviosa exactamente? ¿Un mentiroso ególatra que cree que siempre puede salirse con la suya sin importarle los sentimientos de los demás lo más mínimo? ¿O quizás debería ponerme nerviosa que después de haberme manipulado, engañado y acostado conmigo a base de engaños, creas que tienes la más mínima posibilidad de que te perdone y haga como si fuera amnésica para recibirte con los brazos abiertos y gritarte con ilusión “Venga Wagner, arráncame las bragas que lo estoy deseando”? —Se acercó a su cara y le gritó —¿Crees que eso me pone nerviosa? Cualquiera se daría cuenta de que estoy cabreada, pero tú, estúpido descerebrado, lo retuerces todo a tu conveniencia.

Arthur carraspeó enderezando la espalda. —Está claro que te has cabreado. ¿Cuándo crees que se te pasará para poder avanzar?

—¿Avanzar? ¡No vamos a avanzar nada! ¡El único nexo de unión que hay entre nosotros, es un satélite y una amenaza a mi mejor amiga! Si eso no existiera, estaría encantada de perderte de vista.

En ese momento Arthur se echó a reír y atónita vio que los demás también se reían. Gruñó levantándose y fue hasta el baño dando un portazo. La puertecita rebotó antes de cerrarse dándole en la nariz y gimió tapándose la cara.

—Nena, ¿estás bien?

Arthur intentando no reírse se acercó a ella abriendo la puerta lentamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando cogió su mano vendada para apartarla de la nariz. —¿Qué haces?

—Puede que te haya mentado, pero me preocupo por ti. —Hizo una mueca y cogió una toalla mojándola antes de pasársela bajo la nariz. —Inclina la cabeza hacia atrás. Estás sangrando un poco. —Ella inclinando la cabeza, miró su rostro mientras pasaba la toalla bajo su nariz suavemente. La miró con sus preciosos ojos azules. —¿Te duele?

—No es nada.

Acarició su nuca apartando la toalla. —Ha dejado de sangrar. — Sorprendiéndola cogió sus manos. —Nena, sé que lo mejor es que hubiera ido más despacio a la hora de regresar a tu vida, pero te echo de menos y estoy impaciente por estar a tu lado.

Claudia entrecerró los ojos. —¿Si no fuera ingeniera aeronáutica y trabajara en una hamburguesería, también querrías que volviera a tu vida?

—Nena, si haces las patatas fritas en su punto, te querría en mi vida todavía más.

No pudo evitar sonreír. —No sé cocinar.

—Lo sé. —La abrazó a él. —¿Ahora me vas a dar un beso en



condiciones? —Acarició su labio inferior con ternura y el corazón de Claudia se derritió por completo. Le había echado tanto de menos... Su olor, su voz, sentirse segura entre sus brazos... Era una tortura privarse de todo eso cuando lo tenía al alcance de la mano. Disfrutó de las suaves caricias de sus labios y cuando atrapó su labio inferior acariciándolo con la lengua, Claudia gimió abriendo su boca deseando que entrara en ella y para demostrárselo, acarició con la punta de su lengua su labio superior. Arthur gimió perdiendo el control y entró en ella saboreándola con pasión y la giró pegando su espalda a la pared apretando su excitación contra ella. Claudia abrazó su cuello necesitando que la tocara y gritó en su boca al sentir como sus manos acariciaban sus glúteos con pasión por debajo del vestido. Ella separó su boca mirándole a los ojos y susurró —¿Aquí?

—Aquí y ahora. —Atrapó sus labios de nuevo y la volvió sentándola sobre el borde del lavabo. Besó su cuello y mordisqueó su pecho sobre la seda de su vestido haciéndola gemir de placer mientras bajaba sus braguitas acariciando sus piernas sensualmente. Fue lo más erótico que había hecho en su vida. Cuando volvió a su boca él susurró —Joder, nena. No tienes ni idea de lo que te he echado de menos. —Entró en ella de un solo empujón haciéndola gritar de placer y se aferró a sus hombros disfrutando de lo que le proporcionaba. Salió lentamente de ella para volver a entrar con fuerza y Claudia pensó que todo su cuerpo se quebraría de placer, pues todo su interior

se tensó con fuerza. Pero Arthur no se detuvo y moviendo las caderas una y otra vez, la llevó a un punto de no retorno que casi la vuelve loca, hasta que con un último empujón su mente estalló de éxtasis estremeciéndose entre sus brazos.

Abrazada a él se sentía laxa y agotada, pero inmensamente feliz. Arthur besó su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja y susurró —Preciosa, ¿crees que puedes mantenerte en pie?

A Claudia le entró la risa sin poder evitarlo y él la miró divertido. — Sí, ríete pero la que se va a reír será Yvonne en cuanto salgamos. Lo sabes, ¿verdad?

Gimió dejando caer su frente en su hombro y Arthur se echó a reír acariciando su espalda. —La amenazaré con quitarle el Porche. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

—¡Eh! ¡Os vais a perder la comida! —gritó su amiga desde el otro lado.

Gimió de nuevo. —Ha bebido otra copa de champán. —Le advirtió con la mirada. —Que no beba más o mañana estará de resaca.

—Sí, jefa.

—Hablo en serio. Estaremos allí para trabajar. —Le cogió por las

mejillas para que la mirara a los ojos. —Solo tengo un prototipo y nada puede salir mal. Quiero que esté totalmente concentrada en lo que ocurra y que esté pendiente de cualquier posible fallo. Y que hayas traído a tu amigo no me ayuda.

—¿Así que yo no te distraigo?

Sonrió sin poder evitarlo. —No tanto.

—Vaya, eso es muy halagador.

—De nada.

Movió las caderas contra ella y Claudia gimió cerrando los ojos sintiéndole aún dentro de ella. —¿Así que no te distraigo? —preguntó con voz ronca besándola en el cuello.

—Puede que un poco.

—¿Entonces estoy mejorando?

—Pregúntamelo dentro de un mes.

## Capítulo 8

Afortunadamente cuando salieron Yvonne estaba dormida y Daniel trabajando. Aparte de mirarles reteniendo la risa no dijo palabra, lo que fue un alivio. La azafata les sirvió la cena y ya no tenía esa sonrisa de oreja a oreja de una hora antes, lo que para Claudia fue una satisfacción increíble.

Después vieron una película. Arthur quitó el brazo del asiento y reclinando los asientos hacia atrás era como una cama. Se quedó dormida sobre su pecho antes de que la película llegara a la mitad y durmió como hacía tiempo que no lo hacía.

Pero en el desayuno volvieron a discutir. —Es mejor que nos quedemos con el equipo.

—Lo que pasa es que no quieres quitarles ojo. Debes aprender a delegar.

Levantó una ceja mirando a Arthur, que ahora desayunaba frente a ella

mientras sus amigos lo hacían al otro lado del pasillo observándoles divertidos.

—¿Debo aprender a delegar? ¿Y me lo dices tú que te metes en una misión de espionaje industrial?

Daniel e Yvonne se partieron de la risa.

—Nena, ¿vas a sacar eso en cada una de nuestras discusiones?

—¡Sí!

—Desayuna. Vamos a aterrizar y has adelgazado.

—Será por los disgustos y el trabajo.

—Sí, será por eso.

—Ya está decidido. Dormiremos en el hotel que nos haya buscado la Nasa.

Yvonne gimió mirando de reojo a Daniel como si les hubiera arruinado los planes. Se sintió culpable después de todo lo que su amiga había trabajado y no era justo que si quería pasar tiempo con Daniel, ella se lo fastidiara.

—Aunque Yvonne puede irse al Hampton Inn si quiere. No necesito su presencia hasta que el satélite esté montado de nuevo.

—Eres la mejor.

—¿Y me quieres decir que voy a hacer cuatro días allí sin ti? —Arthur

parecía atónito.

—No te pedí que vinieras. —Se metió medio croissant en la boca. —  
Esto está buenísimo —dijo con la boca llena.

Él entrecerró los ojos. —¿Quieres castigarme?

—No, eso sería muy infantil e inmaduro y como me dijiste me pagas por mis ideas. Así que voy a hacer todo lo posible porque esa idea por la que has luchado tanto, hasta el punto de cometer un delito, salga adelante.

Daniel se echó a reír a carcajadas y Arthur dejó caer la tostada sobre el plato como si le hubiera fastidiado el desayuno. Sonrió encantada masticando y como no se comía la tostada se la cogió untándola con más mermelada.

—Uy, uy, uy... está cogiendo fuerzas —dijo Yvonne antes de beber su café—. No le vas a ver el pelo. Cuando come así antes de trabajar, es para acumular reservas. Lo hace inconscientemente.

Claudia se detuvo en seco con la tostada en alto a punto de metérsela en la boca. —¿En serio hago eso?

—Pues sí. Cuando comes como si te lo fueran a quitar de la boca, sé que no me vas a dejar salir del laboratorio en toda la noche.

—¡Eso sí que no! ¡Las noches estarás conmigo! —Arthur la señaló con el dedo. —Te lo advierto, como no estés en el hotel a las seis, me voy a

cabrear.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Despedirme?

Él gruñó haciéndoles reír a todos.

Al final Arthur consiguió llevársela a su hotel con una táctica muy sencilla. No tenía ni idea de dónde estaba el otro y le quitó el móvil para que no pudiera llamar a sus compañeros que ya habían sido trasladados.

Al parecer habían aterrizado cerca de Merritt Island y la llevaron allí en un cuatro por cuatro negro. Impresionada con la habitación que tenía unas vistas increíbles de la piscina y de una playa salvaje maravillosa, apoyó los codos en la barandilla de la terraza y vio que la playa parecía infinita. Arthur la abrazó por la cintura. —¿Te gusta?

—No está mal.

—¿Prefieres las calas de Mallorca?

—Totalmente.

La besó en el lóbulo de la oreja. —Volveremos pronto, cielo. Te lo prometo.

Ella acarició sus manos sobre su vientre. —¿Me llevarás a la cueva de nuevo?

—Te haré el amor y pediremos un deseo juntos.

—¿Un deseo? ¿Qué pedirías? —Se volvió abrazándole por el cuello y enterrando sus dedos en su pelo negro.

—Todo, lo pediría todo. —Ella se echó a reír. —Pero sobre todo estar contigo y que me perdonaras.

Los ojos de Claudia brillaron. —¿De verdad?

—De verdad. —La besó en los labios y la cogió en brazos haciéndola reír. —Vamos a ver si la cama es tan cómoda como parece.

—¡No estoy cansada!

La besó en el cuello. —Sí que lo estás. Mucho. Tienes unas ojeras enormes. Necesitas mucho reposo.

Riendo se dejó llevar y siguió dejándose llevar los siguientes cuatro días sin poder evitarlo, porque Arthur era implacable y a ella le encantaba.

—No pierdas de vista el monitor, Yvonne —dijo moviendo el cuello de un lado a otro antes de girar la silla para mirar a Arthur, que estaba con el coronel Robson y con Daniel esperando el resultado del lanzamiento. Al final se habían quedado una semana para estar en ese momento y comprobar los datos. Arthur la miró a los ojos y asintió sonriendo ligeramente. Suspiró



girándose y miró a su amiga. —¿Estás lista?

Yvonne sonrió. —Lista para ver el juguetito que llevamos dos años construyendo.

Sonrió emocionada. —Vamos allá. —Se ajustó el micrófono ante su boca. —¿Me oís? Uno, dos. Henry, Bob...

—Listos para empezar.

—Henry, si los datos dicen que se calientan los motores demasiado...

—La alerta saltará a tu ordenador, jefa. Estamos aquí de adorno.

Todos se echaron a reír y Arthur sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro sabiendo que tenían la razón.

—A cualquier cosa rara, abortamos para revisarlo. Empecemos. Espero que hayáis ido al baño, chicos, porque no os moveréis de esas sillas en seis horas. ¿Listos? Iniciamos la cuenta atrás.

Henry empezó a contar de diez hacia atrás mientras todos miraban en la pantalla el satélite en una zona de despegue de pruebas.

Miró a Yvonne cuando Henry dijo uno y ambas llevaron su mano al botón rojo que cambiaría sus vidas. —Ignición.

Ambas pulsaron el botón y expectantes miraron como los cuatro motores del satélite se encendían, elevándose apenas dos metros del suelo. —Vamos pequeño... —susurró impaciente.

—Tranquila, dale dos segundos más. —Su amiga se levantó de la silla mirando la pantalla y antes de darse cuenta no lo tenían en la imagen porque había salido disparado.

—¡Seguidlo!

—¡Lo hemos perdido! —gritó Bruce atónito.

Arthur se tensó. —¿Claudia?

—¡Lo teníamos previsto! Activación de GPS.

—No deberíamos activar el GPS hasta que salga al espacio exterior —susurró su amiga.

—Díselo a tu novio que parece que le acaban de dar el disgusto del siglo.

—Cien mil pies de altura —dijo Bruce—. Ciento veinte mil pies.

—Va muy rápido —dijo su amiga en voz baja.

—No se recalienta. —Volvió a mirar el monitor donde vio el satélite en una carta de navegación como un puntito en medio de la nada.

—Son muchas horas de viaje para que vaya a esa velocidad.

—Dale una hora. A ver qué ocurre. De momento todo va bien.

Arthur se acercó a ellas sonriendo y se sentó a su lado mirando la pantalla. —Nena, va muy rápido.

—Va bien.

—Vamos a llevar ese chisme a seiscientos cincuenta kilómetros de la tierra y va muy rápido. Se quemará antes de llegar a los cien kilómetros.

Se volvió para mirar sus ojos. —Yo dirijo este proyecto y digo que está bien.

Yvonne apretó los labios, pero Arthur insistió. —¡Va al doble de la velocidad de lo que habías calculado!

—Entonces mejor, ¿no crees? Llegará primero y no se quemará. Tiene más potencia de lo que creíamos. —Ignorándolos miró los datos del combustible y sonrió porque gastaba aún menos de lo que creían. —¿Bruce? ¿Cómo vamos?

—¡Como la seda, jefa!

—Datos de temperatura.

—Dentro de los parámetros —respondió Yvonne.

—Espero que estéis grabando todos los datos, chicos. Esto es histórico.

—A este paso llegará al límite de la atmósfera terrestre en treinta y seis minutos.

—Jefa, está acelerando —dijo Henry.

Ella sonrió. —¿No me digas?

—Aborta, Claudia.

—Lo tenía previsto —respondió a Arthur muy seria—. Son las nuevas placas.

—¿Qué nuevas placas? —Arthur se estaba poniendo nervioso y no era de extrañar. Se estaba jugando setecientos cincuenta millones de euros en ese momento. Los setecientos que había puesto en las acciones y cincuenta millones del chisme, como él lo llamaba. Notaba como le estaba subiendo la tensión.

—Cariño, ¿por qué no te vas a dar una vuelta?

Varios se echaron a reír al oírlo por el micro. —Muy bien, chicos. Empezar a cerrar combustible, tres, dos, uno... Combustible cerrado.

—Estupendo, se va a caer en medio de la nada —dijo Arthur quitándose la chaqueta de malos modos.

—Para eso son las placas solares —dijo distraída mirando su velocidad atentamente—. ¿Bruce?

—Ha decelerado, pero era lo que esperábamos. Irá aumentando de velocidad a medida que se acerque más al sol.

Y así fue durante los siguientes minutos, fue aumentando de velocidad de manera meteórica. Tres horas y cuarenta y tres minutos después estaban listos para la siguiente prueba. Llegar a la iosfera. La temperatura podía variar

desde los noventa grados bajo cero hasta subir a los mil quinientos. Era donde los meteoritos se destrozaban antes de llegar a la tierra. A ver si su satélite soportaba el esfuerzo.

—Bien, vamos allá. Veremos cómo funciona la aleación y si nuestro chisme funciona. ¿Yvonne?

—Los cálculos van dentro de lo que esperábamos.

—Perfecto. Esperemos que no se destruya al salir y que resista el contraste de temperaturas. Chicos, vamos a ralentizarlo un poco para que los cambios de temperatura no sean tan drásticos. Girar las placas.

Sin darse cuenta miró a Arthur, que la observaba de una manera que le subió la temperatura. Se tapó el micro y susurró —¿Quieres controlarte? Estamos trabajando.

—Me pone verte al mando.

Sonrojada chasqueó la lengua haciéndole reír. Intentando concentrarse miró la pantalla. —¿Decelera?

—Sí, pero lentamente. Está mucho más cerca del sol y eso no ayuda — respondió su amiga.

—Mierda, cerrar más las placas.

—No —dijo Arthur sorprendiéndola—. Quiero comprobar que puede resistir el contraste de temperaturas. Abre las placas, quiero verle a toda

velocidad.

—Pero así la temperatura subirá muy rápidamente —protestó Yvonne—. Puede llegar a fundirse antes de llegar.

—Es una orden.

Claudia no entendía nada. Primero le decía que abortara y ahora que estaban tan cerca de su objetivo, quería que lo arriesgaran todo. —Arthur podemos perder el prototipo —dijo muy seria—. Y yo dirijo este proyecto.

Entrecerró sus ojos azules levantándose de su silla. —Haz lo que te digo.

—No.

Arthur señaló a Yvonne. —Desde ahora lo diriges tú. Claudia puedes salir de la sala de control.

Claudia no entendía nada. —¿Qué? ¡Es mi proyecto! ¡Si está ahí es porque me he dejado los cuernos en esto! ¡No pienso arriesgar el satélite por tus caprichos! Yvonne gira las placas para ralentizarlo.

Yvonne no dio la orden y la miró asombrada. —¿Qué estás haciendo? ¿Qué ocurre aquí?

Su amiga dio a un botón. —Abrir las placas. Vamos a ver hasta dónde llega este pequeño.

—¡No!

Dos soldados se acercaron a ella y asombrada gritó cuando la cogieron de los brazos —¡Suélteme! ¡Este es un proyecto civil! ¡Esto es ilegal!

—¿Vas a hacer lo que te ordeno? —preguntó Arthur muy tenso.

—¡No!

Arthur le dio la espalda. —Sáquenla de aquí hasta que se le pase el berrinche.

—¿Berrinche? —gritó furiosa—. ¡Arthur! ¡Diles que me suelten! —Se sintió humillada mientras la sacaban a la fuerza. Daniel la observaba preocupado. —¡Lo vais a destrozar! ¡Destrozareis mi trabajo! —gritó impotente—. ¿Qué coño os proponéis?

Su equipo se levantó sin saber qué hacer y Arthur gritó —¡Volver al trabajo!

Asombrada se resistió mientras la sacaban de la sala de control, haciéndose daño en los brazos y golpeándose la pierna contra el marco de la puerta antes de que llegaran al pasillo. —¡Soltadme! ¡No tenéis derecho a hacer esto!

Los dos militares la arrastraron hasta una habitación al final del pasillo y en cuanto abrieron la puerta la empujaron a su interior. Claudia cayó de rodillas al suelo y escuchó el portazo. Con la respiración agitada se volvió aún de rodillas y se levantó a toda prisa tirándose a la manilla de la puerta,

pero la habían encerrado. Golpeó la puerta varias veces. —¡Sáquenme de aquí! ¡No tienen derecho a retenerme! —Volvió a golpear con fuerza y diez minutos después agotada y con las manos doloridas, se dio por vencida. Se volvió mirando a su alrededor y solo había una mesa rectangular y cuatro sillas de acero. Se sentó agotada intentando reprimir las lágrimas de la impotencia. Apoyó los codos sobre la mesa intentando relajarse, pero apretaba las manos compulsivamente pensando en que iba a perder dos años de trabajo. Pero lo que realmente la había dejado en shock era que Yvonne y Arthur se hubieran comportado así. Intentó encontrar una razón durante la primera media hora, pero no podía entenderlo. Cuando se calmó un poco, la rabia dio paso al dolor. Dolor porque Arthur la había traicionado de nuevo. Estaba claro que sus sentimientos le importaban una mierda y que todo tenía que hacerse a su manera. Pero eso se había acabado. Y sobre Yvonne... respiró profundamente negándose a llorar más por ellos. Estaba claro que era hora de empezar de nuevo.



## Capítulo 9

Esperó durante horas y nadie se preocupó si necesitaba ir al baño o si tenía sed. Cuando se abrió la puerta, Claudia estaba aparentemente calmada y muy seria mirando la superficie de la mesa. El aroma del after shave de Arthur llegó hasta ella y levantó la vista lentamente. Parecía furioso y enderezó la espalda poco a poco.

—Te alegrará saber que el prototipo ha llegado a la exosfera y que está en posición.

Ella no contestó una palabra mirando sus ojos azules y demostrando que no estaba tan seguro de sí como pretendía, se pasó una mano por su cabello despeinándolo aún más. —¡No puedo entender cómo se te ocurre ponerte así delante de todo el equipo! ¡Parecías una loca a la que le estaban robando a su hijo, cuando ese maldito chisme es mío para hacer lo que quiera con él! —Dio un paso hacia la mesa al ver que Claudia no movía un gesto. —

¡Si te digo que las cosas se hacen de una manera, es porque tengo una razón para ello! ¡Y no tengo que darte explicaciones! ¡Espero que a partir de ahora te comportes como una profesional y acates las órdenes como todo el mundo! ¡Que sea tu pareja no significa que puedas hacer lo que te dé la gana!

Claudia sintió como se le rompía el corazón porque en lugar de una disculpa, encima le recriminaba su actitud. —¿No tienes nada que decir? — gritó él perdiendo los nervios al ver que no reaccionaba.

—Sí. —Suspiró apoyando las manos en la superficie de la mesa para levantarse. —Tengo mucho que decir, pero al parecer no tienes intención de escucharme. Así que lo único que voy a hacer es irme al hotel.

Ahora el asombrado era él. —¿Ni quieres comprobar el estado del satélite?

Claudia sonrió irónicamente, aunque por dentro se estaba muriendo de la pena. —¿Para qué? Tienes a Yvonne. Ella se encargará. Además, si necesitan otro ingeniero te tienen a ti. Ya que has decidido tomar decisiones que me corresponden a mí, puedes seguir haciéndolo. Al parecer te va muy bien. —Él la miraba como si le hubieran salido dos cabezas y Claudia le rodeó yendo hacia la puerta. —Ahora si me disculpas, creo que voy a comer algo ya que no lo he hecho en diez horas.

—¿Me parece que no entiendes bien lo que acaba de ocurrir!

—Lo entiendo perfectamente. Ahora entiende tú esto. ¡Nadie y repito, nadie me dice como dirigir mis proyectos! ¡Es algo que me he ganado! ¡Y por muy millonario y dueño de la empresa que seas, no pienso consentir que me trates como me has tratado hace horas! ¡Qué te presentes aquí y me digas todas esas sandeces que acabas de soltar por la boca, no me va a hacer cambiar de opinión sobre la decisión que he tomado!

Arthur se tensó. —Nena, piensa bien lo que vas a decir.

—¿Ahora soy nena? ¡Esta es una conversación profesional, así que deja los nenas a un lado! —gritó mostrando que no estaba tan calmada como aparentaba—. ¡Me has obligado a dejar un trabajo que me apetecía muchísimo para dirigir este proyecto! ¿Y cuando estoy a punto de culminar, me humillas ante mi equipo como si fuera una descerebrada que no sabe lo que hace? — Furiosa dio un paso hacia él. —¡Si ese chisme como tú lo llamas está ahí arriba, es porque he trabajado como una mula para conseguirlo! ¡Tú no has hecho nada y me has robado uno de los momentos más importantes de mi vida! —La emoción hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. —Y esto se acaba aquí.

—¡Claudia, no atendías a razones y yo soy el jefe!

Le miró incrédula porque no daría su brazo a torcer. —No tengo nada más que hablar contigo.

La cogió del brazo dándole la vuelta. —¡No sé qué se te está pasando por la cabeza, pero ya te estás olvidando! —le gritó a la cara.

—Suéltame. —Fríamente tiró de su brazo, pero Arthur la cogió por la cintura e intentó besarla. Claudia se apartó asombrada dándole un tortazo que le volvió la cara. —No puedo creer que intentes utilizar el sexo para doblegarme. Eres un cerdo. Debería haberme dado cuenta antes, pero como soy estúpida dejé que lo que siento por ti me nublara el juicio. Pero eso no va a volver a pasar. —Abrió la puerta furiosa. —No quiero volver a saber nada de ti.

Salió al pasillo pasando entre los soldados que al parecer custodiaban la puerta como si fuera una criminal y fue hacia la salida quitándose la bata y cogiendo el identificador que necesitaba para salir de allí. Estaba claro que había tomado la decisión correcta.

Cuando llegó al hotel, fue directamente al armario y sacó su maleta, que ya tenía preparada para trasladarse al alojamiento donde estaba el equipo en cuanto Arthur se fuera. Cogió su ordenador que tenía sobre un montón de papeles y lo metió en la funda. Al mirar lo que había sobre la mesa, vio el maletín de Arthur que tenía uno de los cierres abiertos. Nunca había sido

curiosa con las cosas de los demás porque entre científicos se respetaban, pero todo aquello seguía dándole mala espina, así que abrió el otro cierre del maletín. Tenía un portátil y varios documentos. Dejó el portátil a un lado para mirar los papeles y entrecerró los ojos al ver el nombre de Yvonne. Conocía su firma de sobra y al ver que estaba firmado por ella lo leyó rápidamente. Apretó los labios antes de dejarlo en su sitio y colocar el ordenador encima. Cerró el maletín para escuchar un portazo en el salón, lo que indicaba que Arthur la había seguido. Cerró la cremallera de su funda portátil y al levantar la vista lo vio allí con la chaqueta en la mano. —Sí que te has dado prisa. ¿Has dejado alguien al mando? Mira que si se cae el satélite...

—Nena... —dijo intentando retenerse—, creo que todo esto se nos está yendo de las manos.

—A ti se te fue de las manos hace mucho.

—Después de pensar lo que me has dicho, me he dado cuenta de que igual me he pasado un poco —dijo como si le estuvieran sacando una muela.

Claudia se echó a reír sin ganas. —No te esfuerces por mí. —Pasó a su lado arrastrando su trolley.

—Todavía te recuerdo que tu amiga puede acabar ante un juez.

Se detuvo y le miró sobre su hombro. —¿De veras? Al parecer me crees más estúpida de lo que soy. La necesitas. —Dejó la maleta de pie y

sonrió divertida. —¿No es cierto, cielito? ¿Quién dirigiría el proyecto sino? ¿Tú? —Se echó a reír siguiendo su camino. —A ti se te dan mejor otras cosas. Como camelarte incautas. Pero conmigo no juegas más.

—Claudia, escúchame... —Se acercó a la puerta y cerró antes de que pudiera salir. —¿Pensaba que eso había quedado atrás! ¡Este es un problema laboral! ¿No sabes distinguir el trabajo de nuestra relación?

Aparentó sorpresa. —¿Qué relación? Si lo único que querías era destrozarme para que me volcara en el trabajo. —Arthur palideció. —Y conseguiste tu satélite y yo como una imbécil lo olvidé todo deseando estar contigo enamorada como una estúpida.

—Cielo... —Intentó tocarla, pero ella se apartó mirándole con asco.

—Fíjate mi sorpresa cuando mi novio, mi amante me vuelve a humillar. Estaba tan furiosa cuando salí de las instalaciones que solo creía que lo hacías para demostrar quien mandaba. Me extrañó un poco que Yvonne te diera la razón y me sentí traicionada, pero es que no me podía imaginar que me habías utilizado de nuevo, haciendo que mi mejor amiga me traicionara también.

—No sé qué te estás imaginando. Solo quería dejar claro que el satélite tenía que ir más deprisa para probarlo. ¿No se trata de eso? ¿De probar el prototipo?

—No te hagas el estúpido ahora. Al menos ten dignidad —dijo con desprecio haciendo que diera un paso atrás al ver la frialdad en sus ojos—. Quisiste que fuera más rápido para probar la aleación.

—¡Exacto! Si se destruía...

Claudia perdió los nervios. —Fue por eso, ¿verdad? —Se echó a reír. —No fue por el satélite. Fue por mi patente de la aleación desde el principio.

La miró fijamente seguramente buscando una manera de salir de esa. —Es increíble lo bajo que has llegado. Me robaste el ordenador esperando ver los resultados de las pruebas de la patente para asegurarte que la aleación era altamente resistente. A ti te vendría de perlas su aplicación en coches, móviles y todo lo que fabricas, porque es barata de fabricar y altamente reciclable. Sería todo un avance un móvil que no se pudiera romper, ¿verdad? —preguntó mirando sus ojos azules.

—Eso no lo voy a negar. La aleación nos vendría de perlas en nuestro poder.

—La única manera de saber si funcionaría era comprobarla en el satélite.

—También es un invento que nos vendrá muy bien.

—Dos pájaros de un tiro, pero a ti te interesaba más el material con el que construí el satélite y por eso me echaste de la sala de control para poner el

material al límite de su resistencia.

Arthur levantó la barbilla. —Y es extraordinario. Exactamente lo que necesitamos. Barato, altamente resistente y reciclable.

Claudia sonrió con tristeza. —¿Cuánto me ibas a pagar por la patente?

—Cien millones. Lo mismo que a Yvonne.

—Que ya ha firmado la compraventa, por eso te apoyó en la sala de control.

—No queríamos decirte nada hasta que terminaras las pruebas del prototipo.

—Claro, para que estuviera tan entusiasmada con el satélite que todo me diera igual. Además, me deslumbrarían los cien millones, ¿no es cierto?

—Es un trato justo —dijo muy tenso.

Le miró atentamente. —Un trato justo. Qué manera más interesante de describirlo. —Sonrió con pena. —Lo que hubiera sido justo es que hubieras sido sincero desde el principio, pero al menos te has llevado unos cuantos orgasmos. Espero que te hayan aprovechado.

Pálido la vio salir de la habitación sin mirar atrás y Claudia se negaba a llorar porque sabía que jamás sentiría con otro hombre lo que sentía a su lado. Igual ella era una de esas personas que tenía que conformarse con lo que había conseguido y que nunca tendría familia ni hijos. Recordó la



conversación con su amiga en vacaciones diciéndole firmemente a Yvonne que ella lo quería todo, pero estaba claro por como tenía su corazón en ese momento, que lo mejor era centrarse en su carrera. Aunque lo único que quería en ese instante era morir de la pena.

Cuatro meses después.

Revisando los mails pasó por alto los de Yvonne y los de Arthur antes de enviarlos a la papelera. Cuando sonó el teléfono de su mesa lo cogió esperando los resultados de las últimas pruebas de su prototipo de motor. — Alan, ¿tienes los resultados?

Hubo un silencio al otro lado y frunció el ceño. —¿Alan? ¿Se ha cortado? —Miró la pantalla del teléfono y vio un número larguísimo que indicaba que era una llamada del exterior del complejo. —¿Hola? ¿Me oye?

—Sí, te oigo. —Al escuchar la voz de Yvonne se tensó con fuerza y enderezó la espalda. —Sé que no quieres hablar conmigo, pero quería disculparme.

—¿Cómo has conseguido este teléfono?

—Se lo diste a Jack y me lo encontré el otro día en Boston en un

congreso. Se lo diste la última vez que hablaste con él y le engañé para que me lo diera diciendo que había perdido el móvil y que no tenía tu número. También me dijo que ahora trabajas en Hawái. ¿Cómo te va?

No sabía qué responder sobre todo porque lo único que quería era gritarle dolida que la había traicionado por dinero. Yvonne suspiró al otro lado de la línea. —No quería engañarte. Daniel me dijo que era mejor que no lo supieras hasta que se terminara el proyecto y nos iban a pagar la patente muy bien.

—Si me llamas para que firme para que así puedas cobrar tu parte, te has equivocado totalmente. No vuelvas a molestarme. —Colgó el teléfono. Se mordió el labio inferior negándose a sentirse culpable por colgarle el teléfono.

Con curiosidad, que sabía que no le hacía ningún bien, fue hasta el icono de la papelera y abrió el mensaje de Yvonne que aún no había eliminado del todo. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver una foto de las dos juntas riendo el día de su graduación en el instituto. Abrió otro correo para ver otra foto de ellas dos con seis años riendo a la cámara. Sonrió sin poder evitarlo al ver que les faltaban varios dientes mientras una lágrima caía por su mejilla. Habían sido muchas cosas juntas, pero la traición era difícil de superar. Al abrir otro mail sin querer le dio a uno de Arthur y apretó los puños furiosa al ver una foto de ellos dos besándose en Mallorca tumbados en la playa. Si creía que podía compararse con Yvonne, lo llevaba claro. Furiosa vació la

papelera de los trescientos dieciséis mensajes que no se había atrevido a eliminar. Decidió irse a casa y se levantó quitándose la bata. En ese momento llamaron a la puerta y se abrió de inmediato. Su ayudante metió la cabeza e hizo una mueca al ver que se quitaba la bata. —Tenemos un problema.

Suspiró poniéndose la bata de nuevo y rodeó la mesa cogiendo la Tablet que le tendía. Gimió al ver los resultados. —Menuda mierda.

—Eso mismo dije yo.

A las doce de la noche metió el Jeep en el garaje de la casa que había alquilado. Al abrir la puerta que llevaba a la cocina iba a desactivar la alarma cuando vio que ya estaba apagada. Suspiró porque se le había vuelto a olvidar activarla y pulsó la contraseña de nuevo. A oscuras fue hasta la nevera y la abrió sacando algo de zumo. El brik estaba vacío. Estupendo. Tiró el brik a la basura y al volverse para abrir la nevera de nuevo, vio por el rabillo del ojo una sombra en el hall. Su corazón saltó en su pecho y se quedó muy quieta hasta que se dio cuenta que la luz de la nevera la iluminaba. La cerró lentamente y se enderezó muy nerviosa reteniendo el aliento. Miró su bolso sobre la encimera en el centro de la cocina y alargó el brazo buscando el móvil. Gimió horrorizada al darse cuenta de que se lo había dejado en el

laboratorio. El teléfono de la cocina estaba al lado de la puerta y dio un paso hacia allí intentando no hacer ruido, pero se dio cuenta que lo mejor era largarse de casa cuanto antes. Cogió las llaves del coche y corrió hacia la puerta del garaje haciendo que la alarma saltara. Alargó la mano para pulsar el botón del mando a distancia cuando sintió un empujón en la espalda que la tiró sobre el capó del coche. Gritó intentando alejarse, pero la agarraron por el cuello con fuerza apretando el brazo a su alrededor. Temiendo que la ahogara, se agarró a su brazo y apoyó los pies en la carrocería del coche para impulsarse hacia atrás haciendo que su atacante trastrabillara hacia atrás chocando con la estantería y soltando apenas su agarre. Claudia gritó intentando soltarse, pero consiguió cogerla por su melena para tirarla contra la estantería que estaba a su lado. Del impulso cayó sobre el capó del coche medio atontada y el hombre la cogió por la melena de la coronilla para levantar su cara. Llevaba un pasamontañas negro y gritó de miedo antes de que le pegara un puñetazo en la cara que la tiró al suelo del garaje.

Las botas del hombre se acercaron a su cara y muerta de miedo se arrastró hacia atrás.

—Ahora escúchame bien. Mañana te van a enviar unos papeles que vas a firmar sin decir una palabra a nadie, porque sino te aseguro que no vivirás lo suficiente para terminar eso que tienes entre manos. Como le digas algo a la policía de lo que acaba de pasar, mataré a tus padres y como insistas,

mataré a esa socia tuya y a tu novio antes de pasármelo bien contigo. Firma los papeles y no me toques los huevos. —Se acuclilló a su lado y Claudia se encogió de miedo al ver que sacaba un cuchillo de caza de la bota. —No te voy a advertir de nuevo. Esto te ayudará a recordar lo que tienes que hacer. — La cortó en el antebrazo antes de darse cuenta y Claudia gritó de miedo cubriéndose como podía temiendo que la matara. Sintiendo el latido de su corazón en sus oídos ni era capaz de escuchar el sonido de la alarma y como llegaba la policía. Cuando fue consciente de que ya no la atacaba, temblando bajó los brazos mirando a su alrededor asustada, buscando a su atacante. Las luces de unas linternas ante su cara fue lo último que vio antes de desmayarse.

## Capítulo 10

El sonido de varias personas gritando la sobresaltó y asustada miró a su alrededor para ver que estaba en un box de hospital. La cortina estaba cerrada y estaba sola. Vio que tenía una venda en el brazo izquierdo y estaba algo mareada. Se llevó la mano a la mejilla que estaba hinchada y aturdida se intentó sentar en la camilla recordando todo lo que había pasado. Respiró profundamente porque empezaba a angustiarse y se sobresaltó cuando se abrió la cortina para dejar pasar a una doctora de color con el pelo muy corto que sonrió al verla sentada. —¿Cómo te encuentras? ¿Mejor? Soy la doctora Cooper. Hemos tenido que sedarte porque cuando te despertaste en la ambulancia por lo visto no dejabas de gritar.

—¿De veras? ¿Y qué he dicho?

La doctora no contestó y se puso nerviosa pensando que había hablado de más. —¿Decía algo?

—Oh, no lo sé porque cuando llegaste ya estabas grogui. —La cogió por el hombro. —Túmbate, que voy a hacerte una ecografía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Mi bebé está bien?

—Eso es lo que vamos a comprobar. —Su voz era amable e intentaba tranquilizarla. —No debes preocuparte. No sangras. Solo es algo rutinario porque tiene pulso.

—¿Lo tiene?

La doctora sonrió. —Sí, lo tiene. Túmbate. Vamos a ver cómo va.

—Es niño.

—Pues vamos a comprobar que tu hombretón está bien. Al parecer te has llevado un buen susto. Te atacaron en tu casa, ¿no? ¿Les pillaste robando? —Apartó su bata y le aplicó un gel sobre su pequeña barriga.

—Sí —susurró muerta de miedo porque su bebé estuviera bien. Al golpearla contra el capó se había sujetado con las manos, pero su vientre había tocado el coche en el golpe.

Esperó impaciente mientras pasaba el ecógrafo por su vientre. Escuchar el sonido de su corazón fue un alivio, pero aun así levantó la cabeza deseando saber su estado. —¿Está bien?

—Muy bien. Tu bebé está perfecto.

La doctora sonrió apartando el ecógrafo y le pasó una toalla de papel

por la barriga. —Gracias. —Sin darse cuenta se emocionó y se llevó una mano a los ojos intentando evitar las lágrimas.

—Eh, eh. Sé que ha sido un susto, pero tienes que relajarte porque el bebé es lo primero. Por cierto, tu novio está fuera con tu amiga y se mueren por pasar a verte.

Claudia apartó la mano asombrada. —¿Mi qué?

—Tu novio. —La doctora se preocupó. —Porque es tu novio, ¿no? Uno moreno muy guapo con pinta de tener pasta.

Se sentó de golpe. —¿Ella es rubia?

—Sí.

—Tengo que largarme de aquí.

—Alto ahí. —La cogió por el hombro obligándola a tumbarse de nuevo. —No, hasta dentro de unas horas. Por la mañana te daré el alta si todo sigue así de bien.

—¿Acaso no estoy bien?

—Tu seguro médico es la leche y voy a aprovecharme de ello. Así que no te vas hasta por la mañana.

—¿De verdad es necesario?

—¿Acaso no lo he dicho ya? Solo serán seis horas, así que relájate o volveré a sedarte. Enseguida te pasarán a planta. —Abrió la cortina y allí



había dos policías de uniforme. —Pueden pasar, pero no la alteren.

Claudia se pasó la mano por la frente apartando los rizos mientras los agentes se acercaban a la camilla. —Señorita, ¿se encuentra mejor?

—Sí, gracias.

—Somos los agentes Easley y Jonhson que acudimos a la llamada de sus vecinos y la encontramos desmayada en el garaje. ¿Puede explicarnos para el informe qué ha ocurrido? ¿Vio a su atacante? ¿Le conocía?

Negó con la cabeza. —Llevaba un pasamontañas negro.

—Hemos revisado su casa, pero aparentemente no faltaba nada, así que seguramente les sorprendió antes de que llegaran a robar. —El agente la miró a los ojos. —¿O cree que ha sido atacada por otra causa?

Claudia palideció. —¿Por qué piensa eso?

—Según el técnico de la ambulancia, cuando se despertó no hacía más que gritar que iban a matar a sus padres y que hicieran algo.

Se le puso un nudo en la garganta. —No sé de qué me hablan. No sabía lo que decía.

—Señorita Barry, si tiene miedo no debe preocuparse. Nosotros nos encargaremos de todo.

—No hay nada de lo que encargarse. Me ha atacado un hombre en mi casa que seguramente intentaba robar. No sé más.

El agente asintió mirando a su compañero que estaba deseando irse, pero aun así dijo —Si necesita cualquier cosa llame a este número. Es mi móvil y estaré encantado de escuchar lo que tenga que decir.

—Gracias. Lo haré si recuerdo algo —susurró deseando que se fueran —. Gracias por ayudarme.

—Es nuestro trabajo. No se preocupe por su casa. Una patrulla anda por su barrio y la vigilará para que no entre nadie.

—Gracias.

Salieron de allí y suspiró del alivio cerrando los ojos. Escuchó pisadas al lado de la camilla y abrió los ojos sobresaltada para ver sobre ella los ojos azules de sus pesadillas. No pudo disimular su miedo y susurró — ¿Qué haces aquí?

Arthur la miró confundido e intentó tocarla, pero ella se encogió. — Nena, sé que estás enfadada, pero...

Un movimiento a los pies de la camilla la hizo levantar la cabeza para ver a Yvonne mirándola con los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando. —¿Qué hacéis aquí?

—Íbamos a verte cuando te metían en la ambulancia.

Claudia les miró con odio y su amiga palideció mirando a Arthur. —Te dije que no era buena idea.

—¡Está claro para lo que estáis aquí, así que dame los papeles de una maldita vez y largaros de mi vida!

Arthur intentó tocarla, pero ella chilló —¡No te acerques a mí! —Se sentó en la camilla y le empujó por el pecho para que se alejara. —¡Los papeles!

—Claudia no sé de qué me hablas —dijo él muy nervioso—. Solo quiero saber si estás bien.

—¡No hace falta que disimules! Dame los papeles.

—No está disimulando, Claudia. —Yvonne no salía de su asombro. —  
¿Qué diablos te ocurre?

—¡Nunca me hubiera imaginado que llegaríais a esto para conseguir la maldita patente! Dame los papeles.

Arthur se tensó. —No tengo ningunos papeles. Hemos venido a Hawái para verte porque queríamos hablar contigo. Te aseguro que la patente ni se nos ha pasado por la cabeza.

No entendía cómo podía ser tan cínico y mentiroso. Sabía de sobra que era otra táctica para engañarla y que firmara los papeles de una vez. Le miró como si le odiara y Arthur desvió sus ojos como si no pudiera afrontarlo. —  
Será mejor que descanses. Creo que estás algo alterada.

—¡Tu esbirro me dijo que los papeles llegarían mañana, pero ya que

estás aquí dámelos de una vez!

La miró como si no comprendiera lo que decía —No te han robado, ¿verdad?

—No te hagas el estúpido. Qué casualidad que Yvonne se entere de dónde vivo y tu amiguito me haga una visita. Aprecio demasiado mi vida y la de mi hijo como para arriesgarla por una patente. Puedes quedarte con la aleación y métetela por el culo. ¡Ahora dame los jodidos papeles!

Yvonne estaba atónita. —¿Estás embarazada?

Arthur se volvió pasándose las manos por el cabello. Le vio poner las manos en jarras mirando al suelo como si se estuviera reteniendo. Claudia les miró con suspicacia antes de dirigirse a Yvonne que mirando de reojo a Arthur no sabía qué decir. Claudia entonces lo entendió. —Ah, ya lo pillo. No os voy a denunciar a la policía, así que tranquilos. Supongo que no habéis traído los papeles por si os denunciaba, así que como ha dicho ese cabrón esperaré hasta mañana.

Arthur se volvió y se la quedó mirando durante unos segundos. —Al parecer estás bien, así que será mejor que nos vayamos.

—Pero... —Los ojos de Yvonne se llenaron de lágrimas. —¿La vamos a dejar aquí?

—¡No hace falta que disimules! —gritó Claudia desgarrada—.

¡Desaparece de mi vista de una puta vez!

La cortina se abrió y una enfermera les señaló a ambos. —Largo de aquí antes de que llame a seguridad.

Yvonne parecía que quería decirle algo, pero Arthur la cogió del brazo sacándola de allí a toda prisa. Sin poder evitarlo se echó a llorar poniéndose de costado, dando la espalda a la enfermera.

—Cálmese —dijo la mujer acariciándole la espalda—. No debe disgustarse así. ¿Quiere que le pida a la doctora un calmante? —Negó con la cabeza. —Pues volveré en unos minutos y como no se haya calmado, tendremos que sedarla. Respire hondo varias veces. Ya verá cómo se siente mejor.

Pero no regresó la enfermera sino la doctora Cooper que ordenó su traslado a la habitación y un sedante suave que afortunadamente la hizo dormirse enseguida.

Al día siguiente le dieron el alta y por primera vez en toda su vida se sintió realmente sola al subirse al taxi que la llevó a su casa. Había un coche de policía ante la puerta y le pidió al taxista que esperara porque no tenía dinero para pagarle. Al entrar en la cocina acompañada por un agente, se le

cortó el aliento al ver su bolso tirado en el suelo con todas las cosas desperdigadas por la cocina. Cogió la cartera del suelo y forzó una sonrisa al agente. —Puede irse, de verdad. Estoy bien.

—Esperaré fuera unos minutos por si ve que le falta alguna cosa — dijo con amabilidad saliendo de la casa.

—Gracias. Pero no se han llevado ni la cartera.

—No es problema —dijo mirando a su alrededor—. La acompaño hasta el taxi.

Sin saber qué hacer para librarse de él, salió de nuevo y pagó al taxista dándole una generosa propina por su ayuda. El policía esperó en la acera y ella entró de nuevo en la casa. Hizo que pasaba por todas las habitaciones y salió al jardín para sonreír negando con la cabeza. —No me falta nada.

El policía llevó una mano a la gorra en señal de despedida. —Si necesita algo no dude en llamar al nueve, uno, uno.

Asintió entrando en casa de nuevo y cuando escuchó que el coche se alejaba suspiró del alivio. Cerró las puertas con llave y conectó la alarma. Subió a darse una ducha y se puso unos pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes rosa con unas deportivas, dejando el cabello suelto para que se secase solo. Al mirar el reloj de la cocina vio que eran las diez de la mañana y decidió llamar al trabajo para decir que no iría. Esperaría a que

llegaran los papeles. Pero cuando dieron las doce del mediodía sin que llegaran, se empezó a poner nerviosa pensando que la presencia de la policía había hecho que Arthur se echara atrás. Igual pensaba que le había denunciado. Muy nerviosa descolgó el teléfono de la pared y marcó el número de Yvonne porque no se sabía el de Arthur. El temor a que sus padres les pasara algo la estaba volviendo loca y se mordió el labio inferior esperando a que su antigua amiga contestara. Pero no lo hizo, así que colgó el auricular para llamar de nuevo. Casi llora del alivio al escuchar que descolgaba. —¿Diga?

—Yvonne no sé a qué estáis jugando, pero ...

—Es Claudia —escuchó susurrar a su amiga.

—¿Dónde están los papeles? —gritó de los nervios—. ¡Enviádmelos de una maldita vez y los firmaré! Os juro que como a mis padres les pase algo...

—Nena, cálmate.

Asombrada escuchó la voz de Arthur. —¿Dónde estás? Iré y los firmaré. No os he denunciado. Lo juro. Solo quiero salir de esto de una vez. Dime donde están o envíamelos, me da igual.

—Cálmate. Esto no es bueno para el bebé.

—¡Como si te importara una mierda! —gritó histérica.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y a Claudia se le cortó el

aliento mirando por la ventana de la cocina. —Un mensajero. ¿Son los papeles?

—Abre la puerta tranquilamente. No pasa nada.

Dejó caer el teléfono y corrió hacia la puerta desconectando la alarma. Abrió la puerta a toda prisa y un chico de mensajería tenía unos papeles en la mano. —¿Son para mí?

—¿Señorita Barry? Debo esperar a que los firme y debo llevármelos de nuevo.

Ella le arrebató el sobre y abrió la pestaña sacando unos documentos. Leyéndolos rápidamente, cedía su porcentaje de la patente de la aleación a GWC por la cantidad de cien millones de euros. Firmó en las señales que estaban marcadas apoyándose en el aparador de al lado de la puerta y metió de nuevo el documento en el sobre, entregándoselo al chico.

—Gracias —dijo antes de darse la vuelta y caminar con prisa hacia su furgoneta.

Sin cerrar la puerta fue hasta el teléfono que tenía colgando cerca del suelo y lo cogió poniéndoselo en la oreja. —Ya está. ¡La patente es tuya y ya puedes dejarme en paz! ¡Qué la disfrutes! —Colgó el teléfono que se cayó de su soporte y furiosa lo volvió a coger dándole golpes una y otra vez hasta que lo destrozó, echándose a llorar de la impotencia. Agotada se sentó a la mesa



de la cocina y se echó a llorar tapándose la cara. No supo cuántas horas estuvo allí sentada, pero cuando se dio cuenta de que no había luz se levantó porque debía comer algo. Para distraerse decidió hacerse unos espaguetis. Estaba llenando la olla de agua cuando llamaron a la puerta. Dejó caer la olla en el fregadero y cerró el grifo acercándose a toda prisa a la ventana de la cocina para ver a dos hombres de traje ante la puerta.

—¿Señorita Barry? —preguntó uno de ellos mirando hacia la ventana y caminando por el porche hacia ella—. Soy el agente especial Felix. —Le enseñó una placa al lado de un carnet del FBI.

Ella negó con la cabeza. —¡Váyanse!

—La situación está controlada. No se preocupe y abra la puerta. Sus padres están bajo vigilancia y no les pasará nada. Se lo aseguro. Ahora abra la puerta.

Apretándose las manos fue hasta el hall y desconectó la alarma intentando encontrar una solución. ¿Cómo se habían enterado? Angustiada abrió la puerta. —Deben irse.

—Ya está solucionado. —Sonrió como si con esa sonrisa ella fuera a quedarse más tranquila, pero no fue así. —¿Nos deja pasar? Tenemos que hablar con usted de lo ocurrido para no dejar cabos sueltos.

—No sé qué hacen aquí.

—Ahora se lo explicamos.

Entraron en la casa y el otro agente cerró la puerta. —¿Nos sentamos? Parece a punto de desmayarse en cualquier momento. —La cogió con delicadeza del brazo llevándola hasta el salón y sentándola en uno de los sillones. —Rice, tráele un vaso de agua. Creo que lo necesita. —El agente se sentó en el sofá a su lado. —No debe preocuparse. Los responsables de esto ya están detenidos.

—Me amenazaron con matar a mi familia.

—Lo sabemos. ¿Ahora puede explicarnos su versión de la historia? —Levantó la vista cuando su compañero entró en el salón con un vaso en la mano. —Beba un poco de agua. Le sentará bien.

—He apagado el gas de la cocina que estaba encendido.

—Oh, se me había olvidado. Gracias. —Cogió el vaso de agua y bebió un sorbito antes de dejarlo sobre la mesa que tenía a su lado. Se pasó la mano por su pequeño vientre nerviosa. —No sé por dónde empezar.

—Empiece por el principio. O por lo que usted considere que es el principio.

Decidió empezar por su descubrimiento de la aleación y de como ella e Yvonne buscando un componente adecuado para una carcasa de un misil que habían ideado, se dieron cuenta que el material de hierro que lo cubría era

demasiado pesado para que fuera más rápido y juntando determinados porcentajes de titanio con aluminio y otro componente que lo aislaba del calor, consiguieron una aleación prácticamente indestructible y barata.

—Entiendo. Continúe.

Ese proyecto era uno de los muchos en los que ellas se entretenían y al final ese misil no vio la luz, porque su descubrimiento hizo que tuvieran que patentar la aleación. Explicó cómo les habían ofrecido el trabajo en MCI y como el proyecto del nuevo satélite les hizo olvidar la patente, hasta que necesitaron un material para que fuera más ligero y resistente, pues los motores de propulsión o las altas temperaturas de la Iosfera podrían destruirlo.

—Así que utilizaron su material. El que habían ideado ustedes.

—Sí. Y entonces cuando el prototipo ya casi estaba listo nos fuimos de vacaciones.

Se echó a llorar hablando de cómo había conocido a Arthur y de todo lo que ocurrió después hasta llegar al ataque en su casa. Cuando terminó se apretaba las manos nerviosa y se limpió las lágrimas enfadada consigo misma por sentir dolor aún al hablar de ellos.

Los agentes se miraron de reojo antes de que el agente Rice dijera — Voy a decírselo a bocajarro porque creo que es lo mejor. Hemos seguido al

repartidor que le trajo los documentos y ha sido detenido el señor Phill Hunter hace tres horas, aquí en Honolulu. Su detención se produjo en el aeropuerto internacional, pues tomaba un vuelo dos horas después destino a Nueva York con enlace a Londres. Él contrató a Jake Smith, que también está bajo custodia, para que la amenazara y la aterrorizara. De esa manera la aleación llegaría a manos de la empresa, pues necesitan ese componente para sacar adelante el prototipo. Necesitaba que usted cediera cuanto antes, porque como no había firmado todavía la cesión de la patente, no podía iniciarse la producción.

—¿Phill? —preguntó asombrada—. ¿Esto es una broma?

—Al parecer esperaba mucho de la fusión con GWC y usted era la culpable de que no recibiera los beneficios de ese acuerdo. Robó el contrato que el señor Wagner tenía preparado para usted y decidió tomar cartas en el asunto. Sabía que en cuanto Arthur Wagner recibiera los papeles con su firma en ellos, no haría preguntas pues era lo que quería. Pero al parecer a Wagner sí que le ha importado que la amenazaran, porque él fue quien nos llamó en cuanto supo que estaba pasando algo extraño. Al parecer ayer venía a visitarla con su amiga Yvonne y la vio entrando en la ambulancia. Cuando se dio cuenta de que alguien la había amenazado, supongo que pensaría que usted no le creería si decía que no había sido él, así que se puso en contacto con nosotros de inmediato porque sabía que le iban a enviar el contrato para que lo firmara

y era la única pista que teníamos para tirar del hilo. Me imagino que ese tal Phill no creía que Wagner la volvería a ver, pues al parecer hace meses que no tienen contacto. Veía como se frustraban sus planes y decidió asustarla un poco. Nunca se imaginó que Wagner iba a enterarse de todo. Eso seguro.

Claudia estaba impactada porque ni se le había pasado por la cabeza que Phill pudiera tener algo que ver en todo aquello.

—De todas maneras, no tiene que preocuparse. Esos papeles no son válidos, puesto que los firmó bajo coacción. Sigue conservando la patente ante la ley y así seguirá siendo todo el tiempo que usted quiera.

—Así que Arthur e Yvonne no han tenido nada que ver.

—Me da la sensación de que el señor Wagner es culpable de muchas cosas, pero en este caso no ha sido así. ¿Quiere denunciarle por el robo de su ordenador?

—Ahora eso parece una tontería, ¿no cree?

El agente Felix asintió apretando los labios. —Todo depende de cómo se mire. Si quiere poner una denuncia, está en todo su derecho.

Ella negó con la cabeza sumida en sus pensamientos. —No, no quiero denunciarle.

Los agentes se levantaron. —Bien, pues nosotros hemos acabado. Necesitaremos que haga una declaración formal, pero podemos esperar hasta

mañana.

—Gracias. Ahora estoy mucho más tranquila.

El agente Rice le dio una tarjeta. —Mañana la espero en esta dirección a las diez. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias. Por todo.

—Déselas a Wagner y a esa amiga suya. Si no hubiera sido por ellos y no hubieran aparecido por aquí, puede que su antiguo jefe se hubiera salido con la suya, diciendo que la había convencido para firmar y ellos nunca se hubieran enterado de la verdad. No hace falta que nos acompañe. Descanse.

—Y no se olvide del gas de nuevo. ¿De acuerdo? —dijo Rice sonriendo—. No queremos accidentes.

Los agentes se fueron y ella se quedó mirando la tarjeta que tenía en la mano sin verla realmente sintiéndose horriblemente mal. Les había echado la culpa a ellos incluso cuando también les habían amenazado y no les había avisado por el odio que sentía en su interior. Había sido muy injusta.

Escuchó como se abría la puerta de su casa y asustada se levantó del sillón para ver a Arthur cerrándola, mirándola como si fuera a estallar en cualquier momento. Se miraron en silencio durante varios segundos y Claudia se dio cuenta de que no tenía buen aspecto. Parecía que no había dormido en días y no se había afeitado. Cuando sus ojos se encontraron, ella agachó la

cara avergonzada.

—¿Cómo estás? —preguntó él sin moverse del sitio.

—Bien, gracias.

—Siento lo de Phill. Ha tenido que ser una sorpresa.

—Si has venido para que me disculpe por lo de ayer...

Arthur negó con la cabeza. —Entiendo que pensaras que yo tuve algo que ver después de todo lo que ocurrió entre nosotros. —Incómodo metió las manos en los bolsillos del pantalón. —No te preocupes por eso. Odiaría que te preocuparas por eso cuando sé que te hemos hecho sufrir y yo más que nadie. —Los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas. —No sé si te lo ha dicho el FBI, pero sigues teniendo los derechos de la patente.

—Firmaré los papeles cuando quieras.

—Nena, no tienes por qué hacerlo.

—A mí la aleación no me servirá de nada y a vosotros sí. Además, con ese dinero podré trabajar en lo que quiera.

Él apretó los labios como si hubiera dicho algo equivocado. —Entiendo. —Miró a su alrededor incómodo como si no supiera cómo continuar, pero al final la miró a los ojos y susurró —Sobre el bebé... — Claudia se tensó. —Supongo que no me lo ibas a decir. Y creo que entiendo que no lo hicieras cuando no eres capaz de confiar en mí. Pero quiero decirte

que me gustaría compartir su vida. Entiendo que lo tengas que pensar, pero me gustaría de verdad formar parte de la vida del niño.

—Bien. Lo hablaremos más adelante.

Arthur dio un paso hacia ella, pero se detuvo como si se estuviera conteniendo. —También quiero que pienses en trasladarte a Europa. La central de la empresa está allí y venir hasta Honolulu me viene un poco mal. Sé que no tengo derecho a decir algo así, pero si tuvieras la oportunidad de trabajar allí en algún proyecto que te interesara...

—Aquí estoy bien. Me gusta vivir aquí y la empresa me trata muy bien.

Arthur se pasó una mano por la nuca y suspiró dándose por vencido. —Está bien. Me voy a quedar un par de días en el Hilton porque el FBI me lo ha pedido por la investigación. Yvonne también está alojada allí por si quieres hablar con ella. —Como Claudia no dijo nada añadió —Puede que no me creas, pero lo ha pasado muy mal con esto. Te echa mucho de menos. Daniel le ha pedido que se case con él, pero Yvonne se niega a poner una fecha hasta que tú seas su dama de honor como os habíais prometido cuando erais niñas. Teme que no acepte casarse nunca si las cosas siguen así. Me jodería que él que sí ha hecho las cosas bien, pague por mis errores.

Los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas porque Yvonne tenía que estar muy enamorada para haberle dicho que sí. —Por favor, habla con ella.



Me parece que ninguno de nosotros es feliz con esta situación y la culpa es exclusivamente mía. Yo convencí a Daniel para que hablara con ella sobre la patente y no te contara nada.

—¿Ahora vas de mártir? —preguntó sin poder evitarlo—. Cada uno actuó según sus intereses y conozco a Yvonne mucho mejor que tú. No hace falta que excuses sus errores.

Arthur asintió y fue hasta la puerta. La abrió, pero antes de salir se detuvo y dijo muy tenso —¿Recuerdas el día que hablamos por primera vez, nena? Yo iba a llevaros las aletas y te escuché decir que lo querías todo. Una vida familiar, con una pareja e hijos, y el trabajo por el que habías luchado tanto. En ese momento yo también lo quería todo, pero lo único que quiero ahora es que vuelvas a mi lado porque te echo tanto de menos que cada minuto sin ti es una auténtica tortura. Todos estos meses no he dejado de pensar que te había perdido para siempre por mi absurda conducta, pero es realmente ahora cuando me he dado cuenta de que he creado una brecha entre nosotros que tú no estás dispuesta a cruzar. Y lo entiendo, nena. —Claudia lloraba sin darse cuenta mirando su espalda. —No sabes cómo lo entiendo. Ahora solo te puedo pedir que tolere mi presencia para que pueda conocer a mi hijo. —Salió de su casa cerrando la puerta suavemente y ella se acercó a la ventana del salón para ver como el chófer le abría la puerta y entraba en el cuatro por cuatro negro. El chófer rodeó el coche a toda prisa y condujo calle abajo mientras

ella tocaba el cristal deseando que todo fuera distinto.

## Capítulo 11

Al día siguiente fue a la dirección que le había dado el agente Rice y cuando la subieron a la segunda planta, la llevaron a un despacho donde una agente femenina le tomó declaración de lo que había ocurrido. Cuando firmó la declaración la llevaron a otra sala donde le pusieron a varios hombres detrás de un cristal y ella identificó a Phill, que tenía cara de estar a punto de darle un infarto. Al ser detenido en otro país, los agentes no querían que hubiera ninguna duda sobre su identidad. Como había delatado a su cómplice, no hubo ningún problema a ese respecto. Además, le habían detenido con el cuchillo de caza que tenía restos de la sangre de Claudia. El caso estaba cerrado.

Salía de la sala con el agente Rice cuando se encontró con Arthur e Yvonne que estaban sentados en unas sillas esperando. En cuanto la vieron se levantaron de inmediato y su amiga se acercó a toda prisa mirándola

angustiada. —¿Estás bien?

—Sí... —Miró de reojo al agente. —¿Puedo irme?

—Sí, por supuesto. ¿Quiere que la lleve a casa?

—Nosotros podemos llevarla —se ofreció Arthur rápidamente.

—Sí, tenemos el coche abajo —insistió su amiga forzando una sonrisa —. No nos cuesta nada.

No tenía ninguna gana de ir con ellos y todo el mundo se dio cuenta, pero el agente dijo —Asegúrense de que llega bien a su casa. Ha tenido unos días algo estresantes y no es bueno en su estado.

Les advirtió con la mirada como si ellos fueran culpables de lo ocurrido y su amiga se sonrojó tartamudeando —Sí, claro.

En silencio fueron hacia el ascensor e Yvonne intentó decir algo, pero al final se arrepintió forzando más su sonrisa. —¿Sabes? Las pruebas del satélite fueron muy bien. Regresó sin problemas y todo fue estupendamente.

—Me alegro —susurró incómoda.

—Tenemos datos para los próximos cinco años, pero yo ya estoy con el motor que Arthur nos había encargado.

—Yvonne, no creo que quiera hablar de trabajo.

Su amiga se sonrojó viendo que Arthur estaba más tenso aun que el día anterior y tenía mucha peor cara como si no hubiera pegado ojo en toda la

noche. Yvonne continuó —Sí, claro. Ha sido una sorpresa lo del embarazo. ¿Estás contenta?

—Sí. —Se acarició el vientre sobre su vestido de tirantes beige y Arthur miró hacia allí dándose cuenta de que con ese gesto quería proteger a su bebé. —Estoy muy contenta.

—¿Es niña?

Impaciente negó con la cabeza mirando las puertas. —¿Es un niño? —preguntó Arthur como si le costara decir las palabras.

Ella le miró de reojo. —Sí, me lo dijeron en mi última revisión.

Arthur sonrió. —¿De cuánto estás?

—De diecisiete semanas.

Yvonne la miró emocionada. —No me puedo creer todavía que vayas a tener un bebé. Tu vida va a cambiar muchísimo.

Eso la tensó y en cuanto se abrieron las puertas salió al exterior deseando llegar a casa.

Arthur suspiró saliendo tras ella. Cuando llegaron a la acera le dijo — Ese es el nuestro. —Le hizo un gesto al chófer que llevó el coche hasta la entrada y Arthur le abrió la puerta. Se sentó a toda prisa en el asiento de cuero negro y su amiga se sentó a su lado mirándola algo insegura, mientras Arthur se sentaba delante al lado del conductor. Fue un alivio que no se sentara con

ellas.

—¿Sabes? Daniel me ha pedido que me case con él. —Le mostró la mano izquierda y llevaba un anillo de compromiso precioso con un solitario exagerado y perfecto.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿No se te ha dislocado el dedo del esfuerzo de cargar con esa monstruosidad?

Yvonne se echó a reír mirando su mano. —¿No es precioso?

—Sí que lo es. Exactamente el que querías. Se nota que te conoce muy bien.

Su amiga asintió y al mirarla perdió algo de brillo en la mirada. — Hemos hablado mucho y sí, me conoce muy bien. Me quiere muchísimo y con él me siento completa. Se ha convertido en mi mejor amigo.

Exactamente lo que nunca había tenido con Arthur. —Me alegro por ti.

—Sé que lo haces. —La miró con sus preciosos ojos castaños y susurró —Me preguntaba si querías...

—No me lo pidas, Yvonne. Las cosas han cambiado mucho, ¿no crees?

La mirada de desilusión de Yvonne le partió el corazón, pero era lo mejor para todos. Era mejor cortar por lo sano. —Sí, claro. Lo entiendo. — Miró al frente apretándose las manos y Claudia pudo sentir su disgusto.

—¡Deja de hacer eso! —dijo molesta.

Yvonne la miró asombrada. —¿Qué he hecho?

—¡Hacerme sentir culpable por algo que es exclusivamente culpa tuya!

—¡No quiero que te sientas culpable!

—¡Sí que lo haces! ¡Te sientas ahí con cara de niña buena en lugar de decir que metiste la pata y que ahora estás arrepentida!

—¡Eso ya lo sabes! ¡No hace falta que me repita! ¡No quieres ser mi dama de honor, pues estupendo! Tú te lo pierdes porque va a ser una fiesta de primera. ¡No te voy a echar de menos!

—¡Serás mentirosa! ¡Aunque no sé de qué me extraño cuando me has soltado mentiras como puños!

Yvonne jadeó indignada. —¿Cuándo te he mentado yo? ¡Puede que me haya callado cosas, pero no te he mentado!

—Con lo grande que tienes la boca y decides callarte lo que te conviene, claro.

—¿Qué yo tengo grande la boca?

—Chicas...

—¡Cierra la boca! —gritaron rabiosas las dos a la vez mirando a Arthur que levantó las manos en señal de rendición.

Volvieron a mirarse como si quisieran matarse. —¡Pues sí! ¡Eres una bocazas que solo te guías por el interés! Me vendiste por la patente, pues que

te aproveche. ¡No me vengas ahora a pedirme que te entienda y que sea tu dama de honor como si no me hubieras pegado una puñalada por la espalda!

—¡Te recuerdo que el proyecto era de las dos! ¡Y tengo tanto derecho a dirigirlo como tú! Si hubieras seguido las instrucciones de Arthur como si fuera otro jefe cualquiera ... No, pero tú no. ¡Tú tienes que ponerte orgullosa y montar el espectáculo en la sala de pruebas!

—Era la directora del proyecto. ¡Yo! ¡Ni él ni tú! ¡Yo tomaba esas decisiones y no me vengas con rollos, queríais probar la aleación que me queríais robar!

—¡Robar! ¡Nos la pagaban muy bien y tú lo sabes!

—¡No! ¡Lo sé ahora, pero en ese momento no tenía ni idea porque confabulabais a mis espaldas!

—¡Porque sabíamos que te pondrías así! ¡Para ti lo más importante era el satélite, pero la aleación también era importante!

Claudia sonrió divertida. —No te has dado cuenta todavía hasta donde te han tomado el pelo, ¿verdad?

Yvonne se tensó. —No sé de qué hablas.

—Todo fue una trampa desde el principio.

—Nena...

—Oh, ¿ahora tengo que callarme?



—¿De qué hablas? —Yvonne perdió el color de la cara. —¿De qué hablas, Claudia?

—Lo único que querían desde el principio era la aleación. Todo fue una pantomima y poner el satélite en órbita solo fue para probar una vez más el material. Arthur antes de comprar la empresa robó el ordenador para conseguir las pruebas que le habíamos realizado al compuesto. No los datos del satélite, porque como dijiste esos se los proporcionaba Phill. No, nos presionaron para que lo termináramos. Les vino de perlas mentirnos con eso para que moviéramos el culo y porque necesitaban una excusa para sus acciones. Por supuesto no podían consentir que abandonáramos el proyecto, porque sino se quedaban sin la aleación, así que nos obligaron a volver con la excusa de poner el satélite en órbita. Ahí entró Daniel en escena para convencerte de que vendieras la patente antes de sacarlo al espacio, para presionarme a mí a hacerlo también. Pero me puse rebelde con sus exigencias y tuvo que echarme de la sala para hacer lo que le diera la gana sin oír mis protestas. Por supuesto pensaba que se me pasaría el berrinche, como lo llamó él. Pero descubrí los papeles de tu cesión y entonces entendí hasta qué punto tú me habías traicionado y ellos nos habían utilizado.

Yvonne miró a Arthur atónita. —¿Es cierto?

—Yvonne... todo esto es culpa mía.

—¿Solo queríais la aleación?

—El satélite también nos interesa, por supuesto. Es un avance extraordinario.

—¿Pero vuestro objetivo principal era la aleación! —Yvonne estaba sombrada y le preguntó a Claudia —¿Por qué no lo dijeron desde el principio?

—Porque sabían que no iban a conseguir la patente si no compraban el satélite. Nos habíamos comprometido con Phill verbalmente a cederle los derechos para la fabricación del satélite y si ellos querían los derechos en exclusiva...

—Necesitaban el satélite también. Por eso compraron la empresa.

—Exacto. Nos manipularon a todos.

Yvonne entrecerró los ojos. —Por eso Phill se impacientó porque no habías cedido los derechos. —Parecía insegura. —Pero Daniel me quiere.

—Claro que te quiere. ¿Por qué iba a pedirte matrimonio si no?

Su amiga sonrió aliviada. —Sí, ¿verdad? —Miró a Arthur que estaba muy tenso. —Bueno, y ahora que hemos aclarado las cosas, ¿crees que tendrás tiempo para ser mi dama de honor?

La miró asombrada. —¿Me traicionaste!

—¿Solo seguí instrucciones de mi jefe!

—Gracias, Yvonne —dijo Arthur con ironía.

—De nada, jefe.

Distraída puso los ojos en blanco para ver que estaban en la otra punta de la ciudad. —¿Pero a dónde vamos?

—Disculpe señorita, pero me he equivocado de desviación —dijo el chófer—. La conversación era tan interesante que he ido en dirección contraria sin darme cuenta.

—¡Arthur!

—Yo no he hecho nada.

—Esto es cosa mía. —Miró asombrada a Yvonne. —¡No me mires así, como si tengo que secuestrarte para que vayas a mi boda! ¡Así que vete haciéndote a la idea! ¡No me caso sin ti!

—¡Eres increíble! ¡Siempre tienes que salirte con la tuya!

—¡Pues sí! ¡Nos prometimos que no nos detendríamos ante nada para conseguir nuestros objetivos y estás en mi punto de mira! ¡No te libra nadie de ser mi dama de honor, así que deja de fastidiar y dime que lo serás o me verás hasta en tus pesadillas!

A Claudia se le cortó el aliento mirando sus ojos castaños. —Nos prometimos eso, ¿verdad?

Su amiga la miró como si comprendiera lo que se le pasaba por la cabeza y asintió. —Sé que para ti tuvo que ser muy doloroso lo que hice, pero creía que hacía lo correcto y no tienes derecho a recriminarme que haya

vendido mi parte. Era mía para hacer con ella lo que me daba la gana. Aunque sé que te dolió más que no te lo contara, pero te juro que lo hice pensando en contártelo después de las pruebas del satélite. Daniel me aconsejó que era lo mejor y me acabo de dar cuenta de que tenía razón. Si te hubieras enterado después nada de esto habría pasado. Pero no contábamos con la mala leche que tienes y tu afán de dominarlo todo.

—¡Vaya, gracias! ¡Resulta que ahora la que ha metido la pata soy yo cuando me mentisteis todos!

El chófer soltó una risita y asombrada le miró. —Oiga, ¿por qué no se centra y me lleva a mi casa de una puñetera vez?

—Eso intento.

—¿Qué tal si nos olvidamos de todo y empezamos de nuevo? Intenta olvidarte de los últimos meses. —Yvonne sonrió de oreja a oreja juntando las manos. —Porfi, porfi.

—Así que ahora tengo amnesia.

—¡Me vendría muy bien, pesada! Yo también lo he pasado mal, ¿sabes? ¡Pensando que mi mejor amiga me había dado la espalda por una chatarra de mierda!

—Esto es el colmo.

—Yvonne...

La advertencia en la voz de Arthur hizo que su amiga entrecerrara los ojos. — ¡Pues no me callo! ¡Debería haber hablado conmigo en lugar de largarse! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Te lo has perdido todo! ¡Y me has robado el momento al enterarte de tu embarazo! ¡Siempre lo hemos compartido todo! —le gritó a la cara—. ¿Sabes qué? ¡Si no quieres ir a mi boda no vengas! —Miró al frente cruzándose de brazos. Cuando Claudia vio que una lágrima corría por su mejilla fue consciente de que ella también lo había pasado mal. Tenía razón. Debería haber hablado con ella en lugar de negarle las llamadas y los mails. No le había dado la oportunidad de explicarse y no había sido justo.

La cogió por el antebrazo y sorprendida su amiga la miró antes de tirarse a ella y abrazarla con fuerza. —No vuelvas a hacerme esto —susurró Yvonne a su oído sin dejar de llorar.

—Y tú no vuelvas a hacerme esto a mí.

—Lo prometo. —Se apartó para mirarla a los ojos. —¿Entonces vendrás?

—¿Cuándo es?

—Ni idea. No lo hemos decidido. Pero tienes que venir a ayudarme porque no se ni por dónde empezar.

Uy, uy, uy... —Ahora trabajo aquí. No puedo ir a Londres a ayudarte a

organizar una boda.

—Pero te mudarás. Puedes trabajar conmigo otra vez... —Negó con la cabeza. —¿Cómo qué no?

—Yvonne, no tenses la cuerda. Las cosas están bien así.

—¿No pueden estar bien si estás en otro continente! —Miró horrorizada a su alrededor. —¿No puedo vivir aquí! ¡La gente va en bermudas!

—¿Es una ciudad muy cosmopolita!

—¿Tan cosmopolita como Londres?

—No me voy a mudar.

Yvonne entrecerró los ojos. —Eso ya lo veremos.

Arthur disimuló una sonrisa, pero ella le vio por el reflejo de su ventanilla. La madre que le parió. Estaba usando a Yvonne para convencerla a volver a su antigua vida, pero lo llevaba claro. A él no le quería ni a diez mil kilómetros de distancia. Sería manipulador.

Cuando vio que llegaban a su calle suspiró del alivio. Yvonne sonrió radiante. —¿Necesitas ayuda con las maletas? Claro que sí, porque estás embarazada. —Abrió la puerta y dejándola abierta caminó por la entrada de piedra que llegaba hasta la puerta principal sin dejar de hablar. Se debió dar cuenta de que no la seguía y se volvió haciendo volar el bajo de su precioso vestido de gasa azul eléctrico que llevaba. —¡Vamos! ¡No tenemos todo el

día!

Asombrada miró sin querer a Arthur, que carraspeó saliendo del coche sin decir una palabra. Entrecerró los ojos viéndole rodear el coche por delante.

—¡Claudia! ¿Quieres espabilar? ¡Mi novio me espera en Londres!

Se mordió la lengua saliendo del coche y Arthur le cerró la puerta. —  
A ver cómo sales de esta.

—Muy gracioso —siseó antes de caminar hacia Yvonne que ya estaba ante la puerta esperándolos impaciente—. Yvonne no voy a hacer las maletas. Tengo un trabajo aquí y voy a quedarme.

—¿Qué trabajo puede ser mejor que el que tenías en GWC? ¡Vamos a descubrir el motor que cambiará la historia! ¡Y sin límite de presupuesto! ¿Dónde te ofrecen eso, eh? ¿Dónde?

Asombrada miró a Arthur. —¿Sin límite de presupuesto?

—Tenéis vía libre. Lo compensará la aleación.

—En cuanto firme los papeles, quieres decir. ¿Los llevas ahí?

—Solo los firmarás si vuelves. No quiero que te sientas presionada.

—¿Ahora no quieres que me sienta presionada cuando tengo a Yvonne sobre la chepa gritándome al oído que vuelva a casa? —gritó sin poder evitarlo.

—¡Oye, que no estoy sobre tu chepa! ¡De momento! Abre la puerta de una vez que hace un calor espantoso. Por eso estás tan irritable. En casa con tanta lluvia el enfado se te hubiera pasado enseguida.

Puso los ojos en blanco sacando la llave. Aquello era increíble. Entró en casa con ellos siguiéndola hasta la nevera y la observaron beber agua. Su amiga miró en el interior de la nevera sin cortarse. —¡Está vacía!

—¿Y?

Yvonne cerró la puerta de golpe y se cruzó de brazos. —¿Te estás cuidando?

Arthur se tensó y se sonrojó mirándole de reojo. —Claro que sí. No digas tonterías.

—No hay fruta ni verdura. ¿Qué comes en el trabajo? —Yvonne dio un paso hacia ella mosqueada. —¿No te estarás alimentando a base de comida basura como siempre que estás inmersa en un proyecto?

Se puso como un tomate y su amiga jadeó llevándose una mano al pecho. —¡Claudia, estás embarazada! —Arthur se debatía entre pegarle cuatro gritos y mantener la boca cerrada para que se encargara Yvonne, pero al final salió de la cocina con paso firme. —Hala, ya le has cabreado.

—Uy, perdona. La doctora dice que todo va muy bien. —Molesta dejó su bolso sobre la encimera cuando escuchó ruidos en el piso de arriba. Miró



hacia el techo atónita. —¿Ha subido arriba?

—Te dije que le habías cabreado. Ya se había contenido demasiado. Esto acelerará mis planes. Él te hará el equipaje. —Sonrió maliciosa. —A ver cómo le convences de que tienes que quedarte.

—¡Él tiene que convencerme de que me vaya!

—Eso acaba de cambiar. Buena suerte. —Sonrió radiante y supo que lo había hecho a propósito.

—Serás bruja.

—Gracias. Sobre el vestido de novia, ¿qué opinas? ¿Estilo princesa o estilo sirena...?

Ignorándola salió de la cocina para subir las escaleras. Jadeó indignada al ver a Arthur tirando su ropa interior sobre la cama. Él la miró de reojo. —Puedes gritar lo que quieras. Puedes decir que no quieres ni verme, pero si tú no te cuidas aquí, ya me encargaré yo de que te cuides allí.

—¡Sí que me cuido!

Arthur intentó abrir otro cajón, pero ella intentó cerrarlo. Quitó las manos de milagro antes de que se las pillara. —Nena, si quieres pelear estoy dispuesto.

—Sal de mi casa. —Señaló la puerta, pero él fue hasta el armario y descolgó medio armario de golpe. —¡Arthur! ¡Si quieres que me cuide no lo

estás consiguiendo! ¡Me estás alterando más!

Eso le detuvo en seco dejando caer sus cosas al suelo. Vio en sus ojos azules la impotencia e Yvonne chasqueó la lengua tras ella. —Bien jugado, amiga. —Entró en la habitación y se acercó a la cama levantando unas braguitas de algodón negras. —Al parecer has perdido el gusto.

Claudia se las arrebató. —¡Fuera de mi casa! —Gimió a su alrededor al ver el desastre. Tardaría horas en volver a colocarlo todo como a ella le gustaba.

Yvonne se sentó en la cama pasando de todo lo que le decía y cruzó las piernas. —Vamos a ver... Aquí hay un conflicto de intereses, así que vamos a negociar. —Dio dos palmaditas en el colchón, pero Claudia se cruzó de brazos. —Así que te pones a la defensiva. Interesante.

—Largo de mi casa.

—Acabo de decidir que me voy a quedar a vivir contigo. —Sonrió encantada. —¿Recuerdas la universidad? ¿Seguro que me quieres como compañera de piso?

—¡Ni loca repetiría la experiencia!

—Pues sé buena y empieza a hacer las maletas, porque sino ya sabes lo que te espera.

—¡Llamaré a la policía!

—¿En serio? ¿Quieres que me detengan en un país extraño, lejos de mi familia y mi prometido? No, tú no harías eso porque me quieres. Y también quieres a este desastre y le terminarás perdonando.

—¡Eso no va a pasar!

Arthur gruñó —¡Nena, si no quieres tener nada conmigo, estás en tu derecho, pero vuelves a Londres! Vivirás en un piso de la compañía y contrataré a alguien que te cuide.

—¡Pues contrata a alguien aquí!

—Y una mierda. ¡Quiero que mi hijo se críe allí!

—Todavía queda mucho para que nazca y estoy en medio de un proyecto que...

—¿Es broma? ¿Desde cuándo te gusta trabajar en armamento? Y te recuerdo que si te estás basando en el misil que ideamos, puedo demandarte porque la idea fue de las dos.

—¡No se parece en nada!

—A ver como se lo explicas al juez. —Se cruzó de brazos sonriendo maliciosa. —Sabes que puedo ser muy convincente.

Rabiosa gruñó mirando primero a Yvonne y después a Arthur antes de chillar —¡No me voy!

—Vale, no te alteres. —Yvonne se levantó y le dijo a Arthur —¿Me

llevas al hotel para recoger mi equipaje? Está claro que necesita que viva con ella un tiempo.

Dios, un mes con Yvonne y se volvería loca. Miró a Arthur impotente y muy tenso le dijo a su amiga —Déjanos solos unos minutos.

—Encantada. —Salió de allí como si fuera la reina del baile y cerró la puerta reteniendo la risa.

Claudia y Arthur se miraron a los ojos. —Siéntate —dijo él muy tenso.

Se sentó a regañadientes y él paseo ante ella de un lado a otro como si estuviera pensando en qué decirle. —Nena, estás embarazada.

—Eso ya lo sé.

—No te vas a quedar a vivir aquí tú sola. ¿Qué importa si regresas ahora?

—¿Quién te ha dicho que voy a regresar?

—Oh, claro que vas a regresar. ¡Estás aquí sola!

—Deja de repetir eso —dijo fríamente—. Puedo contratar a alguien que cuide del niño.

—¿En serio quieres alejar al niño de su familia por simple cabezonería? —gritó él perdiendo los nervios—. ¿Te das cuenta de lo injusta que estás siendo con todos? ¡Puede que yo metiera la pata al no ser sincero desde el principio, pero no creo que tus padres o los míos tengan que pagar

por eso!

Claudia agachó la mirada porque sus padres no sabían nada del embarazo precisamente para que no le dijeran algo así. —No puedo irme ahora. —Se miró las manos inquieta.

Arthur se acuclilló ante ella. —¿Por qué? ¿Has firmado algo?

—Es confidencial.

Él asintió. —¿Cuándo crees que terminarás?

—En un par de meses.

—Bueno, pues hasta entonces Yvonne se queda contigo. —Abrió los ojos como platos. —No me mires así. ¡No te quedas aquí tú sola y embarazada! ¡Ella te ayudará a terminar y vuelves a casa! —le gritó a la cara antes de mirar sus labios con deseo. Antes de que pudiera protestar la sujetó por la nuca y la besó desesperado saboreándola para apartarse de golpe y salir de la habitación dando un portazo. —¡Yvonne! ¡Te quedas!

—Vale —dijo su amiga encantada.

La puerta se abrió dos segundos después y sonrió maliciosa. —Bueno, bueno. Eres toda mía.

## Capítulo 12

Tres semanas después se bajaban del avión privado de GWC y agotada caminó por la pista sin poder evitar que su corazón saltara al ver a Arthur esperando. Yvonne corrió hacia Daniel que la cogió en brazos besándola y sintió una rabia enorme porque ella no podía hacer lo mismo. Además, no quería. Arthur sonrió cogiendo su bolso. —¿Qué tal el viaje? —Gruñó haciéndole reír. —Al parecer tienes sobredosis de Yvonne y necesitas un descanso.

—Por Dios, llévame a un sitio tranquilo. Tres semanas de tortura son suficientes.

—Pero han dado resultado. Al parecer se ha empleado a fondo.

Yvonne se echó a reír a carcajadas mientras su novio le susurraba algo en el oído.

—No sabe la que le cae encima.

—Te he oído —dijo Yvonne divertida—. Y Daniel está encantado, gracias.

—Bienvenida —dijo Daniel sonriendo—. Y sí que estoy encantado. —  
Miró a su novia. —¿Lo has pasado bien?

—Siempre es divertido sacar de quicio a Claudia.

Claudia miró con rencor a Arthur que hizo una mueca. —Estupendo, otra razón para que no me tragues.

—Exacto.

—Vamos. Estarás cansada.

—Hasta que el avión no despegó, se pasó cantando seis horas. Dijo que lo hacía en venganza por haberla separado de su prometido tres semanas.

Daniel se echó a reír a carcajadas antes de besar a Yvonne en los labios apasionadamente. Al verles tan felices no pudo evitar sonreír, pero al ver que Arthur estaba a su lado mirándola como si quisiera devorarla, se sonrojó entrando en el coche a toda prisa. Para su desgracia en cuanto metieron el equipaje Arthur se sentó a su lado y ella apartó la pierna cuando su rodilla la rozó, porque solo con eso se le habían endurecido los pezones. Intentando aparentar normalidad, forzó una sonrisa hasta que vio que cerraba la puerta. —¿Qué haces?

—Ellos se van en su coche. Están deseando llegar a casa. Entiéndelo.

Nadie lo entendía mejor que ella que llevaba sin sexo meses. Gruñó sin darse cuenta y se cruzó de brazos. —¿Cómo te encuentras?

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho esa bruja?

Arthur reprimió la risa. —¿Aparte de que estás algo alterada? Nada.

—Ah. Y no estoy alterada.

—Me ha comentado también que la doctora te ha dicho que todo va muy bien con el niño.

—Eso ya te lo había dicho yo. ¡Me llamabas todos los días!

—Perdona por querer saber que todo iba bien —dijo algo molesto.

Estupendo, ahora la bruja era ella. —¿Te llegó el video?

Arthur sonrió. —Sí, es todo un hombretón. La ecografía en tres dimensiones es increíble, ¿verdad?

—Sí. Estoy deseando verle la cara.

—Para que no te lleves una sorpresa, he contratado a alguien para que te prepare la comida y limpie el piso. Es muy responsable y sus referencias son impecables.

—Vale.

—Mañana no irás a trabajar.

—¿Perdón?



—Es que lo veo venir y no quiero discutir el asunto. Soy tu jefe y mañana no irás a trabajar. —Bueno, trabajaría desde casa. —Y si se te está pasando por la cabeza que vas a trabajar desde casa, vete olvidándolo. Mañana despejarás y te irás a ver vestidos de novia con Yvonne.

—¡No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer en mi día libre!

—Ha sido idea de Yvonne. A ver como se lo dices a ella.

—Sois unos manipuladores de mier...

—Ah, ah...Sí que estás algo exaltada. —Parecía a punto de reírse y decidió no dirigirle la palabra. —En cuanto llegues te darás un baño y dormirás un rato. Te vendrá bien.

Giró la cabeza lentamente. —¿Ahora eres mi madre?

—La he conocido y no me parezco a ella en absoluto.

—¿Qué conoces a mi madre? —exclamó alucinada—. ¿Qué?

—No te pongas nerviosa. O más de lo que ya lo estás al menos.

—¡No estoy nerviosa!

—Nena, estás nerviosa desde que me viste en la pista de aterrizaje. — Se puso como un tomate. —Y desde que te has metido en el coche estás excitada. Cielo, has compartido mi cama más que ninguna mujer que haya conocido, así que te conozco muy bien.

—¡No cambies de tema! ¿Por qué conoces a mi madre?

—Le pregunté tu dirección cuando estabas desaparecida. Como Yvonne. Y es interesante que no supiera donde vivías.

—¡Sí que lo sabía! Pero le dije que un psicópata intentaba secuestrarme por el nuevo proyecto en el que estaba trabajando y que no dijera nada porque sino el gobierno se nos tiraría encima. —Sonrió radiante.

—¿Le has mentado a tu madre! ¿No te da vergüenza?

—¿Tú crees que le he mentado? ¡Yo creo que he sido muy acertada y más ahora que estoy aquí! ¡Prácticamente me habéis secuestrado psicológicamente!

—Serás exagerada. —La miró de reojo. —¿Y le has dicho lo del bebé?

Abrió los ojos como platos. —¿No te atreverás!

—Interesante.

¿Eso qué quería decir? El coche se detuvo y le miró con desconfianza cuando abrió la puerta él mismo. —¿Qué has querido decir?

—Nada. Es interesante que no le hayas contado a tu madre que estás embarazada. Eso es todo.

—¿No se lo he dicho para no preocuparla! ¡Estaba a miles de kilómetros!

—Entonces será estupendo para ella que hayas vuelto.

Ella miró a su alrededor y frunció el ceño dándose la vuelta para ver el edificio de enfrente que ahora tenía las siglas en dorado de la empresa de Arthur en lugar de las de la empresa de Phill. Estaba claro que había tomado el control. —¿Me quedo en la misma calle de la empresa?

Él carraspeó cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia el portal. —Es que este edificio es nuestro. Los áticos son de nuestra propiedad exclusiva.

—Ah... —Silbó al ver el lujo del portal en mármol beige y los tres ascensores. —Vaya, tiene buena pinta.

—Me alegro de que te guste. Tu casa tiene muy buenas vistas, ya verás. Se ve el Big Ben.

—¿Y para qué queréis casas aquí si vives en Berlín?

—Hemos trasladado la central.

Lo dijo como si nada pulsando el botón del ascensor. —¿Has trasladado la central? ¿Por qué?

—Vamos a explotar la aleación y vamos a abrir dos fábricas aquí. Es un material que venderemos muy bien.

Ella se tensó. —Entonces debería firmar cuanto antes, ¿no?

Arthur apretó los labios. —Sabía que esto no te iba a gustar.

—¿Y si ahora dijera que no?

—Pues tendríamos que fabricar otra cosa.

—Sí, ya. —Mosqueada salió del ascensor para mirar a ambos lados del pasillo. Había dos puertas una en frente de la otra atravesando el enorme pasillo, lo que indicaba que los dos pisos eran exageradamente grandes.

Puso la mano a su espalda girándola hacia la derecha. —Este es tu piso —dijo empujándola ligeramente.

De repente se abrió la puerta y su madre chilló de la alegría al verla mientras Claudia perdía todo el color de la cara. —¡Ya estás aquí! —Se acercó corriendo moviendo sus rizos castaños y la abrazó con fuerza. La besó por toda la cara y miró hacia abajo para acariciar su barriga. —¡Estás preciosa!

—Mamá... —Forzó una sonrisa. —¿Qué haces aquí?

—¿No te lo ha dicho Arthur? Ahora que han jubilado a papá nos quedamos contigo hasta que puedas arreglártelas sola.

En shock miró a Arthur que sonrió angelicalmente. —¿No te alegras, cielo?

—Sí... sí...

¡Le iba a matar! ¿Cómo se le ocurría hacer algo así? Pero pensando en ello rápidamente supo que Yvonne había tenido algo que ver en la decisión. Sería bruja. Se acababa de quedar sin dama de honor. Tener amigas para eso.

Entraron en el piso y su padre estaba bebiendo una cerveza viendo un partido como siempre. —Hola papá.

Levantó la vista distraído. —Hija, ¿cómo te va?

Antes de que pudiera contestar, su equipo metió un gol y gritó estirando los brazos, moviendo la cerveza de un lado a otro y mojando el impresionante sofá de cuero blanco.

—¡Jerry! ¡Ten más cuidado! —De inmediato su madre corrió hasta la cocina y salió con un paño en la mano para ponerse a limpiar lo que él había ensuciado. Odiaba eso.

Gimió mirando a Arthur que sonrió sin darle importancia. —Bueno, ahora que estás en sus manos me voy a casa a trabajar un rato. —La besó en la sien. —Por cierto, vivo en frente. Por si quieres ir a visitarme.

Qué listo era. —Eso no pasará.

—Hija, ¿me traes otra cerveza de la nevera?

Arthur reprimió la risa. —Sí que pasará.

—Te odio —siseó con rabia.

—No, me quieres. Esto te vendrá genial para que te des cuenta de que soy el amor de tu vida. —Cerró la puerta y ella se quedó mirando por donde había salido.

—Hija, ¿qué quieres para cenar? ¿Lasaña? ¿Albóndigas? Va, haré las

dos cosas.

Se volvió resignada forzando una sonrisa. —Da igual, mamá. Lo que sea.

—Oh, no. Estás embarazada. ¿Ya tienes antojos?

Su padre dejó caer la cerveza al suelo levantándose de golpe. —¿Que estás qué?

—Cariño, ya te lo había dicho —dijo su madre con una dulce sonrisa—. ¿Recuerdas? Te lo dije hace unas semanas.

Su padre movió los ojos de un lado a otro como si intentara recordar. —¿En serio?

—Sí, y te alegraste mucho porque era de Arthur. Es un hombre tan... maravilloso.

—Sí, ese me cae bien. —Su padre se volvió a sentar mirando el partido de nuevo. —Gladys, ¿qué hay de cena?

—Enseguida la preparo.

—Y yo me voy a dar una ducha —dijo necesitando estar un rato sola. Primero Yvonne torturándola durante tres semanas y ahora eso. Necesitaba espacio. Buscó la primera habitación que estuviera vacía y se metió cerrando la puerta del baño por dentro. Se llevó las manos a la cabeza pensando qué podía hacer para salir de aquello. ¡Solo quería tranquilidad! ¡Golllll! El grito

de su padre desde el salón le hizo poner los ojos en blanco y se bajó la cremallera del vestido para meterse en la ducha cuando escuchó que llamaban a la puerta. —Cariño, ¿los espaguetis los quieres con orégano? Cuando estaba embarazada el orégano me daba ardor.

—Me da igual, mamá.

—¿Por qué cierras? Ya te he visto desnuda antes.

Suspirando giró el pestillo y su madre abrió la puerta sonriendo al ver su barriguita. —Estás tan guapa... Espera, que voy por la cámara de fotos.

—¡Mamá!

—¡Hay que tener recuerdos de este momento! Luego te arrepentirás.

La ducha fue de dos minutos porque su madre se empeñaba en charlar de lo maravilloso que era su novio y le sacó fotos en pelotas matándola de la vergüenza. Su padre sentado en la cabecera de la mesa sin ningún tipo de conversación solo estaba preocupado porque el mando de la tele era muy complicado para él y su madre no dejó de hablar de sus vecinos de Bournemouth y de personas de las que ni se acordaba.

—Por cierto. A la boda tenemos que invitar a Mary Rose. Se acaba de quedar viuda y seguro que encuentra a alguien en la fiesta que le alegre la vida.

Ella miró a su madre asombrada. —Mamá, estará hecha polvo después

de enviudar.

—No tanto. Te lo digo yo que la conozco bien.

Su padre gruñó asintiendo y Gladys sonrió. —¿Ves? —Se acercó a su marido y le dio un beso en la mejilla haciendo sonreír a su esposo.

Entonces se dio cuenta de una cosa. Puede que para ella su madre llevara una vida aburrida, pero su madre parecía feliz. Había dejado su carrera de enfermería cuando se casó con un hombre que ella no elegiría ni loca, pero ella era feliz. Entonces se dio cuenta de otra cosa. —¿Boda? ¿Hablas de la boda de Yvonne?

—No, claro que no. No puedo decirle a Yvonne a quien tiene que invitar a su boda. Hablo de la tuya.

—¿Perdón? —Incrédula miró a su padre que para su sorpresa le prestaba toda su atención. —No voy a casarme.

—¿Qué has dicho? —Ese tono de su padre siempre le había puesto los pelos de punta. Se levantó de golpe. —¿Qué has dicho? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Claudia Elizabeth Barry, creo que no te he oído bien!

—¿Quién te ha dicho que me voy a casar?

—¡Estás preñada! —gritó como si eso lo explicara todo. Iba a matar a Arthur—. ¡Gladys habla con tu hija!

—Tranquilízate. La niña está algo enfadada con su novio, pero se le



pasará porque tiene un corazón de oro.

—¿Enfadada? ¿Por qué? ¡Si la tiene como a una reina! ¡Mira el piso de la niña! ¡Y es un partidazo! Es guapo, rico... —La señaló con el dedo. —¿Qué diablos quieres?

Sin soportarlo más se levantó. —¡Quiero que me quiera! ¡Y no es asunto tuyo!

—¿Qué no es asunto mío? ¡Eres mi hija!

—Jerry... Cielo, no te excites. La niña recapacitará.

Rabiosa fue hasta la puerta y la abrió recorriendo todo el pasillo sin darse cuenta de que estaba en albornoz. Aporreó la puerta de Arthur que abrió en mangas de camisa levantando una ceja. —No has tardado mucho.

—¿Les has dicho a mis padres que vamos a casarnos?

—¿Yo? —preguntó haciéndose el tonto—. ¿Sin consultarlo contigo? No cielo, ya no se me ocurriría. Me dirías que les estoy manipulando para conseguir lo que quiero y eso no va a volver a pasar.

A Claudia se le cortó el aliento. —¿Para conseguir lo que quieres? ¿Quieres casarte conmigo?

—Pues ya que me lo pides así... Sí, me casaré contigo, cielo.

—¿No te lo he preguntado!

—Sí, lo has hecho.

—Lo has hecho —dijeron sus padres tras ella.

Claudia le empujó por el pecho metiéndole en el piso y cerrando la puerta de golpe. —¡No te he pedido matrimonio!

—Sí que lo has hecho, tengo testigos.

Ella entrecerró los ojos pensando en ello y sí que le había pedido matrimonio. Arthur se echó a reír al ver que se ponía colorada. Pero después recordó que él había dicho que sí. Le miró a los ojos. —Has dicho que sí.

—¿Y dejar escapar a la mujer más increíble, sexy y generosa que he conocido? Ni se me ocurriría decir que no.

Dio un paso hacia ella y Claudia levantó una mano. —¡Quieto ahí!

—Vamos, cielo. Estás deseando que te bese. Y yo me muero por besarte. —La cogió por el cinturón del albornoz y la pegó a él. El corazón de Claudia saltó en su pecho mirando sus ojos azules.

—¿Soy sexy? —preguntó con la voz enronquecida.

—Cuando te vi en aquella playa con aquel bikini verde, no me podía creer la suerte que tenía.

—¿En serio quieres hablar de eso?

Arthur suspiró y la cogió en brazos para llevarla hasta el sofá y sentarla encima de él. —Nena, ¿quieres oír mi versión de la historia? No me has dado la oportunidad. Solo me has recriminado cosas una y otra vez. ¿No

crees que tengo derecho a explicarme como hizo Yvonne?

La verdad es que sería lo justo. Después le gritaría que había sido un manipulador.

Arthur sonrió. —Primero nos interesamos por el satélite. —Le miró sorprendida. —Sí, Phill necesitaba la inversión para expandir la empresa a Asia y el satélite a nosotros nos venía muy bien para ser pioneros en telecomunicaciones. Pero cuando revisamos los datos, vimos que estaba recubierto de un material que para nosotros era una mina de oro. Así que cambiamos los planes. Necesitaba saber si la aleación era exactamente lo que queríamos y Daniel dijo que debías tener los resultados de las pruebas que le habías realizado al compuesto en tu ordenador. Pensamos en entrar en tu casa, pero cuando lo íbamos a preparar todo, Phill comentó que al día siguiente os ibais de vacaciones porque necesitabais un descanso. Al parecer estabais bloqueadas por unos problemas que habían surgido. Él dijo que no había problema, porque eras tan eficiente que seguro que cuando regresaras tendrías la solución. Tenía miedo de que nos echáramos atrás e insistió en que lo solucionarías y para eso nos mostró las últimas cifras. Cuando me enteré de que os ibais a Mallorca, supe que tenía que ser yo quien me acercara a ti, porque como te dije ya te había visto. Estaba impresionado por tu trabajo y cuando nos conocimos no puedes negar que conectamos. No quise llevarme el ordenador antes, porque quería pasar tiempo contigo y sabía que después me

odiarías. Volver a verte fue un trago, porque vi que te había hecho daño y me sentí un cabrón, pero tenía que hacer que me perdonaras porque ya me había enamorado de ti. —Los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas. —Que pensarais que habíamos querido forzaros a que terminarais el trabajo y salvar vuestro orgullo profesional, nos vino de perlas para que no supierais lo de la aleación. Pero en tu ordenador no había nada sobre la aleación con contrastes de temperaturas, así que la prueba del satélite era perfecta para saber realmente hasta dónde podía llegar el material. Los dos inventos eran excepcionales y nos interesaban los dos, pero sabía que si te decía que la aleación nos interesaba casi desde el principio, te sentirías utilizada otra vez. Por eso Daniel convenció a Yvonne para que no te dijera nada de la firma de la cesión de la patente. En cuanto terminaran las pruebas, yo te diría que ese material me vendría de perlas para otros proyectos después de ver hasta dónde podía llegar y te ofrecería los cien millones. Y todo iría bien. —Acarició su espalda pensando en ello antes de continuar —Pero cuando llegó el día de la prueba, en cuanto despegó el satélite me puse nervioso porque si no funcionaba, tendríamos que empezar de nuevo y yo estaba deseando decírtelo todo de una vez y cerrar el asunto de la aleación. Ya estaba harto de ocultártelo. Pero cuando vi que iba tan bien, me impacienté porque se realizaran todas las pruebas ese mismo día, porque no pensaba pasarme un mes esperando hasta que volviera a pasar por la iosfera. Que vieras el

contrato de Yvonne casi fue un alivio. Pensaba que volverías a Londres, pero cuando fui a buscarte y vi que habías desaparecido... Cielo, he pasado los peores meses de mi vida. Y cuando te encuentro, veo que te meten en una ambulancia y me entero de que estás embarazada. Si no me ha dado un infarto en esos días, no creo que me dé hasta los sesenta por lo menos.

—Te eché la culpa de eso —dijo arrepentida.

Él acarició sus rizos castaños. —Lo entendí. Te había mentido desde el principio. Te dije que no te iba a fallar de nuevo, cuando sabía que lo iba a hacer, y no sabes lo que me arrepiento de haberte hecho daño. —La besó suavemente en los labios. —Pero me alegra que hayas recapacitado y que me hayas pedido matrimonio.

Se echó a reír contra sus labios y abrazó su cuello. —¿Me quieres?

—Tanto que te echo de menos continuamente. Eres parte de mí, nena. No vuelvas a dejarme. La próxima vez que meta la pata, grítame, destroza el chisme en el que estés trabajando, pero no me dejes.

Se miraron a los ojos. —Te quiero.

—Siento haberte hecho daño.

—¿Te hace ilusión lo del bebé?

Arthur sonrió. —Durante estas semanas no he dejado de mirar el video todas las noches. Lo quiero todo. Todo absolutamente. A ti, a los niños que

vamos a tener y todo lo demás. Estoy deseando empezar esa vida contigo.

—Y yo contigo.

Se besaron con ansiedad demostrándose todo lo que se habían echado de menos, pero los golpes en la puerta provocaron que Arthur separara su boca antes de gritar —¡Sí Jerry, nos casaremos!

—¡Gladys, no tengo que ir a buscar la escopeta! ¡Se casa con la niña!

—Hazme el amor —le susurró al oído haciendo que se levantara con ella en brazos haciéndola reír—. Te quiero.

La miró con sus preciosos ojos azules demostrándole todo lo que la amaba y a Claudia se le llenaron los ojos de lágrimas al escucharle decir —Te quiero y no olvides que te amaré siempre.

## Epílogo

Claudia estaba sentada en la cama con un camisón de seda rosa y con un montón de papeles desperdigados sobre la colcha de seda. Su marido que entró en la habitación vestido con un albornoz negro y con dos copas de champán, carraspeó para que se diera cuenta de que estaba allí.

Ella levantó la vista. —Cariño, cuando sepas los resultados del motor te vas a quedar impresionado.

—En este momento lo único que me impresiona es ese camisón que llevas —dijo sensualmente acercándose a ella y dándole la copa de champán. Arthur chocó las copas—. Por ti, señora Wagner. Científica del año.

—Gracias, señor Wagner. Pero ganar ese premio no es lo que mejor he hecho este año. —Maliciosa dejó la copa sobre la mesilla.

—¿No bebes conmigo para celebrar tu éxito? —preguntó confundido.

—Nuestro éxito, ¿recuerdas? Somos un equipo.

Arthur sonrió. —¿Qué ocurre aquí? ¿No querrás que revise ahora esas cifras? Porque te aseguro que no lo voy a hacer. —Se agachó para besarla en el cuello y Claudia apartó la cara para darle mejor acceso. —¿O es que has bebido demasiado en la cena?

—Es que me acabo de dar cuenta de algo y quería corroborarlo.

Él gimió. —Nena, olvídate del trabajo. —Mordió el lóbulo de su oreja haciéndola suspirar de placer.

—No hablaba del trabajo —susurró con voz ronca.

Sorprendido se apartó para mirarla a los ojos. —¿Otra vez?

—Solo tenemos cuatro. —Acarició su nuca para atraerle y besar sus labios. —Y son todos unos niños guapísimos.

—No vas a parar hasta tener a la niña, ¿verdad?

—Claro que no. Además, esta será niña porque lo pedí en la cueva y la hicimos allí. —Besó suavemente sus labios mientras él bajaba el tirante de su camisón.

—Siempre dices lo mismo, cielo. Y siempre son niños.

—Ya me conoces. Nunca me rindo. Yo lo quiero todo.



FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Sólo mía” o “Mi refugio”. Próximamente publicará “La elegida” y “Dudo si te quiero”.

Si quieres conocer todas sus novelas publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa títulos para elegir de distintas temáticas dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades y próximas publicaciones a través de Facebook.